



Varios autores

Cuentos de ajedrez

Anderson
Arriola
Castillo
Navarro
Peri Rossi
Walsh...



Demasiado juego para ser serio, y demasiado serio para ser juego. Sin embargo: ¡el ajedrez es el rey de los juegos!

Y como tal ha ocupado su espacio en el arte y, en particular, en la literatura universal. Es esta una muestra de cómo la «ciencia» del ajedrez y sus protagonistas, piezas y escaques, jugadores aficionados y grandes maestros, se mueven en el tablero literario.

El lector podrá disfrutar de una partida comentada, partida que ilustrará cada cuento; desde su apertura hasta el jaque mate final.

Esta exquisita selección, preparada por Viviana Paletta y Javier Sáez de Ibarra y prologada por Juan Pedro Aparicio, y con partidas comentadas por David Vivancos Allepuz, reúne cuentos de E. Anderson Imbert, J. P. Aparicio, J. J. Arreola, Mª E Cano, A. Castillo, H. Conteris, M. A. Mendo, H. G. Navarro, C. Peri Rossi, P. Ramos, C. Resino, N. Rodríguez Romero, D. Vivancos Allepuz y R. Walsh.

AA. VV.

Cuentos de ajedrez

Título original: *Cuentos de ajedrez*

AA. VV., 2005

Diseño/Retoque de cubierta: ElyDaniel

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

«¿Pero no es ya el solo hecho de tildarlo de "juego" una degradación insultante?



¿No es acaso también una ciencia, un arte que gravita entre estas diferentes categorías como gravita entre el cielo y la tierra el ataúd de Mahoma?

¿No es por azar un vínculo único entre todos los pares de contrarios; antiquísimo y sin embargo siempre nuevo, mecánico en su disposición y sin embargo eficaz tan solo por obra de la fantasía; limitado a un espacio rígidamente geométrico y a un tiempo ilimitado en sus combinaciones, en perpetuo desarrollo y sin embargo estéril: un pensamiento que no lleva a nada, una matemática que nada calcula, un arte sin obras, una arquitectura sin sustancia, y aún así más manifiestamente perenne en su esencia y existencia que todos los Libros y las obras de arte el único juego que pertenece a todos los pueblos y todas las épocas y del que nadie sabe qué Dios lo legó a la tierra para matar el hastío, aguzar los sentidos y estimular el espíritu?

¿Dónde empieza, dónde acaba?».

Stefan Zweig, Novela de ajedrez

Incertidumbres

n el ajedrez nunca se sabe quién va a ser el asesino. Porque el ansia homicida de los contendientes es condición ineludible del juego, o como los juristas dirían **conditio sine qua non**. Pero ninguno de estos que muere y mata llega a conseguir sus objetivos, que son los mismos de Macbeth: matar al rey. ¿Para qué?, para ocupar el lugar del rey, rey ya de la nada, de un campo de batalla y exterminio del que han ido retirándose todos aquellos que han ido pereciendo, que han sido «comidos».

Comidos, qué vocablo más terrible y más universalmente practicado, pues ¿qué hacemos sino comer, comernos los unos a los otros, y no solo metafóricamente? Claro que así es la vida y el tiempo que se alimenta de nosotros, que va dejando peones, alfiles, caballos a lo largo del camino de la existencia, cada segundo, cada minuto, sin tregua, en una partida en la que siempre salimos con las piezas negras y en la que jamás logramos recuperar la iniciativa.

Ajedrez y vida, ajedrez y ejércitos en lucha, emparejamientos metafóricos que pretenden darnos una pista que nos ayude a encontrar ese sentido de nuestros actos que el trascurrir del tiempo difumina en rutina.

Se afirma que el ajedrez es también un deporte, así que el sudor que su práctica genera debe de ser una destilación de las meninges, en las que se produce hasta el cansancio ese vaivén virtual de movimientos, que viene a culminar solo a medias cuando la mano mueve pieza sobre el tablero.

Y el caso es que, concentrando toda la fuerza en la misma dirección y contra

un mismo objetivo parece posible lograr el triunfo. No solo en el ajedrez sino también en la guerra y en el deporte; ya que el ajedrez es la falsilla última de todo lo que pugna contra un opuesto, como esas sombras de la caverna de que hablara el filósofo.

Ahora, en estas páginas de espuma, el ajedrez se hace también literatura. Y la literatura era, pensaba yo, vegetariana, acaso la única capaz de imponerse sobre el tiempo, pues ella misma se alimenta de tiempo. ¿Qué son sino los relatos y las novelas más que cucharadas o porciones de tiempo que alguien carga o fabrica en talleres de hondura para que nosotros nos llenemos temporalmente de vida, de la vida de otros, lo que nos hace la ilusión de compensarnos de las perdidas que el trascurrir del tiempo nos procura con su mano suave y su voluntad de hierro?

Uno siempre espera no obstante que el caballo se rebele contra el caballero, o sea contra su jinete, ese tirano que le ha robado la libertad y le ha llenado de sufrimiento disciplinado, convirtiéndolo en un Segismundo sin sentido, para el que la existencia, de la cuna al matadero, no es sino pesadilla, O que el alfil se enamore del peón, o se escape con el alfil opuesto que le acecha y que se distingue por su color contrario, tanto que parece estar proclamando su disposición para negarle.

Porque el ajedrez, que es siempre igual a sí mismo, siempre difiere de sí mismo, con partidas, cuyo único movimiento reconocible suele ser el de salida, pues muy pronto caben tantas variaciones de idas y venidas como la suma resultante de ir doblando una cifra por el simple traslado de un escaque a otro, según el conocido cuento oriental por el que un taimado mago o un mendigo que había favorecido a su soberano, a la hora de elegir su recompensa, se conformó con un solo grano de arroz que se fuera doblando a medida que pasara de un escaque a otro por todos los del tablero:

¡No hubo arroz en el mundo para tal premio!

Juan Pedro Aparicio

Nota Preliminar

omo habrá podido comprobar el amable lector, simplemente hojeando el libro que tiene en las manos, cada una de las historias que integra la presente recopilación de relatos está acompañada por una partida de ajedrez relacionada con el texto. En algunos casos, la elección nos la han facilitado los propios autores reproduciendo los movimientos de una partida famosa o de determinada apertura.

En otros, donde el vínculo no era tan evidente, hemos seleccionado los juegos de acuerdo con sus protagonistas (la historia de dos hermanos, las reflexiones de dos enamorados) o con los lances descritos (un violento contraataque, una variante del juego), a través de una laboriosa (y, por cierto, muy agradable) investigación que nos ha permitido reunir una pequeña muestra de las interesantes creaciones de algunos de los mejores ajedrecistas de la historia, desde mediados del siglo XIX hasta nuestros días.

Para transcribir las partidas se ha empleado la notación algebraica, un sistema de fácil interpretación utilizado en todo el mundo[1].

También se han incluido algunos diagramas ilustrativos para facilitar la comprensión del juego. En cuanto a los comentarios de las partidas, hemos preferido incidir en los conceptos generales del desarrollo de las mismas y no profundizar en exceso en las líneas más complejas y en confusas e ininteligibles secuencias de movimientos.

Somos conscientes de que algunos comentarios podrán parecer triviales a

ciertos jugadores aficionados, acostumbrados a los profundos análisis de las revistas de ajedrez especializadas, así como demasiado obvias determinadas variantes. Por el contrario, esas mismas anotaciones aparecerán como auténticos jeroglíficos, indescifrables, para aquellos lectores que estén menos familiarizados con el juego.

Animamos a estos últimos a superar sus prejuicios y a intentar reproducir una partida cualquiera, la que deseen, y seguidamente verán que no es tarea tan complicada y quizás pronto se encontrarán atrapados por el juego de Capablanca, Alekhine, Karpov o Polgar.

Quienes no puedan vencer esa dificultad, pueden comprender mejor la singularidad del ajedrez con los breves estudios introductorios que preceden a las partidas, donde encontrarán concisas notas biográficas de diferentes campeones, anécdotas y algunas nociones generales sobre el juego.

No quisiéramos acabar estas líneas sobre las distintas cuestiones tenidas en cuenta en la selección y elaboración de las partidas analizadas sin antes agradecer los comentarios y las observaciones, siempre útiles, de Esperanza Vivancos y Joan Fontanillas y, muy especialmente, la atenta disposición del maestro internacional Alfonso Jerez que, una vez más, no ha dudado en compartir su profundo conocimiento del ajedrez con quienes intentamos transmitir, de un modo u otro, la belleza de este juego.

David Vivancos Allepuz

Apasionados, obsesivos, delirantes

ay **momentos mágicos** en los que criaturas completamente normales dedicadas a otra cosa, hombres como Lenin o yo mismo, sienten la tentación de renunciar a todo —matrimonio, hipoteca, carrera o Revolución rusa— para pasar días y noches moviendo pequeños objetos tallados arriba y abajo sobre un tablero.

Este es el secreto de su fascinación. Nos hablan […] de la capacidad del hombre para «crear cosas al margen del mundo», de inventar formas alocadas, totalmente inútiles, austeramente frívolas. Dichas formas no toman en cuenta la realidad, y por tanto son ajenas —como ninguna otra cosa— a la autoridad banal de la muerte.

George Steiner, Extraterritorial

La cuestión de la dama en el Max Lange

Abelardo Castillo

l hombre que está subiendo la escalera en la oscuridad no es corpulento, no tiene ojos fríos ni grises, no lleva ningún arma en el bolsillo del piloto, ni siquiera lleva piloto. Va a cometer un asesinato pero todavía no lo sabe.

Es profesor secundario de Matemáticas, está en su propia casa, acaba de llegar del Círculo de Ajedrez y, por el momento, solo le preocupa una cosa en el mundo. Qué pasa si, en el ataque Max Lange, las blancas transponen un movimiento y, en la jugada once, avanzan directamente el peón a

4CR

¿Adónde va la dama?

En efecto, ¿cómo acosar a esa dama e impedir el enroque largo de las piezas negras? Debo decir que **nunca** resolvió satisfactoriamente el problema; también debo decir que ese hombre era yo.

Entré en mi estudio y encendí la luz. Mi mujer aún no había vuelto a casa esa noche, lo cual, dadas las circunstancias, me puso de buen humor. Nuestros desacuerdos eran tan *perfectos* que, podría decirse, habíamos nacido el uno para el otro. Busqué el tablero de ajedrez, reproduje una vez más la posición, la analicé un rato. Desde mi estudio se veía (todavía se ve) nuestro dormitorio: Laura se había

vestido apurada, a juzgar por el desorden, o a último momento había cambiado de opinión acerca de la ropa que quería ponerse.

¿Adónde va la dama?

Cualquier jugador de ajedrez sabe que muchas veces se analiza con más claridad una posición si no se tienen las piezas delante. Me levanté y fui hacia su *secretaire*. Estaba sin llave. Lo abrí mecánicamente y encontré el borrador de la carta.

Estoy seguro de que si no hubiera estado pensando en esa transposición de jugadas no lo habría mirado. Nunca fui curioso. Mi respeto por la intimidad ajena, lo descubrí esa noche, es casi suicida. Tal vez no me crean si digo que mi primera intención fue dejar ese papel donde estaba, sin leerlo, pero eso es exactamente lo que habría hecho de no haber visto la palabra **puta**.

Laura tenía la manía de los borradores. Era irresoluta e insegura, alarmantemente hermosa, patéticamente vacía, mitómana a la manera de los niños y, por lo que dejaba entrever ese borrador, infiel. Me ahorro la incomodidad de recordar en detalle esa hoja de cuaderno («sos mi Dios, soy tu puta, podés hacer de mí lo que quieras»), básteme decir que me admiró. O mejor, admiré a una mujer (la mía) capaz de escribir, o al menos pensar que es capaz de escribir, semejante carta.

La gente es asombrosa, o tal vez solo las mujeres lo son.

No es muy agradable descubrir que uno ha estado casado casi diez años con una desconocida, para un profesor de Matemáticas no lo es. Se tiene la sensación de haber estado durmiendo diez años con la incógnita de una ecuación. Mientras descifraba ese papel, sentí tres cosas: perplejidad, excitación sexual y algo muy parecido a la más absoluta incapacidad moral de culpar a Laura.

Una mujer capaz de escribir obscenidades tan espléndidas —de sentir de ese modo— es casi inocente: tiene la pureza de una tempestad. Carece de perversión, como un cataclismo. Pensé (¿adónde acorralar a la dama?) quién y cómo podía ser el hombre capaz de desatar aquel demonio, encadenado hasta hoy, por mí, a la vulgaridad de una vida de pueblo como la nuestra; pensé, con naturalidad, que debía vengarme.

Guardé el papel en un bolsillo y seguí analizando el ataque Max Lange. El avance del peón era perfectamente jugable. La dama negra solo tenía dos movidas razonables: tomar el peón blanco en seis alfil o retirarse a tres caballo. La primera

me permitía sacrificar una torre en seis rey; la segunda requería un análisis más paciente. Cuando quise acordar, había vuelto al dormitorio y había dejado el papel en el mismo lugar donde lo encontré. La idea, completa y perfecta, nació en ese momento: la idea de *matar a Laura*. Esto, supongo, es lo que los artistas llaman inspiración.

Volví a mi tablero. Pasó una hora.

—Hola —dijo Laura a mi lado—. ¿Ya estás en casa?

Laura hacía este tipo de preguntas. Pero todo el mundo hace este tipo de preguntas.

—Parece evidente —dije. Me levanté sonriendo y la besé. Tal vez haga falta jugar al ajedrez para comprender cuánta inesperada gentileza encierra un acto semejante, si se está analizando una posición como aquella—. Parece evidente —repetí sin dejar de sonreír—, pero nunca creas en lo demasiado evidente. Quizá este no soy yo. Estás radiante, salgamos a comer.

Era demasiado tarde o demasiado pronto. Laura me miraba casi alarmada. Si alguna vez mi mujer sospechó algo, fue en ese instante brevísimo y anómalo.

—¿A comer?

—A comer afuera, a cualquier restaurante de la ruta. Estás vestida exactamente para una salida así.

La mayoría de las cosas que aprendí sobre Laura las aprendí a partir de esa noche; de cualquier modo, esa noche ya sabía algo sobre las mujeres en general: no hay una sola mujer en el mundo que resista una invitación a comer fuera de su casa.

Creo que es lo único que realmente les gusta hacer con el marido. Tampoco hay ninguna que después de una cosa así no imagine que el bárbaro va a arrastrarlas a la cama. Ignoro qué excusa iba a poner Laura para no acostarse conmigo esa noche, yo no le di oportunidad de usarla. La llevé a comer, pedí vino blanco, la dejé hablar, hice dos o tres bromas inteligentes lo bastante sencillas como para que pudiera entenderlas, le compré una rosa y, cuando volvimos a casa, le dije si no le molestaba que me quedara un rato en mi estudio. Ustedes créanmelo: intriguen a la mujer, aunque sea la propia.

No debo ocultar que soy un hombre lúcido y algo frío. Yo no quería castigar brutalmente a Laura sino vengarme: de ella y de su amante, y esto, en términos generales, requería que Laura volviera a enamorarse de mí.

Y sobre todo requería que a partir de allí comenzara a hacer comparaciones entre su marido y el evidente cretino mental que la había seducido. Que él era un cretino de inteligencia apenas rudimentaria no me hacía falta averiguarlo, bastaba con deducir que debía ser mi antípoda. De todos modos, hice mis indagaciones. Investigué dónde se encontraban, con cuánta frecuencia, todas esas cosas. Se encontraban una vez por semana, los jueves. Ramallo es una ciudad chica. La casa en la que se veían, cerca del río, quedaba más o menos a diez o quince cuadras de cualquier parte, es decir a unos dos o tres minutos de auto desde el Círculo de Ajedrez. Enamorar a mi mujer no me impidió seguir analizando el ataque Max Lange y evitar cuidadosamente jugar

11.P4CR

en mis partidas amistosas en el Círculo, sobre todo con el ingeniero Gontrán o cuando él estaba presente. Y esto exige una delicada explicación, a ver si alguien sospecha que este buen hombre era el amante de Laura. No. Gontrán sencillamente debía jugar conmigo antes de fin de año —lunes y jueves— el match por el campeonato del Círculo de Ajedrez, y yo sabía que, por complejas razones ajedrecísticas y psicológicas que no hacen al caso, aceptaría entrar, por lo menos una vez, en el ataque Max Lange.

Hay un momento de la partida en que casi todo ajedrecista se detiene a pensar mucho tiempo. El ingeniero Gontrán era exactamente el tipo de jugador capaz de ponerse a meditar cincuenta minutos o una hora un determinado movimiento de la apertura. Lo único que a mí me hacía falta eran esos minutos. Casi una hora de tiempo, un jueves a la tarde: cualquiera de los cinco jueves en que yo llevaría las piezas blancas. Claro que esto exigía saber de antemano en qué jugada exacta se pondría a pensar. También exigía saber que justamente los jueves yo jugaría con blancas, cosa que al principio me alarmó, pero fue un problema mínimo.

Conquistar a una mujer puede resultar más o menos complejo. La mayoría de las veces es cuestión de paciencia o de suerte y en los demás casos basta con la estupidez, ellas lo hacen todo. El problema es cuando hay que reconquistarla.

No puedo detenerme a explicar los detalles íntimos de mis movimientos durante tres meses, decir que hice día a día y minuto a minuto todo lo que debía hacer. Veía crecer en Laura el descubrimiento de mí mismo y su culpa como una planta carnívora, que la devoraba por dentro. Tal vez ella nunca dejó de quererme, tal vez el hecho de acostarse con otro era una forma invertida de su amor por mí, eso que llaman despecho. ¡Despecho!, nunca había pensado hasta hoy en la profunda verdad simbólica que encierran ciertas palabras.

Me es suficiente pensar en esto, en lo que las palabras significan simbólicamente, para no sentir el menor remordimiento por lo que hice: en el fondo de mi memoria sigue estando aquella carta y la palabra **puta**. Dispuse de casi tres meses para reconquistar a Laura. Es un tiempo excesivo, si se trata de enamorar a una desconocida; no es mucho si uno está hablando de la mujer que alguna vez lo quiso. Me conforta pensar que reconstruí en tres meses lo que esta ciudad y sus rutinas habían casi demolido en años. Cuando se acercaba la fecha de la primera partida con el ingeniero Gontrán tuve un poco de miedo.

Pensé si no me estaba excediendo en mi papel de marido seductor. Vi otro proyecto de carta. Laura ya no podía tolerar su dualidad afectiva y estaba por abandonar a aquel imbécil. Como satisfacción intelectual fue grande, algo parecido a probar la exactitud de una hipótesis matemática o la corrección de una variante; *emotivamente*, fue terrible. La mujer que yo había reconquistado era la mujer que su propio amante debía matar. El sentido de esta última frase lo explicaré después.

El sorteo de los colores resultó un problema mínimo, ya lo dije. La primera partida se jugaría un lunes. Si Gontrán ganaba el sorteo elegiría jugar esa primera partida con blancas: el noventa por ciento de los ajedrecistas lo hace. Si lo ganaba yo, me bastaba elegir las negras.

Como fuera, los jueves yo llevaría las piezas blancas. Claro que Gontrán podía ganar el sorteo y elegir las negras, pero no lo tuve en cuenta; un poco de azar no le hace mal a la Lógica.

El match era a doce partidas. Eso me daba seis jueves para iniciar el juego con el peón de rey: seis posibilidades de intentar el ataque Max Lange. O, lo que es lo mismo, seis posibilidades de que en la jugada once Gontrán pensara por lo menos cuarenta o cincuenta minutos su respuesta. La primera partida fue una Indobenoni.

Naturalmente, yo llevaba las negras. En la jugada quince de esta primera

partida hice un experimento de carácter extra ajedrecístico: elegí casi sin pensar una variante poco usual y me puse de pie, como el que sabe perfectamente lo que ha hecho. Oí un murmullo a mi alrededor y vi que el ingeniero se arreglaba inquieto el cuello de la camisa. Todos los jugadores hacen cosas así. «Ahora va a pensar», me dije. «Va a pensar bastante». A los cinco minutos abandoné la sala de juego, tomé un café en el bar, salí a la vereda. Hasta hice una pequeña recorrida imaginaria en mi auto, en dirección al río.

Veinticinco minutos más tarde volví a entrar en la sala de juego. Sucedía precisamente lo que había calculado. Gontrán no solo continuaba pensando sino que ni él ni nadie había reparado en mi ausencia. Eso es exactamente el lugar donde se juega al ajedrez: la abstracción total de los cuerpos. Yo había desaparecido durante casi media hora, y veinte personas hubieran jurado que estuve todo el tiempo allí, jugando al ajedrez. Contaba, incluso, con otro hecho a mi favor: Gontrán podría haber jugado en mi ausencia sin preocuparse, ni mucho menos, por avisarme: nadie se hubiera preocupado en absoluto.

El reloj de la mesa de ajedrez, el que marcaba mi tiempo, eso era yo. Podía haber ido al baño, podía haberme muerto: mientras el reloj marchara, el orden abstracto del límpido mundo del ajedrez y sus leyes no se rompería. No sé si hace falta decir que *este juego es bastante más hermoso que la vida*.

—Cómo te fue, amor —preguntó Laura esa noche.

—Suspendimos. Tal vez pierda, salí bastante mal de la apertura.

—Comemos y te preparo café para que analices —dijo Laura.

—Mejor veamos una película. Pasé por el vídeo y saqué Casablanca.

Casablanca es una película ideal. Ingrid Bergman, desesperada y poco menos que aniquilada entre dos amores, era justo lo que le hacía falta a la conciencia de Laura. Lamenté un poco que el amante fuera Bogart. Debí hacer un gran esfuerzo para no identificarme con él.

Menos mal que el marido también tiene lo suyo. En la parte de La marsellesa pude notar de reojo que Laura lloraba con silenciosa desesperación. No está de más intercalar que aquella no era la primera película cuidadosamente elegida por mí en los últimos tres meses. Mutilados que vuelven de la guerra a buscar a la infiel, artistas incomprendidos del tipo *Canción inolvidable*, esposas que descubren en la última toma que su gris marido es el héroe justiciero, hasta una versión del

ciclo artúrico en la que Lancelot era un notorio papanatas.

Una noche, no pude evitarlo, le pasé *Luz de gas*. Tampoco está mal dar un poco de miedo, a veces.

No analicé el final y perdí la suspendida. Las partidas suspendidas se jugaban martes y sábados, vale decir, sucediera lo que sucediese, los jueves yo jugaría con blancas.

Es curioso. Siento que resulta mucho menos trabajo explicar un asesinato y otras graves cuestiones relacionadas con la psicología del amor, que explicar los ritos inocentes del ajedrez. Esto debe significar que todo hombre es un criminal en potencia, pero no cualquiera entiende este juego.

El jueves jugué mi primer

P4R

Gontrán respondió en el acto con una Defensa Francesa. No me importó demasiado. Lo único que ahora debía preocuparme era que Gontrán padeciera mucho. Debía obligarlo a intentar un peón rey en alguno de los próximos jueves. Cosa notable: en la jugada doce (jugué un Ataque Keres), fui yo quien pensó setenta y dos minutos.

Cuando jugué, me di cuenta de que Gontrán se había levantado de la mesa en algún momento. Setenta y dos minutos. Cuando el ingeniero reapareció en mi mundo podía venir de matar a toda su familia y yo hubiera jurado que no había abandonado su silla. Era otra buena comprobación, pero no me distrajo. Puse toda mi concentración en la partida hasta que conseguí una posición tan favorable que se podía ganar a ciegas.

En ese momento, ofrecí tablas. Hubo un murmullo, Gontrán aceptó. Yo aduje más tarde que me dolía la cabeza y que temía arruinar la partida. Había conseguido dos cosas: seguir un punto atrás y hacer que mi rival desconfiara de su Defensa Francesa. Esto le daría ánimos para arriesgarse, por fin, a entrar en el Max Lange.

El lunes volvió a jugar peón dama y yo no insistí con la Indobenoni. Esto significaba: no hay ninguna razón, mi querido ingeniero, para probar variantes

inseguras, carezcamos de orgullo, intentemos nuevas aperturas. Significaba: si yo no insisto, usted está libre para hacer lo mismo. Tablas.

El miércoles me anunciaron que Gontrán estaba enfermo y que pedía aplazamiento hasta el lunes siguiente. Esto es muy común en ajedrez. Solo que en mi caso significaba un desastre. Los colores se habían invertido. Los lunes yo jugaría con blancas.

El lunes me enfermé yo y las cosas volvieron a la normalidad. Cuando llevábamos siete partidas siempre con un punto atrás, supe que por fin ese era el día. Jugué P4R. Al anotar en la planilla su respuesta, me temblaba la mano:

P4R

Jugué mi caballo de rey y él su caballo de dama. Jugué mi alfil y él pensó cinco minutos. Jugó su alfil. Todo iba bastante bien: esto es lo que se llama un Giucco Piano. Digo bastante bien porque, en ajedrez, nunca se está seguro de nada.

Desde esta posición podíamos o no entrar en el ataque Max Lange. Pensé varios minutos y enroqué. Sin pensar, jugó su caballo rey; yo adelanté mi peón dama. Casi estábamos en el Max Lange. Solo era necesario que él tornara ese peón con su peón, yo avanzara mi peón a cinco rey y él jugara su peón dama: las cuatro jugadas siguientes eran casi inevitables. Sucedió exactamente así.

Escrito, lleva diez líneas. En términos ajedrecísticos, para llegar a esta posición debieron descartarse cientos, miles de posibilidades. Estaba pensando en esto cuando me tocó hacer la jugada once. Yo había preparado todo para este momento, como si fuera fatal que ocurriera, pero no tenía nada de fatal. Que Laura fuera a morir dentro de unos minutos era casi irracional.

Mi odio la mataba, no mi inteligencia. Sé que en ese momento Laura estuvo por salvar su vida. Jugué mi peón de caballo rey a la cuarta casilla no porque quisiera matarla sino porque, aún hoy, pienso que esa es la mejor jugada en semejante posición. Casi con tristeza me puse de pie. No me detuve a verificar si Gontrán esperaba o no esa jugada.

Unos minutos después había llegado a la casa junto al río.

Dejé el auto en el lugar previsto, recogí del baúl mi maletín y caminé hasta la

casa. Los oí discutir.

Golpeé. Hubo un brusco silencio. Cuando él preguntó quién es, yo dije sencillamente:

—El marido.

En un caso así, un hombre siempre abre. Qué otra cosa puede hacer. Entré.

—Vos —le dije a Laura— te encerrás en el dormitorio y esperás.

Cuando él y yo quedamos solos abrí el maletín. El revólver que saqué de ahí era, quizá, un poco desmedido; pero yo necesitaba que las cosas fueran rápidas y elocuentes. No sé si ustedes han visto un *Magnum* en la realidad. Se lo puse en el cuenco de la oreja y le pedí que se relajara.

—No vine a matarlo, así que ponga atención, no me interrumpa y apele a toda su lucidez, si la palabra no es excesiva. No vine a matar a nadie, a menos que usted me obligue. Escúcheme sin pestañear porque no voy a repetir una sola de las palabras que diga.

En ese maletín tengo otro revólver, más discreto que este. Con una sola bala. Usted va a entrar conmigo en el dormitorio y con ese revólver va a matar a Laura. No abra la boca ni mueva un dedo. A un abuelo mío se le escapó un tiro con un revólver de este calibre y le acertó a un vecino: por el agujero podían verse las constelaciones.

Usted mismo, excelente joven, va a matar a mi mujer. Ni bien la mate, yo lo dejo irse tranquilamente donde guste. Supongamos que usted es un romántico, supongamos que, por amor a ella, se niega. Ella se muere igual.

No digo a la larga, como usted y como yo; digo que si usted se niega la mato yo mismo. Con el agravante de que además lo mato a usted. A usted con el revólver más chico, como si hubiera sido ella, y a ella con este lanzatorpedos. Observará que llevo guantes. Desordeno un poco la casa, distribuyo la armería y me voy. Viene la policía y dice: muy común, una pelea de amantes. Como en *Duelo al sol*, con Gregory Peck y Jennifer Jones. Mucha alternativa no tiene; así que vaya juntando coraje y recupere el pulso. Déle justo y no me la desfigure ni la haga sufrir. Le aconsejo el corazón, su lugar más vulnerable. El revolvito tiene una sola bala, ya se lo dije; no puedo correr el riesgo de que usted la mate y después, medio enloquecido, quiera balearme a mí. Cállese, le leo en los ojos la pregunta: qué

garantías tiene de que, pese a todo, yo no me enoje y lo mate lo mismo. Ninguna garantía; pero tampoco tiene elección. Confórmese con mi palabra.

No sé si habrá olido que el hombre mata siempre lo que ama; yo a usted lo detesto y por lo tanto quiero saber durante mucho tiempo que está vivo. Perseguido por toda la policía de la provincia, pero vivo. Escondido en algún pajonal de las islas o viajando de noche en trenes de carga, pero vivo. A ella la amamos, usted y yo. Es ella a quien los dos debemos matar. Usted es el ejecutor, yo el asesino. Todo está en orden. Vaya. Vaya, m'hijo.

La escritura es rara. Escritas, las cosas parecen siempre más cortas o más largas. Este pequeño monólogo, según mis cálculos previos, debió durar dos minutos y medio. Pongamos tres, agregando la historia del Magnum del abuelo y alguna otra inspiración del momento.

No soy propenso a los efectos patéticos. Digamos simplemente que la mató. Laura, me parece, al vernos entrar en el dormitorio pensó que íbamos a conversar. Yo contaba con algo que efectivamente ocurrió: una mujer en estos casos evita mirar a su amante y solo trata de adivinar cómo reaccionará su marido. Yo entré detrás de él, con el *Magnum* a su espalda, a la altura del llamado hueso dulce.

Ella misma, mirándome por encima del hombro de él, se acercó hacia nosotros. Él metió la mano en el bolsillo. Ella no se dio cuenta de nada ni creo que haya sentido nada.

—Puedo perder tres o cuatro minutos más —le dije a él cuando volvimos a la sala—. Supongo que no imaginará que puede ir con una historia como esta a la policía. Nadie le va a creer. Lo que le aconsejo es irse de este pueblo lo más rápido que pueda. Le voy a decir cuánto tiempo tiene para organizar su nueva vida.

Digamos que es libre hasta esta madrugada, cuando yo, bastante preocupado, llame a la comisaría para denunciar que mi esposa no ha vuelto. El resto, imagíneselo.

»Un oficial que llega y me pregunta, algo confuso, si mi mujer, bueno, no tendría alguna relación equívoca con alguien. Yo que no entiendo y, cuando entiendo, me indigno, ellos que revisan el cuarto de Laura y encuentran borradores de cartas, tal vez cartas de usted mismo. Mañana o pasado un revólver con sus huellas, las de usted, que aparece en algún lugar oculto pero no inaccesible.

Espere, quiero decirle algo. Un tipo capaz de matar a una mujer como Laura

del modo en que lo hizo usted es un perfecto hijo de puta. Váyase antes de que le pegue un tiro y lo arruine todo.

Se fue. Yo también.

Gontrán, en el Círculo, seguía pensando. Habían pasado treinta y siete minutos. Gontrán pensó diez minutos más y jugó la peor. Tomó el peón de seis alfil con la dama, y yo, sin sentarme siquiera, moví el caballo a cinco dama y cuando él se retiró a uno dama sacrifiqué mi torre. La partida no tiene gran importancia teórica porque, como suele ocurrir en estos casos, el ingeniero, al ir poniéndose nervioso, comenzó a ver fantasmas y jugó las peores. En la jugada treinta y cinco detuvo el reloj y me dio la mano con disgusto, no sin decir:

—Esa variante no puede ser correcta.

—Podemos intentarla alguna otra vez —dije yo. A las tres de la mañana llamé a la policía. No hay mucho que agregar. Salvo, quizá, que Gontrán no volvió a entrar en el Max Lange, que el match terminó empatado y el título quedó en sus manos por ser él quien lo defendía. De todos modos, ya no juego al ajedrez.

A veces, por la noche, me distraigo un poco analizando las consecuencias de la retirada de la dama a tres caballo, que me parece lo mejor para las negras.

Steinitz — Meitner
Viena, 1860


ilhelm Steinitz (1836-1900), ajedrecista y periodista nacido en Praga, está considerado como el primer campeón del mundo tras su clara victoria sobre el alemán Anderssen en Londres en 1866, aunque el primer título oficial lo consiguió al derrotar a Zukertort veinte años después. Defendió su corona con éxito ante Chigorin y Gunsberg. Tras perder el encuentro frente a Lasker en 1894 fue desposeído del título mundial. A partir de ese momento, su juego decayó considerablemente. Perdió la razón poco antes de morir en 1900 y, en ese período de locura, llegó a desafiar públicamente a Dios a una partida de ajedrez.

Se le reconoce como uno de los teóricos más profundos de la historia del juego y son célebres sus aportaciones sobre la importancia de los recursos defensivos en el ajedrez. A pesar de ello, se conservan múltiples ejemplos de excelentes partidas de ataque protagonizadas por Steinitz, a quien se le conocía por ello como el Morphy austríaco. Se ofrece a continuación una de esas partidas, en la cual el futuro campeón desarma con autoridad la defensa planteada por su rival, Philipp Meitner, fuerte jugador vienés y compañero de estudios del propio Steinitz. Se jugó en Viena en el año 1860.

1.e4 e5 2.Cf3 Cc6 3.d4

Se plantea así la apertura escocesa, practicada por primera vez en un encuentro por correspondencia entre Edimburgo y Londres en el año 1824. Sin embargo, los contendientes rehusarán las líneas principales de esta apertura y, por transposición de movimientos, llegaremos al ataque Max Lange. Frecuentemente el

ataque deriva de una defensa de los dos caballos: 3.Ac4 Cf6 —la jugada que define la defensa, uno de los mejores sistemas con que cuentan las negras para evitar el pacífico Giuoco Piano— 4.d4 exd4 5.0-0 Ac5 6.e5 d5. También se puede llegar a partir de una apertura italiana, como en la partida que enfrenta al profesor de matemáticas con el ingeniero Gontrán.

3…exd4 4.Ac4 Ac5 5.0-0 Cf6 6.e5 d5

Al fin, la posición crítica del ataque que da título al relato de Abelardo Castillo. Recibe su nombre del destacado jugador, problemista y teórico alemán Max Lange (1832-1899), que estudió en profundidad la línea. Después de más de un siglo de análisis, los teóricos son incapaces de dar un diagnóstico unánime sobre las posibilidades de las blancas y de las negras derivadas de esta incisiva variante y únicamente coinciden en la dificultad a la hora de valorar las ventajas y desventajas que la línea proporciona a ambos bandos. Si bien muy popular en el siglo XIX, apenas se emplea en la práctica magistral actual.

7.exf6 dxc4 8.Te1+ Ae6 9.Cg5 Dd5 10.Cc3 Df5

Obviamente, el caballo no puede ser capturado. Si 10…dxc3 las blancas responderán 11.Dxd5 dado que el alfil negro no puede abandonar la columna e por la clavada.



Esta es la jugada que obsesiona al protagonista del cuento. Hasta aquí se han seguido los cauces recomendados por la teoría de aperturas. En lugar de la textual, las blancas suelen jugar la más precisa 11.Cce4, siendo una de las continuaciones posibles 11…Ab6 12.fxg7 Tg8 13.g4 —como vemos, el avance del peón g se da con relativa frecuencia en diferentes líneas, de ahí la fijación del protagonista por sus consecuencias al adelantarlo unos movimientos— 13…Dg6 14.Cxe6 fxe6 15.Ag5 Txg7.

La secuencia propuesta da lugar a una complicada posición en la que ambos bandos pueden castigar cualquier imprecisión con un ataque definitivo sobre el rey adversario. La acción del alfil blanco impide a las negras enrocar, en tanto que el avance del peón g de las blancas combinado con la torre y dama negras dobladas en esa columna condiciona igualmente la seguridad del enroque blanco. Otras continuaciones válidas para las negras son 11…0-0-0 o 11…Af8.

11.g4

(diagrama).

11…Dxf6?

La textual fue la escogida por el ingeniero Gontrán y, obviamente, esta es una mala decisión. La jugada correcta era 11…Dg6, movimiento que da lugar a una posición donde las negras están ligeramente mejor por la desprotegida situación del monarca blanco. Veámoslo: 12.Cce4 Ab6 13.f4 0-0-0 14.f5 Axf5 15.gxf5 Dxf5, por ejemplo. «A veces, por la noche, me distraigo un poco analizando las consecuencias de la retirada de la dama a tres caballo, que me parece lo mejor para las negras».

12.Cd5 Dd8 13.Txe6+!

(diagrama). «Tomó el peón de seis alfil con la dama, y yo, sin sentarme siquiera, moví el caballo a cinco dama y cuando él se retiró a uno dama sacrifiqué mi torre».



Como vimos, aquí termina la secuencia descrita en el cuento. El protagonista gana su partida con relativa facilidad aprovechando los errores del ingeniero. Steinitz hace lo propio ante Meitner…

13…fxe6 14.Cxe6 Dd7 15.De2

Por ejemplo 15.Cdxc7+ Rf7 16.Cg5+ Rg8 17.Cxa8 conlleva una definitiva ganancia de material, pero Steinitz prefiere concentrar sus energías en el rey contrario.

15…Ae7? 15…Rf7

parecía ofrecer mayor resistencia, único modo de evitar el jaque doble de caballo en c7 y el jaque de dama a la descubierta. Tras la dudosa decisión de Meitner, las negras poco pueden hacer ya para defenderse.

16.Cdxc7+ Rf7 17.Dxc4

Se amenaza un definitivo jaque a la descubierta tras la retirada del caballo de la diagonal a2-g8.

17…Ce5 18.Db3 Dd6

Con sus dos últimos movimientos, el negro ha defendido con su caballo la entrada de la dama blanca en y ha situado su dama en una casilla fuera del alcance del caballo blanco, de modo que la descubierta ha perdido gran parte de su fuerza.

19. f4 Cxg4 20.Cg5+ Rg6

Lo que viene a continuación es poco más o menos que forzado. No valía 20…Rf6 por 21.Df7++.

21.Dd3+ Rh5 22.Dh3+ Rg6 23.Dxg4 Db6 24.Cge6+ Rf6

24…Ag5 o 24…Rh6 también conducen al jaque mate en dos jugadas.

25.Dg5+ Rf7 26.Dxg7++ 1-0

Relatos apoyados en una esquina

Hipólito G. Navarro


Aunque pueda parecer extraño, la chispa que provocó el fabuloso incendio donde perdió la vida el desconocido escritor Aurelio García Márquez tuvo lugar trece años antes de que las llamas se convirtiesen en una realidad tan insoportable que no existió otra opción que dejar trabajar al fuego a su antojo hasta dejar convertida la casa del escritor en un triste esqueleto de vigas ennegrecidas con formas fantasmales.

Aquella lejana chispa, eso sí, inocente y rara en un principio como el choque fortuito entre dos piedras de pedernal, fue alimentada por el fallecido con la abstracta pasión de un proyecto novelístico que se hacía infinito en la práctica y que pudo ser truncado de golpe gracias al incendio, cuando no fue ese mismo proyecto narrativo descabellado el detonante, la mecha que necesitaba aquella inocente chispa para volverse devastadora, haciendo explotar al fin la materia inédita que le dio su origen.

(De haber existido realmente). Los recortes, las montañas de anotaciones, las carpetas con los borradores y todo lo que iba a serle necesario para acometer definitivamente su proyecto quedó reducido a cenizas. Para Aurelio García Márquez debió de ser una suerte mayúscula haber perecido entre las llamas; sobrevivir a esa catástrofe sí que hubiese sido un infierno.

Imposible redactar esto de otra forma: las memorias de otro que ya no está. Suponer el caso, adivinar la trayectoria, hacer de tripas corazón, eso me queda. Al menos unas notas en intermitencia que no demoren mi intención de contarlo (que no me pase como a Aurelio), lo que se me ocurra en la oficina, en servilletas de los bares. ¿Y me saldrá el distanciamiento, el narrador en tercera persona?

Mi nombre es Fidel; mis apellidos, vulgares e innecesarios. No llevo bigote ni barba, pero me los estoy dejando y pica.

Si es que no hubo equivocación al contarlos, dieciséis fueron los ataúdes que en madera basta, sin pulir, dos de ellos sin tapadera, bajaban flotando mansamente por el río al caer la tarde.

Aurelio García Márquez, sentado a la fresca en la terraza de un bar de las afueras junto a la orilla, que ensayaba en aquel momento una variante de la defensa siciliana a la espera de su compañero Fidel (qué rarísimo me resulta), levantó la vista apenas del tablero, y con los ojos aún a cuadros blancos y negros, sintió cómo la plana geometría de los sesenta y cuatro escaques estancada en su mirada desde hacía más de una hora adquiría dimensión y bulto en aquellos cajones mortuorios a la deriva, en aquellos ataúdes anónimos, quizá vacíos, solo madera, tal vez instalados en una confortabilidad definitiva sus moradores, los cuerpos y los gusanos, pura geografía ósea andando el tiempo.

Una demora estúpida me privó del espectáculo. O se me resistió el nudo de la corbata, o duró más que de costumbre el sobeo con la asistenta, o me paré a comprar tabaco; el caso es que no vi nada, para una vez que pasó algo.

También los vieron cuatro que berreaban al dominó en otra mesa, una pareja llena de besos y manos en la parte más oscura de la noche inminente, y dos camareros a grito pelado: allí, allí. Demasiado lejos la deriva de los ataúdes para el intento de abordaje que pretendieron algunos con las escobas del establecimiento atadas de prisa y mal con los cinturones de los del dominó; insuficiente a su vez la potencia en la pila de petaca de una linterna que guardaban en el cajón del dinero, pues la luz quedaba rendida a los pies de la bruma finísima sobre el agua.

Equivocaban los gritos de la joven llena de besos y manos el cuento y recuento de las cajas; ni de puntillas o a saltos podía comprobarse el contenido de un par de ellas destapadas. De ser regata, un complicado triple empate en la cabeza; más atrás chocaban unas con otras en remolino imprevisto ofreciendo sonidos huecos, mojados, quizá gritos desde la otra orilla en sombras, confusión.

Aurelio García Márquez se atrevió a decir dieciséis. (Los peones en el tablero barajaban la misma cifra, también de madera, unos muertos, derrotados, otros vigilantes en la estrategia). Dieciséis.

Dos de ellos abiertos a la noche y la curiosidad, uno de estos el último en la comitiva, río abajo hacia más sobresaltos, intentos de abordaje y desembocadura.

Qué complicación. Escribo en el pellejo de otro, imagino qué habría dicho. Me toma un párrafo de diez líneas una mañana entera en la oficina. (Me persiguen).

Ya pasaban minutos largos desde que dejaron de verse y todavía los del dominó se sujetaban sus calzones y mantenían las improvisadas pértigas sobre el agua, la chica era calmada o sosegada por nuevos besos y las mismas manos, los camareros desatendido el negocio por completo, y en esto llegó Fidel (y en esto llegué yo), para la partida diaria, ofreciendo las blancas (es cierto), pero qué se había creído (debió pensar). No te lo vas a creer, dijo.

Ya desde la hora de nacer le esperaba una carrera novelística por aquella simplísima confluencia de los apellidos paternos, el García tan abundante, el Márquez otro tanto, los dos juntos que no significaron nada hasta que vino el bautizo con los cien años de la soledad aquella tan concurrida, y para colmo plagada de Aurelianos, que no era igual pero casi lo mismo.

Venía de más atrás (confesiones en partidas regulares, intercambio de reinas, alfiles por caballos), porque ya antes de ser quien era el colombiano de los otoños y los patriarcas, él, Aurelio, había sido señalado por su maestra en los años niños como depositario de las vocales todas en su nombre (¿cómo iba a ser igual llamarse Pepe o Paco o incluso Fidel?, y perdona), la aeiou en el nombre, «tú vas a ser poeta», le había dicho la maestra. Eso era lo único que tenía en el cajón el día de los ataúdes, unos cuadernos llenos de poemas amorosos imposibles, rimados de diccionario, versos para haberlo llevado al paredón.

Fidel escuchó en cuadrafónico, en redondel, la misma historia —ya con añadidos, ya con versiones, flecos, incluso chistes, ¿qué mano que salía?— simultáneamente desde los del dominó, los camareros, un viejito que nadie había visto, la chica (buenas piernas, lo recuerdo bien). Empezaron a repetirse. Las historias buenas y cortas las suele repetir el que cuenta; o suponen interlocutores tontos o sordos o no les importa el derroche y derraman el frasco de colonia todo entero, creando con el exceso la repulsión, estropeando la esencia.

La contaban muchos, era lo malo, demasiadas repeticiones, ya no muy fiables. Mandó parar, Fidel (sería mejor en primera: mandé parar, yo). ¿Quería regustar en silencio la historia? No. (Ahora lo que viene es un lío, soy consciente, es parte a corregir). Sin pensarlo se lo dijo a Aurelio: Ahí tienes tu novela, Gabriel (solía decírselo) (hijo puta, seguro que pensaba), escríbelo, averigua, imagina, (y lo peor), inventa.

Esa fue la chispa. Todo lo demás, el alimento.

No aceptó las blancas. La defensa siciliana —con pericia— convierte a las negras en blanquísimas, atacantes, devastadoras, pero no fue el caso: ya la chispa estaba en su cabeza y (supongo, pues desprotegía sus queridos caballos de manera escandalosa) una investigación independiente del tablero y el contrincante le enzarzaba neuronas, tramas y argumentos.

En principio le salieron fáciles: una fábrica de ataúdes río arriba, una tapia de cementerio reventada de fiambres y vejez, una broma macabra; hacia la mitad de una partida desastrosa (también para mí, por lo fácil) con violación de reina y las torres en ruina, escarbó más hondo y se le tornaron febriles: excursiones pagadas del otro mundo, tráfico de licores, no ataúdes sino navegación de enanos, liliputienses en conserva, puntas de iceberg; antes del mate le vino otra, de pesadilla: placas en el lomo de una serpiente de lago Ness.

Pérfida. Había perdido (en todos los sentidos). La primera vez en muchos meses.

A mí me investigan como colega del finado. Dan conmigo sus conjeturas. «Amigo de tablero» les he tenido que explicar, y uno de ellos, comisario es de suponer, se fija en la barba que me dejo, aunque no hay que ser un lince para ver que de continuo me rasco. No ha quedado nada en su casa para pista, los técnicos del cuerpo (¿policía?, ¿médicos?, ¿bomberos?) siguen escarbando, me dicen, y que esté localizable.

Ya se terminaron sus partidas entonces, ¿no?, se acabó la diversión. Ponen nervioso al más inocente los cabrones.

Ya no volvió a ganar una partida. Desde los primeros movimientos el tablero yo diría que se le ponía cuesta arriba, sus piezas retrocedían siempre, las mías se le echaban encima más por la ley de la gravedad que por estudiadas estrategias. Se convirtió la dificultad enorme de nuestros juegos en un

aburrimiento, que te duermes, hombre, mueve; ¿ah, me toca?, preguntaba.

Su cabeza estaba allí en lo físico, los ojos por el contrario lo delataban muy ausente, como ido.

Aurelio García Márquez y Fidel se parecen en lo solteros: los entretiene el intelecto, acaso un gato (¿también quemado?), las carnes sin adjetivo de una asistenta dos veces por semana, fumar en pipa (luego habanos); una amistad con sus salientes, como todas.

Cuesta trabajo decir esto en tercera persona. Nos parecíamos, sea dicha la verdad: yo soy más alto y dos años por debajo, y Tauro.

Aurelio García Márquez decidió entonces esperar al día siguiente —suponía que otras gentes, otros pueblos, habrían visto la fúnebre procesión—, esperar la prensa de la mañana, la noticia, la verificación de un periodista, por si obtenía tal vez de la realidad el resorte utilizable para el inicio de la carrera novelística marcada en sus vocales desde niño, reclamada con mayor urgencia por los apellidos del colombiano más tarde, atacado por su compañero (enroque corto, ofreciendo la revancha). Fidel: Ahí tienes tu novela, escríbelo (cabrón), averigua, imagina (más que cabrón, su cara no decía otra cosa), inventa.

Aurelio García Márquez, con suavidad —no llevaría diez titubeantes movimientos de peones—, inclinó su rey, dejándolo tendido, muerto, en medio del campo de batalla aún intacto. Miró al río. Todavía podía ver claramente, aun sin quedar ya ni un mínimo rastro, los dieciséis ataúdes desfilando en la oscuridad.

La noticia que trajo la prensa fue escueta y sosa, inservible para el proyecto que trajinaba ya por su cabeza; sin embargo, la trampa en las líneas finales de que se mantendría informados a los lectores lo abocó en los días siguientes a un expurgo con lupa de cada una de las páginas de todos los periódicos, buscando explicaciones, algo novelable, trampolín.

No hubo tales explicaciones, quedó cerrado el caso. Por el contrario, Durante la cena de Navidad, Condenado a 18 meses de cárcel *por comerse la oreja de un amigo. Londres. Un tribunal londinense condenó ayer a dieciocho meses de cárcel a un ex paracaidista que tuvo como plato único de su cena de Navidad la oreja de un viejo amigo. «Ñam, ñam», fue lo único que exclamó etcétera etcétera. Por el contrario Trece casos, La principal red de* computadoras nipona, *afectada por un* «virus electrónico». Tokio. La principal red japonesa de computadoras, conectada a nivel nacional etcétera

etcétera. Por el contrario En Huelva, Se hiere a la vez en *la frente, la mejilla* y los testículos en / un accidente casero. M. M. Waflar. Corresponsal. Huelva. El personal sanitario del servicio de urgencia etcétera etcétera. Paradojas. Aquella clausura del caso de los ataúdes (una fábrica río arriba, una broma macabra, navegación de enanos) abrió de manera irreversible para Aurelio García Márquez las puertas de otro caso: el suyo propio.

En doce o trece años debió de acumular pues imagino: como mínimo un par de recortes por semana. Habitaciones enteras pienso yo que habría destinado como archivos. ¿Y por qué no pruebas ya con una historia cualquiera? Yo me preocupé durante los primeros meses, tal vez durante un año o dos. Tijeras y pegamento; por falta de material no iba a quedar. Me burlé demasiado de él, pero la verdad —es lastimoso, lo sé— le regalé el oído siempre y en toda circunstancia. Hay personas así, que no se les puede llevar la contraria. Sí, querido, y en el pensamiento que te crees tú eso (y le trinco la reina). Es la hipocresía venial, no dañina. De más sabía yo que el proyecto se le había ido ya de las manos hacía mucho.

Habitaciones enteras llenas de recortes de periódico y papelotes. Con lo que eso arde.

Como proyecto no estaba mal. Infantiloide. Pero hay que acometer, no esperar años. (Ya de viejo construyó mi abuelo una enorme pared de piedras amontonadas alrededor del cortijo —la pared la conozco, mi abuelo la cascó antes, si perdura algo serán restos minerales aprovechables en siglos que estén por llegar, si es que lle— gan—. Veinte años tardó en limpiar el olivar, lo hizo sin prisas. Se llenaba los bolsillos con piedras cuando iba y venía, como quien se guarda una castaña tirada en el suelo.

Luego las depositaba en el plano imaginario para cercar aquella zona de la finca, y subía la pared con parsimonia, acumulando el viento y la lluvia la argamasa, la trabazón. Miles de piedras repartidas por el suelo entre los olivos en una superficie como de explosión de meteorito le ofrecieron al abuelo el entretenimiento de puzzle a los setenta años bien curtidos; un día después de cumplir los noventa colocó en la pared la última piedra suelta que quedaba, completando la obra, echándose a morir a gusto y placentero. Seis incendios como poco han asomado desde entonces por las barbas de los olivos, dejándole a la pared, si acaso, algunas marcas oscuras aquí y allá que más que cualquier otra cosa la afirman, la sostienen y dignifican). Como proyecto no estaba mal.

En un ángulo de la primera página la reproducción fotográfica del recorte de

prensa, la noticia escueta sin más, «dieciséis ataúdes río abajo etcétera»; las narraciones a escribir debían apoyarse en esa esquina de la página, en el recorte. La escritura debía suponer orígenes, inventar resoluciones, darle la vuelta a la tortilla, crear. Aurelio García Márquez tuvo en trece años el tesón que se necesita en estos casos: bien que le decía a Fidel ya no gano una partida, estoy en el proyecto (ciertamente estaba), cada día me encuentro con materiales más sabrosos (por ejemplo decía escucha: de un periódico viejo en la biblioteca —oigo, oigo, decía yo, expoliando sus defensas de peones doblados y sus queridos caballos—: Las proezas de / un ingeniero ruso. Moscú. Vera Svetlakova para Efe.— Hace más de un siglo, la historia de cómo un noble ruso trajo una pulga de tamaño natural hecha por un maestro inglés, y cómo esta pulga fue herrada por un herrero zurdo ruso de Tula, recorrió el mundo. En nuestros días, el ingeniero ucraniano Nikolai Siadristy herró una pulga viva. En la Exposición de Montreal se mostraba esta pulga disecada y con herraduras de oro.

Preguntaron al ingeniero qué había sido lo más complicado del asunto. «Cazar la pulga», fue su contestación. Esto es más creíble al observar otras obras de Siadristy: allí mismo, en Montreal, mostró un motor eléctrico dieciocho veces menor que un grano de amapola. Durante tres días este motor fue puesto en marcha cuarenta veces, y sucesivamente, en las exposiciones de Kiev y Jarkov, casi medio millón de veces, hasta ahora. Su primera micro-obra la hizo Nikolai hace trece años, cuando de estudiante felicitó a sus compañeros de estudio con motivo de Año Nuevo con una inscripción en un pelo…). Materiales muy sabrosos, sí, pero perdía. Lo único claro en su proyecto es que desde muy al principio tuvo un título, que yo tomo ahora para encabezar estos papeles. (La pared de mi abuelo solo tuvo un nombre genérico, poco imaginativo: pared, sin más. Es el mundo.

Yo, sin ir más lejos, este día, redactando esto no hice nada en la oficina, y al llegar a casa tuve que despedir a la asistenta por hurgarme en los papeles).

Gasolina. Al parecer deja rastros. Los técnicos.

Aurelio García Márquez pudo haber parado mucho antes (seguir vivo en su persona y no en esta confusión de personajes) de haber aprovechado la ocasión presentada en forma de despiste. «Lo mismo me está comiendo y no la veo», decía, «no se puede perder así como así semejante carpeta». (Un hijo puta es lo que eres, Aurelio, me digo, mal que me pese o se descubra). Ignoraba el escritor (¿?) la intervención de Fidel en el asunto, la curiosidad que lo mataba: la carpeta con los recortes que habrían de servirle como esquina a sus futuros relatos (¿por qué no me dejaba verlos?) había quedado olvidada en una silla junto a su partida perdida

número quinientos veintidós, siendo ya por tanto casi dos los años que llevaba atesorando «argumentillos» (les llamaba Fidel). Cuando vio Fidel la cantidad monstruosa de recortes —lo mismo estados de la mar que breves deportivos, relaciones del horóscopo, esquelas o bursátiles—, tuvo la completa seguridad de que el proyecto de Aurelio sería siempre solo eso, proyecto.

Ya tenía por entonces el desconocido escritor más de trescientas historias por escribir, si era de atenerse a una por recorte y no pensaba apoyarlas a la vez en más de una esquina; una burla incluso así, y peor todavía viendo Fidel la progresión escandalosa del acopio que efectuaba, pues últimamente (se habla de años ha) le valían como apoyaturas literarias lo mismo los sobrecilos del azúcar del café que la escueta leyenda de un sello de correos.

Sabemos perfectamente que usted estuvo burlándose del muerto por lo menos ocho años (camareros habladores, el ajedrez se juega mejor en la casa de uno, sin mirones, yo habría tirado por alfil dos caballo dama), de su forma de jugar y de su aspecto (en los últimos meses bien es cierto). Claro que de ahí a ser pirómano…

Me consta que los párrafos que ahora intento son difíciles, tu puta madre si lo entiendo podrá decir el que los lea. Para alguien experimentado, algo más que poemas, puede ser tal vez sencillo dictarse en piel ajena, pero apuestas hago desde ahora que a poner en orden lo escrito por la ausencia del quemado, los miedos a un comisario que escarba donde duele y otras fintas de mayor calibre que para final se dejan a conciencia, apuestas hago digo a que no ha nacido quien lo aclare, y eso me sirve y me defiende caso de caer estas confesiones incluso en lupa de calígrafo, que no pasan en balde trece años.

Voy: Por una parte supuso Fidel que Aurelio García Márquez disimuló el olvido con la intención de que su amigo (o sea, él mismo, Fidel) hiciese desaparecer dos años de recortes y con ellos la fiebre de un proyecto ya en la práctica imposible. Por su lado, Aurelio no pudo conciliar sueño alguno y malgastó una noche entera poniendo patas arriba el inmueble que habitaba (el que después iba a arder como una tea) en busca de la carpeta. En el mismo tiempo (confieso yo en este caso mis culpas y sospechas) se iniciaron pues dos procesos paralelos o antagónicos o como llamarse quiera: Fidel se arrepentía de no haber tirado los papeles, convirtiendo luego el arrepentimiento en saña y promesa de ofrecer a Aurelio cuanto papel fuese utilizable (era una obvia burla), Aurelio recuperaba al día siguiente su propio infierno (hizo tablas sin embargo) y (lo sé, lo sé) comenzó a planificar una cruel (inútil, soberbia a su vez) y distante venganza.

Yo, como soy Fidel y vi en sus ojos aquel brillo, ataqué con la propuesta que con los años iba a dar candela suficiente a su primera chispa: le hablé sin más de diversificar el riesgo, no jugársela a una carta (a una carpeta), narrándole (y empezaron las mofas) el conocido cuento del cabrero que subió a la majada una docena de huevos, colgó la cesta de un clavo, cedió el soporte y se le rompieron todos, resolviendo en hombre para lo sucesivo disponer doce clavos para sostener otras tantas cestas, una por huevo. En los años que quedaban llenó Aurelio García Márquez su casa de carpetas, sus carpetas de recortes, sus recortes de abandono y acumulación. (De haber existido realmente. Fidel eso nunca lo supo).

¿Y por qué no pruebas ya con una historia cualquiera? Se lo decía a menudo; también pegamento y tijeras, por falta de material no iba a quedar. Podría haber empezado de manera cronológica, desde el primer recorte, que más fácil le habría resultado al ser también él espectador de privilegio.

Podría haber dicho, si es que no hubo equivocación al contarlos, que dieciséis fueron los ataúdes que en madera basta, sin pulir, dos de ellos sin tapadera, bajaban flotando mansamente por el río al caer la tarde. Yo esa escena tuve que perdérmela, por tonto.

Datos con mosca detrás de la oreja de momento tenemos tres: una barba muy crecida (ya no se rasca usted tanto), un sospechoso despido días después de los bomberos de una asistenta que confiesa asistencias más en el sofá que en la cocina, y otro más que me reservo. Fidel, no me patine, que lo estoy vigilando muy de cerca. (Textual). (Tendré que resumir). (Me persiguen, sí).

Pero no he quemado yo al desconocido escritor Aurelio García Márquez. (Burlas sí, he de confesarlo: «Esta semana puede verse a prueba su capacidad de entrega, pues sus relaciones van a tensar al máximo las cuerdas del afinado instrumento de su sensibilidad y usted tendrá que dar la nota más pura que encuentre en su registro».

No era de su signo, pero tuve que recortarlo de la revista y entregárselo: toma, otra esquina. Yo soy Tauro, ya lo he dicho). Se quemó él solo.

(Voy a resumir, aunque no tienen pruebas). Fidel (apellidos vulgares e innecesarios) no tuvo otra que traspasar el entretenimiento de las tardes: las partidas eran ya de colegial; optó por empantanar todavía más el proyecto de Aurelio García Márquez, abultándolo, sumándole montones de recortes y además fotografías (un capítulo interesante, pero a tratar en otro sitio y oro tiempo, ya digo

que me persiguen).

Aurelio estaba en el proyecto, como ido, y se lo guardaba todo sin decir palabra; por lo mismo, Fidel nunca pudo saber —la ceniza es una materia que ocupa mucho menos sitio que lo que la origina— si esos recortes suyos engrosaron alguna vez aquellos archivos que suponia (es verdad, nunca lo supe, nunca pudo saber está bien dicho, nunca lo supo). Le dio argumentos. A miles. Todos en uno.

De pronto, de súbito, ya no tengo prisa. Bien es cierto que no hay casualidad, estaba pensado: el mismo Aurelio se preocupó antes del suicidio (no lo he dicho yo, sino el comisario), adquiriendo de su puño y letra puede decirse (desconocido escritor, pero escritor al menos en potencia) los garrafones suficientes como para prender una catedral; en la gasolinera lo dijeron bien claro: esto huele feo, ¿para qué querrá García Márquez tanto combustible? (él dio su nombre para que quedara claro —una pista y un equívoco pueden llegar a ser lo mismo según qué determinadas situaciones—, los de la gasolinera se presentaron como García Lorca y Camilo José Cela; era broma, claro; lo de Aurelio no lo era).

Sin embargo han callado durante semanas, el tiempo que hace ya que no me rasco. Mejor. Como dejo de tener que estar localizable, usted perdone las molestias, y parece al fin concluir una complicada venganza que viene de hace años, puedo irme, es un decir, al fin del mundo.

Así fue.

Estas líneas últimas, ya de sobra, por si me volviese tonto o senil o incrédulo y olvidara. Las apunto relajado y con los ojos de caribe (versos de una tonada se escaparon con su nombre mucho antes, tal vez premonitorios): No dejo de recordar con cierta nostalgia, hasta encariñado, aquel anónimo cadáver (digo bien: anónimo) abrasado hasta los tuétanos, aquel leve montículo de ceniza negra como un peón caído en una esquina del tablero, al pie de los caballos.

Tolstoi — Maude
Yasnaya Polaina, 1906

cabamos de leer un relato que gira en torno a la figura de un voluntarioso y metódico novelista aficionado al ajedrez. Aurelio García Márquez no constituye una excepción, ya que la lista de artistas, literatos y otros personajes vinculados al mundo de la cultura atrapados por la magia del ajedrez es extensa. El pintor Marcel Duchamp es un ejemplo de sobra conocido. Alcanzó tal categoría en lo que podríamos llamar su afición que se clasificó en sexto lugar del campeonato nacional en 1925 y llegó a formar parte de la selección francesa en competiciones de primer nivel como las Olimpiadas. También fueron grandes conocedores del juego su amigo el fotógrafo y pintor Man Ray, los cineastas Vsevolod Pudovkin y Stanley Kubrick, los actores Humphrey Bogart y Charles Boyer, los músicos Sergei Prokofiev y Ray Charles, los escritores Johann Wolfgang Goethe, Leon Tolstoi, Stefan Zweig, Raymond Chandler, Vladimir Nabokov (quien compuso, además, varios problemas de ajedrez)… Han escrito sobre el noble juego autores de la talla de Edgard Alan Poe, Ambrose Bierce, Miguel de Unamuno, Jorge Luis Borges, Patrick Süskind, Fernando Arrabal, Woody Allen, Arturo Pérez—Reverte, Paolo Maurensig, Icchokas Meras… Podríamos continuar enumerando celebridades, pero es mejor detenerse en este punto, ya que ese no es nuestro propósito. Preferimos invitar a los lectores a adentrarse por sí mismos en esas extraordinarias narraciones, puesto que es el único modo de hacerles verdadera justicia.

Por desgracia, en ese viaje no les podemos acompañar, pero sí en el ejercicio que proponemos a continuación, conocer la «otra» producción ajedrecística de uno

de esos grandes novelistas. El análisis de las distintas partidas conservadas de Leon Nikolaevich Tolstoi (1828-1910) demuestra que, a pesar de ser contrario al estudio teórico y por ello flaquear en las aperturas, fue un ajedrecista más que correcto, original e ingenioso en posiciones ventajosas. Veamos la siguiente partida de ataque de un casi octogenario Tolstoi, enfrentado a su amigo y biógrafo Aylmer Maude (1858-1938) hace casi cien años. Un juego con algunos errores propios de dos aficionados, pero aun así de innegable interés…

1. e4 e5 2.f4

En el gambito de rey, el conductor de las piezas blancas sacrifica su peón f con el fin de apartar el peón e negro del centro del tablero y facilitar la acción de la torre en la columna f en caso de enrocar corto. Aparece documentado por primera vez en la obra de Ruy López, en 1561, y fue una de las aperturas preferidas por los jugadores tácticos del siglo XIX. A pesar de que los planteamientos posicionales se han ido imponiendo poco a poco desde entonces, campeones de la talla de Bronstein, Spassky o Fischer lo han utilizado en alguna ocasión.

2…exf4 3.Cf3 g5

El sistema defensivo clásico, que pasa por retener el peón de ventaja a costa de retrasar el propio desarrollo. Da lugar a un juego incisivo, con posibilidades combinatorias para ambos bandos.

4.Ac4

También se puede atacar la cadena de peones con 4.h4. Ante la respuesta 4…g4, el blanco puede escoger entre 5.Ce5 y 5.Cg5, movimientos que originan partidas violentas.

4…g4 5.Ce5

Se ha practicado la incierta continuación 5.0-0, el gambito Muzio, que

conlleva un nuevo sacrificio de material, en este caso del caballo, con objeto de preparar un ataque definitivo sobre el rey negro. Debe su nombre al fuerte jugador italiano del siglo XVII Don Muzio. El complicado juego puede continuar con 5…gxf3 6.Dxf3 Df6 7.e5 Dxe5 8.d3 Ah6 9.Cc3 Ce7 10.Ad2 Cbc6 11.Tael Df5 y es difícil que el negro pueda mantener toda la ventaja material.

5…Dh4+ 6.Rf1

Con la edad se tiende al conservadurismo… ¡Quién lo diría, viendo al viejo Tolstoi renunciar al enroque ya en la sexta jugada! A cambio, ha conseguido un abrumador control del centro del tablero y el ataque directo de sus piezas menores sobre f7. No valía 6.g3 por 6…fxg3 y si 7.hxg3 las blancas perdían la torre.

6…d5

Junto a 6…Ch6, el contragolpe central entregando el peón d es el único modo de defender simultáneamente los peones de f7 y g4. El negro también podría haber apostado por activar su juego mediante 6…Cc6, movimiento que da lugar a complejas variantes como: 7.Cxf7 Ac5 8.De1 g3 9.Cxh8 Af2 10.Dd1 Cf6 11.d4 d5 12.exd5 Ag4 13.Ae2 Cxd4.

7.Axd5 f3

No hay que descartar la más prudente 7…Ch6. Por lo visto, en opinión de Maude, la mejor defensa es seguir atacando…

8.gxf3

No es la única jugada válida. Tolstoi prefiere evitar el cambio de peones con jaque en g2 y descarta por ello la interesante 8.Axf7+.

8…Dh3+ 9.Re1 g3

El ataque negro es ficticio. La posición reclama con cierta urgencia comenzar a desarrollar las piezas con 9…Dh4+ 10.Re2 Ag7 11.Axf7+ Rf8 y si 12.Axg8 Axe5.

10.d4??

(diagrama). Esta mala jugada permite al negro 10…Dg2, movimiento que le da la vuelta a una partida que tenía cuesta arriba. Se imponía en su lugar 10.De2.



10…g2??

Otro grave error. Con la citada 10…Dg2 se amenazaba jaque mate en f2 y la torre simultáneamente. La defensa con 11.Tf1 (ahora o después de 11.Axf7+) no es tal, ya que el negro puede continuar con 11…gxh2 y coronar a continuación.

11.Tg1 Dh4+ 12.Re2 Ch6 13.Txg2 c6 14.Axh6 cxd5 15.Axf8 Rxf8 16.De1

Con dos peones de ventaja y un mejor desarrollo de piezas que las negras, Tolstoi propone un cambio de damas que conduciría a un final muy fácil de ganar.

16…De7 17.Cc3 f6 18.Cxd5 De6 19.Dg3! 1-0

(diagrama).



La disposición de las piezas blancas es envidiable, en tanto que las del negro permanecen, a excepción de la dama, en sus casillas iniciales. Solo puede evitarse la definitiva entrada de la dama blanca en g7 (si 19…fxe5 20.Dg7+ Re8 21.Dxh8+ Rd7 22.Tg7+ Rc6 23.Tc7+ Rb5 24.Tc5+ Ra4 25.Cc3+ Rb4 26.a3++ ¿Habría calculado el autor de Guerra y paz y Ana Karenina este bello remate?) proponiendo un cambio de material que comporta una fácil victoria de las blancas: 19.Dg3 Tg8 20.Dxg8+ Dxg8 21.Txg8+ Rxg8 22.Tg1+ Rf8 23.Cxf6.

La botella

David Vivamos Allepuz

adó unos cien metros, hasta donde nunca había osado adentrarse, tal era su excitación. En demasiadas ocasiones había sopesado la idea de llegar hasta allí y dejarse devorar por los tiburones. Abrirse una herida que sirviese de reclamo a los escualos y poner fin a una tortura que se había prolongado más allá del límite humano. Un día, en un arranque de desesperación, había llegado a clavarse una piedra puntiaguda en el hundido vientre, dispuesto a morir en el mar. Recordaba amargamente haber caído sobre la arena, la espuma de las olas vencidas muriendo en sus rodillas, y haber mirado sus raquíticos brazos, el prominente costillar. Había bajado la mano poco a poco y con dedos titubeantes había palpado sus canillas. Había comenzado a sollozar, lanzado un agudo grito y roto a llorar. Solo era un miserable saco de huesos olvidado, ya no era un ser humano. Olvidado por los hombres, olvidado por Dios. Ni siquiera los tiburones le habrían atacado.

Habría sido ignorado, eran animales inteligentes, los había estado estudiando desde el naufragio. Había llorado mucho aquella mañana del frustrado suicidio, impotente. No había sabido ni podido o, en realidad, no había querido morir. Dejarse morir. Había llorado muchísimo, sí, todo aquel tiempo. ¿Cuánto hacía ya? Dos años. Luego, se había cansado de medir el tiempo. Más tarde, reinició la cuenta en lunas. Demasiados cientos de lunas.

A pesar de la mar calma, nadar le suponía gran esfuerzo. Luchó contra la resistencia del agua ante su avance, su propio peso, contra su debilidad. Se detuvo, sacó la cabeza a la superficie, distinguió el balanceo de un objeto, para continuar

nadando en su busca. El reflejo verde que había estado viendo acercarse a la playa desde el amanecer se encontraba cada vez más próximo. Unas pocas brazadas más. Había olvidado la presencia de los tiburones, el valor de su propia vida. Alcanzó finalmente la botella. Un casco de vidrio verde, probablemente una botella de vino de mesa, cerrada con un tapón de corcho. En su interior se distinguía un pedazo de papel doblado. Nadó hasta la orilla.

Se dejó caer sobre la arena, donde permaneció unos minutos tumbado cara al sol intentando recobrar el aliento. Sintió palpitar el corazón en su pecho con fuerza, más por la emoción que por el ejercicio realizado. Se sentó, disfrutando de la brisa sobre su piel desnuda. Escupió el corcho y extrajo, no sin dificultad, el papel amarillento por el estrecho cuello de la botella. Sus torpes dedos se habían desacostumbrado a tareas de esa precisión. Lo desdobló nervioso. Había un conciso y sorprendente mensaje escrito en tinta roja: «E4».

Una letra y un número. Una e y un cuatro. Tan poco para cualquiera, tanto para un hombre desesperado al borde de la locura. Alegría. Su primer contacto con otro ser humano desde hacía muchas lunas, demasiado tiempo. ¿Habría escrito aquello un hombre o una mujer? ¿Se trataría de un anciano, de una joven, de un niño? Extrañeza. Se rascó la poblada barba con una mano y los genitales con la otra, sumido en una profunda reflexión. Alegría y extrañeza. Hacía mucho que no ejercitaba la imaginación. ¿Qué significaba aquello? Una e y un cuatro. Un eje de letras y un eje de números. ¿Ajedrez? La anotación de una partida de ajedrez necesitaba de ambos ejes. El peón de rey que avanza dos escaques, de la casilla E2 a la casilla E4, ese podía, ese tenía que ser el significado del mensaje. Su mente confusa no acertó a encontrar otra explicación plausible, quizás no hubiese otra, quizás no hubiese ninguna. ¿Quién había hecho el envío? ¿Quién era el responsable de aquella jugada? ¿Otro náufrago? ¿O acaso era Dios quien ponía a prueba su locura? Tenía que tratarse de una señal, un aviso del Supremo Hacedor, ¿cómo podía entenderse si no que un náufrago enviase ese mensaje sin sentido en una botella en lugar de una petición de auxilio? A no ser que hubiese perdido el juicio, como había estado a punto de ocurrirle a él. Hacía ochenta y siete lunas que había decidido abandonarse como una bestia. Había dejado crecer su barba, ya no la recortaba cada cuarenta lunas ni utilizaba el taparrabos. Lo había tirado en la covacha en la que pasaba las noches más frías y donde guardaba algunas cosas que el mar le había devuelto del naufragio: dos cacerolas, una sartén, tres bombillas, una pelota de Nivea, un paraguas roto, una cinta de vídeo con dos películas grabadas, de una serie de largometrajes de terror muy de moda en los cincuenta y primeros sesenta, Yo fui un administrador de fincas adolescente y Yo fui un tornero fresador (en paro) adolescente. Y una boina de grotescas proporciones.

Dios, sin duda, tenía que tratarse de Él. Una E y un cuatro, el movimiento inicial de una partida cuyo fin era volver a hacerle cruzar la tenue frontera que separa la Humanidad de la irracionalidad de las bestias. Devolverle entre los seres humanos, volver a ser parte de la civilización, aunque fuese en este su pequeño mundo apartado, en su isla. Recuperar la estima en él mismo. Obligarle a recordar que fue un ser superior, volver a serlo. Y qué mejor modo de probarle que mediante el ajedrez, el juego al que había dedicado tantas horas de estudio. Todo aquello debía responder a un plan divino, superaba la lógica y la razón humana.

Preparó un rudimentario fuego. Con la punta de una ramita quemada escribió en la otra cara del papel su respuesta: «C5». Una Defensa Siciliana. Su defensa favorita siempre había sido esta, adelantar el peón del alfil de dama dos casillas. Dobló el papel y lo introdujo de nuevo en la botella. Recuperó el tapón de corcho y la cerró, presto a arrojarla al mar. Se detuvo. Si la corriente había hecho llegar la botella a la orilla, lo más probable es que si la lanzaba desde allí volvería hasta sus manos arrastrada por la misma fuerza del mar, antes de llegar a su invisible destinatario. Sonrió satisfecho. Volvía a razonar como un ser humano. Arrojaría al agua esta y las siguientes botellas desde el otro extremo de la isla. Las corrientes marinas le serían favorables desde la punta este. Pero antes volvería a ponerse el taparrabos. Se afeitaría a su regreso. Y abandonaría las sesiones de onanismo desatado a las que se había entregado con tanta frecuencia.

Estuvo esperando la respuesta durante varias lunas. Ver amanecer una nueva mañana, el sol reflejado en el mar, constituía un nuevo aliciente hasta ahora desconocido. En esos días se esforzó en recuperar el perdido hábito de la higiene, lavándose cada mañana en el arroyo y aseando sus uñas que parecían garras. Se ilusionó por pequeñas cosas que antes aborrecía, como coger los cocos más difíciles demostrándose su propia destreza, compitiendo consigo mismo. Una vez había querido morir de hambre, hacía mucho, asqueado por la dieta de esos mismos cocos, chirlas enclenques y unas bayas rojas de sabor repugnante que crecían entre unos hierbajos al norte de su playa durante los periodos más cálidos. No tuvo agallas ni para eso, como cuando había intentado echarse a los tiburones. Ahora celebraba estar vivo y ser un hombre, gracias al ajedrez.

La botella llegó siete lunas más tarde. Esta vez esperó en la playa. Calibró las corrientes y el peligro de los tiburones, determinó que no valía la pena correr riesgos innecesarios. Sintió una indescriptible satisfacción tras tomar aquella simple decisión por el mero hecho de volver a pensar de manera racional. De nuevo, valoraba las cosas antes de dejarse arrastrar por los instintos animales como había hecho antes de la llegada de la primera botella. Ya estaba allí, en la arena, a

sus pies. Sacó un nuevo papel doblado: «C3». La Variante Alapin contra la defensa siciliana, no demasiado frecuente en la práctica magistral. Sin duda, se estaba midiendo a un rival ambicioso. Otra deducción por su parte. Sonrió gozoso. Y escribió su respuesta. No jugaría D5 directamente, sino que apoyaría previamente ese movimiento con E6, jugada que podía hacer derivar la partida hacia senderos conocidos de la Defensa Francesa. Dejaría tal decisión a su rival, le pareció lo más justo, habida cuenta que le había retornado la ilusión por la vida.

Esperó la respuesta con impaciencia. ¿Defensa Siciliana como propuso en principio o Defensa Francesa? ¿Cuál sería la elección del misterioso oponente, si no del Divino Jugador? Recordó un poema de Borges leído en su juventud. Recuerdos, hombre al fin. Durante la espera decidió no ayudarse de tablero mientras no sintiese necesidad de ello. Jugaría a la ciega, de memoria, cosa que le serviría para comprobar hasta dónde se había resentido su fuerza mental. Optimista en su nueva vida, comenzó a interesarse por la gastronomia, probar nuevos guisos, por el placer de experimentar. En vez de coco crudo, coco hervido. Bayas con chirlas hervidas también, en vez de bayas con coco. De postre, virutas de coco.

La tercera botella no constituyó ninguna sorpresa. La respuesta esperada: «D4», tomando el centro apoyado el peón de dama en el de C3 adelantado en la segunda jugada. Según el plan previsto, el náufrago también adelantó su peón de dama dos casillas en el papel devuelto a la verde botella: «D5».

La cuarta jugada llegó de noche. Sentado junto a la hoguera, le pareció distinguir la forma de la botella entre la espuma de las olas que rompían. Esta vez no la había visto llegar. La recogió y se acercó al fuego para leer la respuesta. Repasó la partida. Aquel E4, él C5, aquel C3, él E6, aquel D4, él D5. Estaba convencido de que la jugada de su oponente sería E5. El peón del movimiento inicial de las blancas avanzaría una nueva casilla de manera que dificultaría el desarrollo negro en el flanco del rey. Y llegarían, por trasposición, a la variante del avance de la Defensa Francesa, la pequeña concesión dada al jugador de las blancas. E4, C5, C3, E6, D4, D5… Desdobló el papel junto a la lumbre y leyó la respuesta escrita como siempre en tinta roja: «Tocado y hundido».

Cayó el papel a la arena. El equilibrio alcanzado durante esas semanas gracias al ajedrez… el control, el dominio sobre la locura que pugnaba por dominar su mente, por adueñarse de su ser… cruelmente sacudidos por aquella burla de Dios o del destino… Con los ojos fijos en la fogata, sin pestañear, comenzó a reír. Cayó la botella también. ¿Tocado y hundido? El juego de los barquitos, un

pasatiempo idiota, una broma perversa y atroz. Unas carcajadas cada vez más fuertes, agresivas y descontroladas rompieron el silencio de la noche, el rítmico murmullo de las olas. Cesó la risa de repente. Tocado y hundido. Maltrecha salud mental, Variante Alapin, trasposición de movimientos. ¿Defensa Francesa? Solo el ajedrez podía haberle mantenido cuerdo. Tocado y hundido, E4, agua, C5, agua. Tocado… Lanzó un grito desgarrador, inhumano, el salvaje aullido de una bestia. Otro grito aún más espantoso que el primero. Se quitó el taparrabos y, sollozando, lo arrojó a las llamas. Las brasas dibujaron bellas figuras girando sobre sí mismas en la negra noche. La bestia se asustó, retrocedió ante el fuego tapándose el rostro. Gruñó recelosa y se adentró en la vegetación para siempre.

Karpov — Polgar
Linares, 1994

natoly Eugenievich Karpov (1951) conquistó el campeonato mundial juvenil en 1969 y seis años después el título absoluto, tras la negativa del norteamericano Fischer a poner su corona en juego. A partir de ese momento comenzó a disputar y ganar múltiples campeonatos y se convirtió, de este modo, en uno de los campeones más activos de la historia. En este período puso las bases del récord de victorias en torneos que todavía ostenta y que se encuentra lejos de ser superado por ninguno de sus rivales en activo.

El soviético derrotó al aspirante Korchnoi en sus dos primeras defensas del título (1978 y 1981) y aventajaba a Kasparov en la tercera cuando la Federación suspendió la maratoniana confrontación entre ambos, que duraba ya cinco meses. Kasparov le venció en 1985 y Karpov fracasó en los encuentros para recuperar el cetro mundial de 1986, 1987 y 1990. Lo consiguió en 1993 tras vencer al holandés Timman, después de que la PCA (la asociación de jugadores profesionales impulsada por Kasparov) provocase un cisma en el ajedrez profesional al escindirse de la Federación Internacional. Comenzaron unos años especialmente convulsos, donde convivieron dos campeones mundiales, Kasparov, por un lado, y el campeón de la Federación, por otro. Karpov defendió con éxito su título frente a Kamsky en 1996 y Anand en 1998 y lo perdió cuando dejó de participar en el campeonato mundial de Las Vegas de 1999, prueba en la que resultó vencedor el ruso Khalifman. Campeón de la URSS en diversas ocasiones y con el equipo nacional en diferentes Olimpiadas, campeonatos mundiales y europeos, se le considera el más aventajado de los herederos de Capablanca.

Como aquel, Karpov es un jugador paciente y eficaz, excelente defensor, dotado de un extraordinario talento intuitivo y especialmente temible en los finales

de partida y en las posiciones aparentemente simples.

La partida que comentamos corresponde a la edición de 1994 del prestigioso torneo de Linares. En esta prueba, Karpov no solo consiguió el título, sino que obtuvo la que se considera mejor actuación individual de todos los tiempos en una prueba de estas características. Efectivamente, sumó 11 puntos sobre 13 partidas con un promedio de puntuación Elo de 2730 y aventajó en 2’5 puntos a sus inmediatos perseguidores, Shirov y Kasparov.

Completaban el cartel nombres ilustres que hoy día continúan dominando el ajedrez internacional: Topalov, actual campeón del mundo, Anand, Kramnik, Ivanchuk, Kamsky, Bareev, Lautier o Judit Polgar, entre otros. En la partida de la sexta ronda del torneo de Linares, Karpov, con blancas, y Polgar (cuyo perfil presentamos en La partida definitiva), con negras, reproducen los tres primeros movimientos (1.e4 c5 2.c3 e6 3.d4 d5) de la partida que el náufrago de La botella disputa con su invisible rival…

1.e4 c5 2.c3

Las blancas escogen la variante Alapin contra la defensa siciliana, una línea intermedia entre los sistemas cerrados y abiertos. La idea propuesta por el maestro lituano Simon Zinovievich Alapin (1856-1923) prepara el inmediato avance de d4 para tener superioridad de peones en el centro del tablero.

2…e6

Las respuestas habituales son 2…d5 o 2…Cf6.

3.d4 d5 4.exd5

El blanco también podía llegar, por transposición de movimientos, a la variante del avance de la defensa francesa de haber optado por 4.e5.

4…exd5

La captura temática en la variante Alapin es 4…Dxd5.

5.Cf3 Cc6 6.Ab5

6.Ae3 cxd4 7.Cxd4 Cf6 8.Ae2 Ad6 9.0-0 0-0 conduce a un juego igualado.

6…c4

Esta dudosa jugada elimina la tensión central demasiado pronto. Parece preferible continuar por los cauces de la variante Tarrasch de la defensa francesa, hacia donde derivaría el juego tras 6…Ad6 7.dxc5 Axc5 8.0-0 Cge7 9.Cbd2 0-0 10.Cb3. Los estudios del doctor Siegbert Tarrasch (1862-1934), Praeceptor Germaniae, uno de los mejores jugadores de torneos de todos los tiempos, aspirante al título mundial de Lasker en 1908 y dogmático autor de numerosos estudios teóricos, daban prioridad a la movilidad de las piezas y, posiblemente, un valor excesivo al peón aislado que define posiciones como la sugerida en este comentario.

7.Ce5 Db6 8.Axc6+

Parece mejor llevar la dama al flanco, donde se está dirimiendo la lucha en la apertura: 8.Da4 Cge7 9.b3, y si 9…a6 10.bxc4 con clara ventaja de las blancas.

8…bxc6 9.0-0 Ad6 10.b3 cxb3 11.axb3 Ce7 12.Aa3 Axe5?!

Permitir que el blanco conserve el alfil de casillas negras y cambiar su homónimo (el único que podría disputarle esos cuadros) por el caballo es una imprecisión de Polgar. Más exacto era 12…c5.

13.dxe5 Ae6 14.Dd4 Cf5

No es aconsejable 14…Dxb3, puesto que Karpov dispone de alternativas válidas como 15.Axe7 Rxe7 16.Dc5+ Rd8 17.Txa7 o 15.Cd2 Db6 16.Tfb1, con ataque de las blancas.

15.Dc5 h5 16.Cd2 f6

La acción de la dama y el alfil blancos en la diagonal a3-f8 impide el enroque negro y obliga a Polgar a improvisar recursos para resguardar su monarca en el flanco de rey.

17.exf6 gxf6

(diagrama).



18.Ab4!

Karpov inicia su precisa (y típica) estrategia de explotación de las pequeñas ventajas. Su posición es superior en el flanco de dama, donde presiona los peones a y c. El alfil en b4 permite doblar torres en la columna a para atacar el peón y, a la vez, protege el peón de b3 de la dama. De esta manera, habilita al caballo que, en caso de ser necesario, puede participar en el juego.

18…Rf7 19.Ta4 Dxc5 20.Axc5 a6 21.f3 h4 22.Tfa1 Ac8 23.Rf2 Tb8

Polgar intenta con desespero activar sus piezas, totalmente descoordinadas.

24.b4 Te8 25.Cb3 Ab7 26.Ca5 Aa8

Retira el alfil a la única casilla que le permite continuar defendiendo el peón c. El blanco amenazaba cambiar el caballo por el alfil y capturar el peón a con la torre. Obsérvese cómo, poco a poco, Karpov mejora cada vez más la posición de sus piezas en el flanco de dama, mientras que las negras tienen un alfil y una torre atados a la defensa y las otras dos piezas, hasta ahora, no han podido colaborar aún en la mejora de la situación.

27.T4a2 Te6

(diagrama).



28.Aa7! Tb5

No resuelve los problemas de Polgar 28…Tbe8 29.Cb3 Ab7 30.Cc5 T6e7 31.Cxb7 Txb7 32.Ac5, seguido de 33.Txa6.

29.Cb3 Ab7 30.g4!

Después de 29…Ab7 para defender el peón de a, la torre negra de b5 se queda sin casillas. Ahora es el momento de amenazarla con Cd4, para lo cual lo primero que hay que hacer es expulsar el caballo defensor negro de su ubicación actual.

30…hxg3+

Jugada única para mantener el caballo en f5, pero la amenaza de g4 persiste y no se puede evitar.

31.hxg3 Te8 32.g4 Cd6 33.Cd4 1-0

Polgar pierde la torre a cambio del caballo, por lo que decide abandonar la partida.

La locura juega al ajedrez

Enrique Anderson Imbert


reparó el ejedrez sobre una mesita. Se disponía a jugar solo. No previó que la locura jugaría también.

Encerrado en su casa de solterón durante una larga enfermedad, hacía tiempo que no jugaba con nadie. La verdad es que antes de caer enfermo tampoco tenía con quién jugar. Ni siquiera en el Club encontraba ya quien le hiciera la partida. Empezaban a apartarse de él. ¿Querrían pagarle con la misma moneda? Quizá; porque —él no lo iba a negar— últimamente había andado huido de las gentes; no por misantropía, entiéndase bien, sino por discreción. Se metía en sí mismo para no entrometerse en vidas ajenas. Su pacto social era mínimo: una sociedad de dos. Y en el ajedrez ese pacto es tan discreto que los compañeros apenas se dan compañía. Prisioneros en una islita encantada —que es lo que es el tablero— dos solitarios se desprenden de sus almas y las infunden en peones, reyes, reinas, torres, alfiles y caballos de madera o de marfil. No necesitan conversar ni mirarse las caras. En ajedrez, el émulo no tiene cara. Uno puede batir a un desconocido por carta o por telegrama. Uno, con los ojos vendados o desde una celda oscura, puede analizar un reticulado mental. Uno puede borrar a los mediocres en cincuenta matches simultáneos: por ser mediocres, esas cincuenta manos son una sola mano, mediocre.

Ahora que, convaleciente en su cuarto desierto, acababa de preparar el ajedrez sobre la mesita, comprobaría si jugar solo era muy diferente de jugar con otro.

Ya al sentarse se lamentó de que la otra silla estuviese desocupada: echó de menos al contrincante porque presintió que le sería difícil no ganar.

Generalmente los jugadores sortean los colores para ver a quién le corresponde salir con las piezas blancas. Puesto que estaba sin pareja pudo prescindir de ese rito y se dio el gusto de elegirlas para todo el día. Nunca lo había admitido en público, pero las blancas le gustaban más que las negras. Esto, por una razón familiar, y era que el ejército de blancas se apellidaban como él: Blanco. Cándido Blanco, para mayor casualidad. Nada de chistes, señores filólogos. ¿Acaso era chistoso el doblete del escritor español: Blanc-White? La ventaja inicial de abrir el juego dura poco, pero para probarse a sí mismo que su intención no era aprovecharse del rival ausente, le permitió que le diera mate en dos jugadas: 1.P4AR, P3R; 2.P4CR, D5T mate.

Muy bien. Haciéndose el idiota le había regalado al rival la primera partida. Basta ya. A jugar en serio. Volvió a arreglar las piezas en el tablero. A la novena jugada ganaron las blancas.

—Ganar así no tiene mérito —se dijo—. Sé lo que quiero, sé lo que el otro quiere, sé que el otro sabe lo que quiero. Esto se parece al diálogo entre un ventrílocuo y su muñeco. La gracia estaría en que alguien manejara a las negras desde atrás.

Dicho y hecho. Colocó las piezas en orden de batalla y salió: 1.P4R. Paseó la mirada por la sala, como si estuviese aburrido de tanto esperar la maniobra de un compañero moroso. Baldosas blancas lucían sobre un pavimento negro. En un santiamén, fueron baldosas negras las que se destacaron sobre un pavimento blanco. Además del trastorno en la vista, hubo un trastorno de lo visto. Aquello que predicaba Jesús —«cuando tú haces limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha»— se dio a dos manos: las dos de Blanco ignoraron lo que ellas mismas hacían cuando levantaron el tablero y le dieron media vuelta. Gracias a ese giro un peón negro, al caminar hacia la casilla 4 Rey, se sintió respaldado por el brazo, casi por la persona que lo había empujado desde atrás.

El altruista gesto de Blanco no sirvió de nada. A pesar de su buena voluntad, volvieron a perder las negras.

—Ah —se dijo—, ya sé lo que pasa. Una cabeza es capaz de inventar a otra cabeza, pero las asentaderas son poco imaginativas y no pueden inventar a otras asentaderas: se han pegado a la silla y con sus sensaciones de nalga no me dejan

olvidar que yo, la única persona real en la habitación, sigo siempre en el mismo trono y favorezco a las blancas, de las que soy dueño y señor. A ver si, mudando de silla a mi nalgatorio, consigo imaginarme que soy otro y que ese otro sabe salvar a las negras.

Se puso de pie, se corrió al otro lado de la mesa, se sentó allí y atacó con las negras. Después se levantó, regresó a su sitio y contraatacó para en seguida visitar a las negras y así en ese vaivén movía ya una blanca con la mano derecha, ya una negra con la mano izquierda. Para marcar aún más la diferencia, al mover las negras deparó a la izquierda un manerismo postizo: con la pinza de los dedos atornillaba el trebejo en la casilla. Esto, la derecha no lo había hecho jamás. Izquierda, derecha, capitaneaban bandos contrarios. Las dos manos de Blanco, aunque a pesar de todo se asemejaban, eran esos dos adversarios que van a un baile de máscaras, el uno disfrazado del otro: Blanco, uno en dos, dos en uno, se sentaba, se levantaba, iba, venía.

Ni con eso. No había caso. Ese cambio de postura física ayudaba, pero poco. La nueva sensación de las asentaderas en una silla de forma distinta y sin almohada no llegó a enajenar a Blanco. Péndulo, pero humano, se lanzaba de extremo a extremo recordando sus venidas y anticipándose a sus idas. Al trasladarse llevaba consigo su conocimiento de las variantes famosas en la historia mundial de cada ataque, de cada defensa. El segundo jugador no existía: era un autómata dirigido desde lejos. Nada extraño, pues, que el final fuera propicio a las blancas. Y lo seguiría siendo mientras Blanco, telepáticamente, transmitiese sus propios pensamientos al segundo jugador, quien, sin mostrar la mano, replicaba con la pieza que le indicaban. Reflejados en un espejo loco, los avances de acá se transformaban en los avances de allá, pero unos y otros estaban regulados por la misma estrategia de Blanco. Lo que se necesitaba era que su persona, en vez de duplicarse en otra igual, se dividiera en dos personalidades distintas. La serpiente Anfisbena tenía en cada punta una cabeza: había que partirla de un hachazo para que se convirtiese en dos serpientes que se atacasen.

—El ajedrez —se dijo— es un duelo a muerte entre dos inteligencias. Lo que debo hacer es desdoblarme de manera que, cuando jueguen las negras, el lado blanco de mi conciencia quede eclipsado.

Una inteligencia no le bastaba. Ahora quería dos. Con pasión jugóse el todo por el todo: se desprendió de la única inteligencia que tenía y la arrojó al abismo, confiado en que lo Inconsciente —o lo Subconsciente; o lo Anticonsciente; o lo Reconsciente— se la devolvería multiplicada. Blanco fue loco, fue religioso, fue

niño, fue salvaje, se hundió en el recuerdo de sus propias pesadillas y alucinaciones, se fundió en la memoria ancestral de la especie y allí encontró mitos de seres desdoblados y dioses bicéfalos, caviló con esa piqueta esquizoide que es la cruz que todos los hombres cargamos y celebró ritos conjuradores. De pie, erguido en medio de la habitación, miró a su alrededor y vio todo —el techo con la araña de luz, las paredes tapizadas de cuadros, las cortinas de la ventana, los islotes de los muebles en un suelo con extensiones de mar—, vio todo, todo menos el cuerpo con el que estaba mirando; era invisible para sí mismo y de ese estado de invisibilidad, al observarse la punta de la nariz, el pecho, las piernas y sobre todo las manos, que lo sobresaltaron con una tremenda sensación de otredad, se vio salir como si fuera otro. Pero ese otro todavía era él. Y no: lo que él quería era algo más, algo más. ¿Qué? Adán vio salir a una compañera de su costilla y Eva vio salir a Caín de sus entrañas. Pues bien: lo que él quería era ver salir de sí mismo a un compañero de juego. No pudo verlo: el jugador imaginario reclamaba sus derechos a existir, pero todavía era una masa oscura que luchaba en la mente sumergida de Blanco; y esta mente sumergida, para emerger, pugnaba a su vez contra tentáculos de pulpo que lo retenían en la profundidad de sueños irracionales. La gestación del Otro fue laboriosa: tuvo lugar, según se verá, en los escaques blancos y negros del ajedrez, agitados en los adentros por la misma magia que rigorea el destino del hombre en el ajedrez de sus días y noches.

La apertura fue como siempre: Blanco alternaba las blancas con las negras y así el juego permaneció muy consciente de los dos planes con sus posibles ramificaciones, solo que, al tocarle el turno a las negras, se propuso ignorar que la conciencia de las negras se asentaba en su propia cabeza. Y lo logró: sacó esa conciencia fuera de sí y la instaló en la cabeza de un personaje fantástico, invisible, más capaz de jugar por su cuenta. Entonces Blanco se entregó con alma y vida a las blancas y premeditó una devastadora combinación para dar mate en la vigésima jugada. Se aprendió de memoria la sucesión de movidas, una por una, y con alegría vio que las negras respondían exactamente a lo que él había previsto. El juego parecía mecánico. La victoria, segura, sería de las blancas. En eso cometió un error. En vez de la jugada decimonovena que había calculado se precipitó a la vigésima: su caballo capturó un peón de alfil. Fue entonces cuando de la nada surgió una claridad de madrugada, una neblina lunar, un humo opalescente, unos filamentos de medusa, un indeciso ectoplasma, una plasta de otro mundo que de súbito cobró la forma de una mano. No fue más ominosa aquella mano que el rey Belsasar vio salir del aire y escribir palabras fatídicas en la pared. La mano —no era una garra de águila: era un águila— revoloteó sobre el tablero, bajó y le arrebató el caballo blanco: Blanco, en un vértigo, se encegueció y movió su torre. Al levantar la vista, la mano contraria ya se había completado en un brazo, y el brazo

en un cuerpo. Sentado al frente, el Otro le sonreía. Gracias a Dios, el doble no resultó ser un mono mímico.

El fantasma era parecido a él: una cara larga, pensativa, de inmóviles ojos celestes, pálida de encierro e insomnio. Pero todavía era una forma preexistente, abstracta, débil como las telarañas del ensueño, liviana como el incienso de los sacrificios. Por un instante Blanco tuvo ganas de deshacer a ese jugador, de obligarlo a cometer un error aún más estúpido que el suyo, pero se contuvo. No, no. Los poetas épicos inventaban a un antihéroe lo bastante digno para realzar el valor del héroe. Blanco inventaría a un poderoso anti-Blanco. Resolvió concebir a su competidor, parte por parte, hacerlo real. Puesto que se había materializado en un cuerpo de características definidas, ya no pudo retocarlo. Tuvo que aceptarlo tal como se le había aparecido. A lo más, cubrirle la palidez con una piel tostada al sol, oscurecerle los ojos, corregirle la astenia con unos músculos más ejercitados. Pero en cambio, dotó a sus glándulas con una química diferente, esa química nerviosa que los teólogos llaman «alma». Alma química que, desde dentro, modeló en una cara igual a la suya expresiones desconocidas. El fantasma ya era un hombre, y había que bautizarlo. Blanco lo bautizó: «Negro». (Había antecedentes: en un torneo de Nuremberg, en 1883, hicieron tablas los alemanes Weiss y Schwartz; y en otro de Londres, en 1924, White derrotó a Black).

La tabla se puso en tensión, en un equilibrio de fuerzas. El conflicto entre dos espíritus opuestos era inminente. Blanco oyó tambores de guerra en el campamento enemigo. Las negras, apostadas en una selva tenebrosa, divisaban la luz del amanecer y por fin se orientaban. El arrogante paso de un peón indicó que habían encontrado el camino y se ponían en marcha con las banderas desplegadas al viento. Blanco, desde las blancas, se esforzó en descifrar la total estrategia de las negras dentro de la cual ese paso de peón había sido una simple táctica. En vez de obedecer como al principio las instrucciones telepáticas que Blanco le mandaba, Negro se hizo respondón. No sin sorprenderse Blanco comprobó que el otro no caía en una celada y se rehusaba a retroceder. Torbellino contra ciclón en una tempestad de relámpagos. Rodeado de peligros ocultos, Blanco empezó a fallar en su destreza y Negro se hizo cada vez más siniestro. Y de pronto, Blanco vio y oyó que Negro le comía la torre y con la voz menos fantasmal del mundo decía:

—Jaque mate.

Le pidió la revancha, pero a partir de ese punto el ajedrez adquirió una extraña irregularidad.

Juego es el sometimiento a ciertas reglas de una actividad que no tiene otro fin que la actividad misma. Si dos jugadores resuelven competir, las ganancias de uno corresponden a las pérdidas del otro. Cada jugador entiende, con lógica lucidez, que debe hacer la mejor jugada posible sin preocuparse por el efecto aniquilante que produzca en el rival. La única moral que la teoría del juego acepta es la implícita en la neutralidad moral. Pero las reglas que Blanco había obedecido en los tiempos en que jugaba con los miembros del Club, ahora, al jugar con Negro, se modificaron rápidamente.

La revolución comenzó con una irrisoria rebeldía de Negro. Estaba arrinconado. La derrota era inminente. Había perdido los alfiles y en ese momento los caballos no parecían servir de nada. Sin embargo, tomó un caballo, lo hizo andar de soslayo, de negro en negro, hasta que llegó a la reina blanca y la capturó.

—¡Epa, amigo! —exclamó Blanco, sin poder creer en lo que veía—. Usted no hizo saltar al caballo, sino que lo movió de sesgo, como si fuera un alfil…

—Ya sé —contestó Negro—, pero ¿qué otro remedio? Si no le gano la reina ahora mismo, tres jugadas más y usted me jaquea…

—Pe… pero —tartamudeó Blanco— el caballo es un caballo y el alfil es un alfil, y lo que usted ha hecho no se puede hacer…

—¿Por qué no? Total, son unos pedacitos de madera.

Blanco nunca pudo recordar lo que se dijeron en la discusión que siguió. Hubo argumentos, contraargumentos, conciliaciones, reformas de código… Cuando reanudaron el juego las reglas no fueron las mismas. Los jugadores habían regido sus ídolos: ahora dos juguetones demiurgos los regirían a ellos.

Los árabes llamaron al ajedrez ach-chitrendj y antes los persas lo llamaron shatranj y antes, los hindúes, chaturanga. Partida tras partida, Blanco y Negro retornaron el camino y, a redrotiempo, de siglo en siglo, de milenio en milenio, retornaron al remoto Oriente. En ese viaje a los orígenes Blanco y Negro dejaron atrás las escuelas de hoy; los torneos de ayer; las partidas entre califas y reyes medievales que solían resolver sus conflictos no siempre con la guerra, sino con el ajedrez; el ajedrez viviente de los hindúes, en que jóvenes suntuosamente vestidos ocupaban el lugar de las piezas en grandes patios cuadriculados; hasta que el ajedrez se les hizo astronómico, después metafísico, y terminaron en las cabezas de las viejas divinidades. En un universo ajedrezado se combatían Dios y el Diablo,

Vahu Manah y Akam Manah, Varuna y Mitra, Isis y Osiris, Ahura Mazdah y Ahra Manyu, Neikos y Philia, Jahwe y Satán, Ormazd y Ahriman.

El juego, ahora, era moral.

En los tiempos en que Blanco iba al Club y se encontraba con profesionales y aficionados, se había sentido un buen neoplatónico. Enfrentaba el problema moral con soluciones monistas: Dios, perfecto, ha creado un mundo perfecto; el Bien es un fulgar del Ser; el Mal, una sombra de la Nada; padecemos dolores, miserias, injusticias, pero son una mera ilusión de nuestros sentimientos anonadados; si contemplásemos el mundo, desde dentro, todo iluminado por el amor, comprenderíamos la maravillosa jerarquía que va de lo Múltiple a lo Uno.

Simple, lógico, verdadero, ¿no?

Pero ahora que se le había aparecido Negro, tuvo que enfrentar el problema moral con una solución dualista. En el fondo del universo hay dos principios que contienden: uno benéfico, otro maléfico. El hombre no puede menos que aliarse, a veces con la luz en el campo de Ormuz, a veces con las tinieblas en el campo de Ariman.

Lucharon furiosamente. Las piezas eran meros pedazos de madera movidos convencionalmente, pero Blanco y Negro, ahora, estaban decidiendo la suerte de los hombres y el sino del universo con la energía anticonvencional de ángeles y demonios. Un peón podía retroceder o coronarse rey, un rey podía destruir a otro o delegar su responsabilidad en la reina. Así, a las estrategias de los hombres de Occidente y Oriente, se sumaban las estrategias divinas y el vértigo de reglas se parecía al caos.

¿De veras era un caos? Blanco y Negro estaban de acuerdo en que ambos eran agentes de reñidas fuerzas cósmicas, pero no en las definiciones del Bien y del Mal. Ya no sabían quién era el bueno, quién el malo. Y la verdad es que, en sus discusiones, no menos apasionadas que sus jugadas, olvidaron quién era quién. Ni protagonista ni deuteragonista: antagonistas a secas. Uno de ellos ¿Blanco? ¿Negro? se apoderaba del juego: in— ventaba las reglas a cada movida y movía todas las veces que se le daba la gana. El otro aguardaba pacientemente una ocasión propicia hasta que de repente intervenía con una jugada que paraba, desviaba, anulaba o contrarrestaba la anterior y entonces el universo cuadricular del cosmos quedaba otra vez alterado. ¿Era agente de Dios aquel que dominaba el ajedrez con un continuo desfile de piezas? ¿Era agente del Diablo este que,

intermitentemente, imponía cambios? ¿O al revés? En todo caso, mientras ellos, al parecer indiferentes a lo que no fueran sus trebejos, se arremetían por líneas, columnas y diagonales, en realidad su ambigua casuística compelía a los hombres del mundo entero a salir de una trampa y caer en otra sin saber, porque tampoco sus demiurgos lo sabían, si la vida era una felicidad interrumpida por un aparente dolor o un sufrimiento interrumpido por dichas sueltas.

—Jaque mate! —exclamó una estentórea voz, pronunciándolo con la entonación de un maniqueo persa: shah mat.

El vencido se levantó, con fastidio, y por la ventana se asomó a la calle.

Esa calle, y la gente que en ese momento la transitaba, formaba parte de uno de los tableros donde habían jugado. El tablero ese se extendía entre Barracas y Flores, entre la Recoleta y Belgrano. Y como resultado de las partidas que Blanco y Negro habían jugado, los hombres —inocentes o malvados— avanzaban con el caballo de Garibaldi desde Palermo, con la Torre de los Ingleses desde Retiro, con el alfil de Plaza de Mayo, con peones desde todos los barrios, con un reyezuelo que «cumplía» desde la Casa Rosada o una reina que «dignificaba» desde la Caja de Justicia y Previsión.

Desde la ventana el jugador vencido se puso a gritar a los hombres que pasaban:

—¡Yo no tengo la culpa! ¡Hago lo que puedo! El Otro es el malo. No sabe jugar, pero gana. ¡Huyan, fichas, huyan del tablero antes de que sea demasiado tarde!

La gente empezó a aglomerarse al pie de la ventana. Unos se reían, otros lo insultaban, otros lo miraban sin comprender.

Un vigilante se aproximó:

—¿Qué pasa aquí? Usted, señor, está promoviendo un desorden público.

—Yo no. ¡Es Él, es Él! —exclamó el hombre señalando hacia dentro de la habitación.

El vigilante se puso en puntas de pie, miró por la ventana y no vio a nadie.

—¿Quién?

—Blanco. Él es el malo. Yo soy Negro.

Capablanca — Aficionado
Nueva York, 1918

ándido Blanco coloca las piezas y se dispone a jugar una partida de ajedrez contra sí mismo. Comienza con una pequeña broma y con negras consigue ejecutar, ejecutarse, el mate del loco (comentado en El rey —negro). Se concentra para jugar la siguiente, ya en serio, y gana con blancas en nueve movimientos. El desenlace se repite en la tercera y la cuarta partida… El solterón, sumergido en el juego, traza distintos planes, visualiza las mejores variantes, calcula los movimientos de las blancas y de las negras. Un ejercicio realmente complicado. Es tan difícil sorprenderse cuando se conducen los dos ejércitos… «Sé lo que quiero, sé lo que el otro quiere, sé que el otro sabe lo que quiero». ¿Cómo atacar a alguien que piensa igual que uno? ¿Acaso la mejor jugada que planea el blanco no es también el movimiento más idóneo para el negro? Así planteado, es fácil caer en una lógica simetría… «Reflejados en un espejo loco, los avances de acá se transformaban en los avances de allá, pero unos y otros estaban regulados por la misma estrategia de Blanco». Si se repiten los movimientos y las posiciones de ambos colores son idénticas, ¿por qué, entonces, siempre vencen las blancas? En las competiciones de ajedrez apenas se emplea este recurso: la ventaja del blanco al abrir el juego, la iniciativa que da ese tiempo de más, acostumbra a ser determinante. Para explicarlo, ilustramos este relato con una curiosa y didáctica partida jugada en 1918 en New York, en la cual Capablanca demuestra que, en la mayoría de las ocasiones, la simetría no es nada aconsejable.[2]. En ella se castiga con contundencia el conservador planteamiento de un aficionado cuyo nombre, lamentablemente, ha olvidado la historia.

José Raúl Capablanca (1888-1942) se proclamó el tercer campeón del mundo de la historia en 1921, tras vencer en La Habana, su ciudad natal, al alemán Lasker. Perdió el título seis años después, al ser derrotado contra pronóstico en Buenos

Aires por el sorprendente Alekhine (su figura se encuentra comentada en Una partida de bijedrez). El relevo supuso una pequeña conmoción en el mundo del ajedrez: no en vano el maestro cubano había sido capaz de mantenerse invicto desde 1914 hasta 1924, fecha en que el húngaro Réti le ganó en el torneo de New York. A pesar de sus excelentes resultados en posteriores campeonatos, el nuevo campeón jamás le concedió la posibilidad de recuperar el cetro mundial. El suyo era un juego intuitivo, técnicamente perfecto, si bien aparentemente sencillo. Su influencia posterior ha sido enorme, especialmente su modo de comprender el juego posicional y los finales de partida. Grandes talentos del juego, entre ellos el campeón Karpov, se confiesan admiradores del cubano. Todavía hoy su figura es recordada con enorme respeto y cariño en Cuba, donde se celebran desde 1962 los prestigiosos torneos internacionales Memorial Capablanca.

1.e4 e5 2.Cf3 Cc6 3.Cc3

A pesar de ser un virtuoso de la apertura española (1.e4 e5 2.Cf3 Cc6 3.Ab5), Capablanca escoge para esta ocasión la de los tres caballos.

3…Cf6

El último caballo entra en liza. La apertura de los cuatro caballos, llamada así por razones obvias, conduce a un juego interesante desde el punto de vista teórico. En general, ofrece pocas posibilidades a las blancas, ya que jugada correctamente deriva en partidas equilibradas. Además, las negras disponen de algunas variantes que les permiten simplificar la posición y asegurarse un final tendente a las tablas. Por todo esto, apenas se utiliza en los torneos de élite, si bien gozó de una gran popularidad entre los mejores ajedrecistas desde finales del siglo XIX hasta los años veinte de la siguiente centuria.

4.Ab5

Se puede entrar en una tranquila línea de la apertura escocesa con 4.d4 exd4 5.Cxd4 (ya presentada en la partida que ilustra La cuestión de la dama en el Max Lange) o en el gambito Belgrado si se prefiere 5.Cd5, una variante en la cual las negras disponen de diversas líneas para igualar sin demasiado esfuerzo.

4…Ab4

Las negras pueden equilibrar la partida con 4…Cd4, efectivo contraataque defendido por el polaco Akiba Rubinstein (1882-1961), un ajedrecista de corte posicional y con una gran comprensión de los finales de partida, a quien se considera uno de los mejores jugadores de la primera mitad del siglo XX. Otra alternativa es 4…Ac5, con la que el genial Morphy derrotó en 1857 al maestro y teórico alemán Paulsen en una famosa partida que contiene una de las combinaciones más elegantes de la historia del ajedrez. 4…d6 deriva el juego hacia una apertura española.

5.0-0-0 6.d3 d6

No siempre la simetría termina en tragedia para el bando que, por así decirlo, va a remolque. La original partida Rotlewi-Eljaschoff, celebrada en San Petersburgo en 1909 y que ostenta el récord en cuanto a simetría, finalizó en tablas tras continuar de la siguiente manera: 7.Axc6 Axc3 8.Axb7 Axb2 9.Axa8 Axa1 10.Ag5 Ag4 11.Dxa1 Dxa8 12.Axf6 Axf3 13.Axg7 Axg2 14.Axf8 Axf1 15.Dxf1 Dxf8 16.Dg2+ Dg7.

7.Ag5 Ag4

Obviamente, el negro dispone de otras continuaciones, como 7…Axc3 o 7…a6, pero a estas alturas de la partida queda claro que las negras han optado por la simetría como estrategia defensiva. El aficionado ha decidido que imitar las jugadas de quien se proclamaría campeón mundial tres años después es el mejor camino para conseguir unas meritorias tablas…

8.Cd5 Cd4 9.Cxb4 Cxb5 10.Cd5 Cd4 11.Dd2 Dd7??

Fiel a la estrategia adoptada, el negro repite el último movimiento del cubano. Capablanca se encarga de castigar semejante atrevimiento y demostrar que el conducir las blancas en este tipo de partidas suele ser suficiente… Era

necesario jugar 11…Cxf3+ 12.gxf3 Axf3 13.Axf6 gxf6 14.De3 c6 (si en su lugar acontece 14…Ah5 15.Dh6 Ag6 16.f4 c6 17.fxe5 fxe5 18.Cf6+ Rh8 19.h4, las negras deberán jugar con suma precisión para frenar el ataque del rival). 15.Dxf3 cxd5 16.exd5, que da lugar a un laborioso final con mejores perspectivas para las blancas.

12.Axf6 Axf3

(diagrama). La posición de las piezas blancas y negras es idéntica, pero… ¿acaso podría decirse que el juego está igualado? La secuencia que viene a continuación es forzada.



13.Ce7+ Rh8 14.Axg7+! Rxg7 15.Dg5+ Rh8 16.Df6++ 1-0

El tablero de nácar

Carmen Resino

iempre que tenía que tomar una decisión, o cuando se encontraba ante un hecho que se le antojaba trascendente, jugaba.

Y lo hacía en solitario, contra su otro yo, su contrario. Como al parecer lo hicieron Ana de Cleves poco antes de encontrarse con Enrique VIII, quien la repudiaría, Ana Bolena, la noche antes de subir al patíbulo, la intrigante María de Escocia antes de emprender su viaje sin retorno a Inglaterra para enfrentarse con su prima Isabel I, Catalina de Medicis, cada vez que empleaba fatalmente el veneno, la princesa de Eboli la noche previa al inicio de sus amores con Antonio Pérez, o la misma condesa sangrienta Elisabeth Bathory, antes de supliciar a sus víctimas.

Pero no solo ellas. También ellos, como Francisco I antes de enfrentarse a su eterno rival Carlos V, y luego en su días de reclusión en Madrid, Felipe II durante el tiempo en que su Armada Invencible, deshecha luego, merodeaba por el Canal para enfrentarse a su enemiga inglesa y al osado Drake, ese que vino, según sus propias palabras, «a tirarle de las barbas» en sus propios dominios, Enrique IV ante la trascendente decisión de convertirse al catolicismo para que París se le rindiera («bien vale una misa»), Ravaillac antes de darle muerte por eso mismo y la noche anterior a ser descuartizado, Jules de Gilles antes de vampirizar a sus víctimas, y Enrique II la jornada precedente a que la lanza de su oponente, en justa, se le introdujera por la visera de su armadura, dañándole, letalmente, el ojo y el cerebro.

Y aunque no fueran reales sino fruto de la mente y la observación humanas, también podían haber jugado al ajedrez consigo mismos, retando su propia tragedia, Hamlet, Ofelia, Edipo, o Madame Butterfly, por poner solo unos ejemplos. Si él fuera director de teatro, todos esos personajes jugarían una partida consigo mismos antes de dar un paso tan definitivo como hacerse el harakiri, arrancarse los ojos para no ver la propia desgracia en forma de madre, o abrirlos bien para ser conscientes de la misma traición. Todos los personajes de todos los tiempos, reales o ficticios, desde la antigüedad hasta los últimos días del mundo, deberían jugar al ajedrez consigo mismos antes de la inmolación propia o la ajena. Todos los monstruos, los tiranos, los libertadores, los infanticidas, los creadores; todos aquellos que tienen una brizna de poder, efectivo o potencial, en sus manos.

Por supuesto que él no llegaba a eventos de tanta trascendencia: él no tenía la osadía de Ravaillac, ni el arrojo de Enrique II, ni la temeridad de María de Escocia, ni la crueldad de la Bathory ni de Giües de Rais… Sus decisiones solo le afectaban a él y a un reducido número de individuos, sus víctimas, pero salvando las distancias sociales, las culturales y las cronológicas, siempre que se sentaba ante el tablero de nácar, ante otros no, solo el de nácar, se notaba imbuido de una aureola especial, magnífica y maligna a un tiempo, como alguno de esos otros que le precedieron.

El momento de hacerlo era solemne, no solo por el hecho de la decisión posterior, sino porque se enfrentaba con ello a su propia conciencia, a ese otro ego fascinador y dominante que anidaba en su pecho posesionándole sin remedio, haciendo que se sintiera juez y parte, tirano y víctima, cordero y matarife. Incluso en la percepción de la otra presencia, la suya desdoblada, veía al otro, es decir, a sí mismo como si se tratara de un espejo, cruz y raya, positivo y negativo, luz y sombra de un mismo sujeto, desdoblado y sentido; y ante ese otro yo que se le imponía con la rotundidad de su presencia, se sentía las más de las veces dominado, pero también, según en qué momentos, dominador de los otros, de esos otros que casualmente se topaban con él, seducido por la mirada de su propio mal, esclavizado por una voluntad propia, y ajena al mismo tiempo.

Veía, sí, veía aunque no lo viese, cómo el otro, es decir, su segundo y otro yo, ese que iba devorando al primero de los juveniles años, movía los peones con habilidad, cómo le sonreía con ironía y sapiencia, y luego, en un recorrido triunfal por ese tablero que reposaba encima de la mesita de té de su madre, colocada en un rincón de un saloncito un tanto añejo, le daba jaque mate limpiamente. ¿Le daba o se dejaba dar ya que era él mismo? ¿Perdía o se dejaba ganar?, porque las más de las veces, así era, moviendo torpemente los castillos blancos, las reinas

blancas, los caballos marfileños, desplazados todos ellos por los castillos negros, los peones negros, los caballos negros, las reinas de ébano que el otro manejaba. Cuando perdía las ganas de mantener a su reina, cuando la hacía declinar en sus posiciones de defensa, sabía que tenía ganada-perdida la partida. Porque siempre ganaba y perdía, al ser todas sus actuaciones de jugador fruto de un mismo yo pensante y volitivo.

Se decía que algunos jugadores empleaban el ordenador, pero él prefería la absoluta soledad, la desprovista de toda presencia. El ordenador era al fin y al cabo una manera de admitirla por el hecho de sentirle como verdadero y real contrincante, casi como persona física. Él no: prefería la absoluta soledad, desdoblando y enfrentando a sus dos yoes, situando a su contrario y frente a sí mismo. Hacerlo así le colocaba en la paradoja de ser, a un tiempo, uno y dos, amigo y adversario, protagonista y antagonista, cómplice y enemigo, y también en la posibilidad de hacerse trampas, sí, trampas, porque, ¿acaso no podía evitar darse el remate final? ¡Claro, claro que podía! ¿Es que no era capaz, siendo él mismo juez y parte del juego, de vencer a ese otro yo duplicado y no obstante invisible?

Sí, por supuesto que hacía trampas consigo mismo, porque cuando deseaba vencer, ganarle la partida al otro, defendía con ardor a la reina, a la suya, a esa reina blanca que se erguía como bastión y defensa de su rey; pero cuando deseaba que ganase el otro, ese otro tan igual y diferente, tan liberador como opresivo, empezaba por descuidar los peones y sobre todo a su reina propia, fortaleciendo la contraria, pasándose de campo y de enemigo, para finalmente acabar recibiendo jaque mate en su propio rey, ese jaque mate que conscientemente andaba buscando.

Según qué días y en qué momentos, se daba a sí mismo una tregua, venciendo al otro o dejando la partida en tablas; pero en los días negros, esos en los que intuía la catástrofe, se dejaba arrastrar llevado por algo que los clásicos llaman destino o la irremediable fatalidad, permitiendo y hasta propiciando que ese otro yo magnífico y malévolo, ese otro yo que le hacía a veces sentirse como un rey o como un dios y otras miserable, le ganase. Entonces, cuando esto sucedía, una vez terminada la partida sobre el tablero de nácar colocado sobre la mesita de té de su madre, de esa madre siempre presente, amada y odiada, esa madre que dirigía su vida como un dios omnipotente, se iba a la calle, a compartir la noche física y la de su alma, y empezaba a actuar con determinación, como si ese otro, su yo vencedor en el tablero y en la vida, le indicara lo que tenía que hacer de forma permanente y tiránica.

Últimamente solo le apetecía jugar de aquella forma, bordeando todos los abismos, exponiéndose a las más terribles decisiones. Aquel tablero con sus sesenta y cuatro casillas y aquellas treinta y dos figuras guardadas en una cajita forrada de terciopelo verde eran para él el narcótico, la adicción de lo malsano, la concupiscencia recurrente. Otros tableros y otras figuras, no; solo en ese, ese en el que su madre le enseñó a jugar sobre aquella mesa de té, desde donde le reprendía y le alababa, era dónde se le aparecía el contrincante terrible. En otros, no.

Quizás la culpa la tuviera el entorno, la fascinación de lo perverso a través de la madre, de esa madre de la que no podía dejar de escuchar la voz siempre que se ponía a mover ficha sobre aquel tablero querido y cuidado por ella. Él también era querido y cuidado. Demasiado, demasiado quizás. Querido y cuidado hasta la asfixia.

¿Quién era él, ese que podía ver, tocar, sentir y que los demás podían percibir, o ese otro oculto, imperceptible? Sí, quizás el otro. Él, en realidad, no tenía nada que ver o muy poco con el joven educado, amable, que se exhibía, con quien se encontraban sus vecinos de la casa o del barrio con los que se topaba en sus rutinarias actividades diarias… No; él se encontraba más cerca del otro, de ese que se sentaba frente a él ante el tablero de nácar para ganarle la partida y exigirle después el precio de la apuesta. Él era ese otro desconocido para los demás, ese otro terrible que se entregaba a la noche, ese otro que todos ignoraban porque no se veía ni reflejaba en parte alguna, ese que ni siquiera su madre, su madre menos que nadie, podía ver o averiguar. Ese otro era la naturaleza equivocada, en rebeldía, lo opuesto a la razón.

¿Quién era él? Solamente la corteza del otro; su cáscara envolvente.

Siempre se hacía esa pregunta y se daba esa respuesta cuando salía de la partida gozosamente derrotado, cuando se dejaba ganar y no le quedaba más opción ante la apuesta perdida que salir a la calle, perderse en la noche, entregarse a ella.

Luego sí, luego se arrepentía. Pero no podía evitar volver a jugar y apostar. Dejaba días, semanas de interregno en los que se juraba no volver a sentarse en aquel lugar, pero finalmente acababa claudicando. Y luego, con la batalla perdida-ganada, salía de nuevo a la noche, la física, y la suya, y sucedía lo que fatalmente tenía que suceder.

Esa noche, esa también, saldría, porque había ganado-perdido la apuesta,

como venía sucediendo últimamente. ¿Cuántas partidas-apuestas iban ya desde que había permitido que el otro se le sentara enfrente y le ganara? Sí, saldría y vagaría entre la desazón y el gozo, entre la inocencia y la perversión. Sí, también esa noche.

Al día siguiente los medios de comunicación constataban la existencia de una nueva víctima.

Ajedrez y crímenes en la gran pantalla



os aficionados al cine y al ajedrez recuerdan a Rick estudiando una posición en su local en la inmortal obra de Michael Curtiz (Casablanca, 1942), la partida jugada entre Poole y el ordenador HAL 9000 en 2001 (2001: a Space Odissey, 1968), de Stanley Kubrick, o la disputada entre Tyrell y Sebastian en Blade Runner (1982), de Ridley Scott. El séptimo arte ha utilizado el ajedrez para incidir en la inteligencia de determinados personajes y ha aprovechado las posibilidades visuales y simbólicas del juego en las películas, sea cual sea su género.

La lucha simbólica tiene su máxima expresión en filmes donde el destino del protagonista depende del desenlace de una partida de ajedrez, como en el célebre largometraje de Ingmar Berman El séptimo sello (Det Sjunde Inseglet, 1957) o en las diferentes versiones de la historia de Saint-Avit y Antinea, como L'Atlantide (1932), del realizador Georg Wilhelm Pabst, o Siren of Atlantis (1949), de Gregg C. Tallas.

Los primeros ejemplos de películas sobre ajedrez los tenemos incluso antes de la aparición del sonoro. Así, Robert W Paul rueda un cortometraje de un minuto de duración, Una disputa ajedrecística (A Chess Dispute, 1903), donde los dos jugadores acaban peleándose cuando el conductor de las negras hace un movimiento mientras su rival está distraído, y Vsevolod Pudovkin y Nikolai Shpikovsky Fiebre del ajedrez (Shakhmatnaya goryachka, 1925), un film en el que Capablanca se interpreta a sí mismo y debe convencer a una chica de que aprenda a jugar a ajedrez para recuperar a su novio, completamente absorbido por el juego.

Otras películas interesantes que podemos destacar son las diferentes versiones de El jugador de ajedrez, una de ellas muda también, inspiradas en el autómata del Barón von Kempelen, como Le joueur d’échecs (1938), de Jean Dréville; las alemanas Juego de reyes (Schachnovelle, 1960), de Gerd Oswald, y el

telefilme de Wolfgang Petersen El tablero de la pasión (Schwarz und weiß wie Tage und Nächte, 1978); la india Los jugadores de ajedrez (Shatranj Ke Khilari, 1977), de Satyajit Ray, donde sus protagonistas disputan una partida ajenos a la lucha del país contra el Imperio Británico; y la suiza La diagonal del alfil (La diagonale du fou, 1984), un excelente film de Richard Dembo premiado por la Academia de Hollywood como mejor producción extranjera, que recrea algunos de los accidentados episodios de los encuentros entre Karpov y Korchnoi.

La última década del siglo XX es especialmente prolífica y se filman los títulos En busca de Bobby Fischer (Searching for Bobby Fischer, 1993), de Steven Zaillian, considerado unánimemente como el que refleja de modo más veraz la práctica y el aprendizaje del juego; La partida de ajedrez (La partie d'échecs, 1994), película del belga Yves Hanchar ambientada en el siglo XVIII; o La defensa Luzhin (The Luzhin defence, 2000), la adaptación de Marleen Gorris de la novela La defensa de Vladimir Nabokov.

Los crímenes llegan al mundo del ajedrez en esa misma época. En La tabla de Flandes (Uncovered, 1994), dirigida por Jim McBride y basada en la novela policíaca del mismo título de Arturo Pérez-Reverte, una extraña inscripción descubierta en una pintura del siglo XV desencadena una investigación que se ve salpicada por diversos homicidios.

También durante la década de los noventa se filma Jaque al asesino (Knight Moves, 1992), película dirigida por el alemán Carl Schenkel que contiene todos los ingredientes típicos del thriller con asesino en serie. Durante la celebración de un torneo de candidatos para el título mundial, un psicópata reta al maestro Peter Sanderson a que averigüe quién será su próxima víctima y dónde se cometerá el siguiente crimen.

Presionado en parte por las sospechas de la policía hacia su persona, el ajedrecista acepta participar en el juego mental hasta que acaba comprendiendo que el asesino utiliza el plano de la ciudad a modo de tablero y reproduce de esta manera la variante de una apertura practicada por Sanderson, según la cuadrícula donde son hallados los cadáveres de las chicas asesinadas. La idea no es nueva, ya que fue apuntada por John Brunner en Las casillas de la ciudad, una novela publicada en 1965 donde el tablero es la ciudad y los personajes se mueven como piezas y también reproducen una partida. Como el asesino de El tablero de nácar, el responsable de las muertes de Jaque al asesino es un gran conocedor del juego y quizás su mente también está dominada por él…

La ambientación ajedrecística está plagada de tópicos y excesivos lugares comunes y en demasiadas ocasiones el director se queda en el plano meramente anecdótico. En cuanto a las partidas, la mayor parte de las posiciones reproducidas en el metraje son anodinas e incluso el juego que enfrenta al maestro contra el asesino sobre el tablero urbano apenas ofrece interés.

Por ejemplo, la secuencia inicial de la película, donde dos niños afrontan un final de partida correspondiente al torneo del estado de Washington de 1972, no tiene ningún valor ajedrecístico, ya que el negro dispone de dama de ventaja. Un juego que reproducimos, ya que condicionará buena parte de la historia… (diagrama).



1…De5 47.Th5 Tc2+ 48.Rg1 Dg3+ 0-1

El espectador se incorpora a la lucha demasiado tarde, cuando esta está decidida a favor del negro, que resuelve la posición por la vía rápida.

Como colofón a esta síntesis sobre el cine de ajedrez y, en concreto, sobre Jaque al asesino, analizamos una de las posiciones más interesantes de la película, en el juego del torneo de candidatos que enfrenta a Sanderson, con blancas, contra el maestro Lutz, con negras (diagrama).



1…Ce4

Las blancas amenazaban cambiar el caballo de f6 y dar mate con la dama en h7. No servía 1…h6 por 2.Cxf6+ seguido de 3.Dh7++. Tampoco era solución 1…g6 2.Cxf6+ Rg7 3.Cgxh7. La textual parece frenar la amenaza, puesto que bloquea la diagonal de la dama y pretende cambiar caballos, de modo que la presión sobre h7 disminuye. Sin embargo, el blanco se encargará de demostrar de manera contundente que este movimiento es insuficiente.

2.Txe4! dxe4?

Si 2…f6 3.Cxf6+ Txf6 y el blanco gana un peón, además de continuar ejerciendo presión sobre h7 y d6, pero el negro puede aspirar al contragolpe y a una defensa más activa con su pareja de alfiles y la torre en la columna f.

2.Dh3! 1-0

Lutz abandona. No sirve 3…h6 por 4.Cxh6+ gxh6 5.Dxh6, seguido de mate imparable. Permitir que la dama irrumpa en el enroque con 3…Tfc8 4.Dh7+ Rf8 5.d5 (para 6.Dxg7+) e5 6.Cxe5 Axe5 7.Axe5 Dh6 8.Axc7 conlleva pérdidas materiales que el negro no puede asumir.

Zugzwang

Rodolfo Walsh


obre comisario Laurenzi! Las cosas que me ha tenido que aguantar… ¿Cuánto tiempo, por ejemplo, hace que vengo explotando sus recuerdos? Él solo habla, yo escribo. «No hay bicho más peligroso que el hombre que escribe», suele decir mirándome de reojo. «Explota a los amigos, se explota a sí mismo, explota hasta las piedras. ¿Hay algo sagrado para él? ¿Hay algo intocable para él? ¿Conoce la piedad? ¿Conoce la simple decencia? No. Y todo por ver su nombre en alguna parte. Gente rara…».

Cuando el comisario Laurenzi se pone así, yo me limito a sonreír. Siempre he sostenido que cada hombre lleva adentro un demonio, y a veces más.

En el bar Rivadavia, donde nos encontramos casi todas las noches, se juega a muchas cosas. El comisario prefiere el casín. Yo prefiero el ajedrez. De esta irreductible diferencia ha salido de todo: desde el patético mate Pastor hasta el más feroz desparramo de bochas y palitos.

Ante el tablero, el comisario practica un juego solapado y simple. Quiero decir que cultiva la agachada y el garrotazo por la espalda. Serio, impávido, paquidérmico, hasta que lo calza a uno. Entonces le brillan los ojitos, se vuelve sentencioso y sobrador, menciona a una misteriosa tía Euclidia que le enseñó a jugar lo poco que sabe… A esa altura de las cosas, aún se puede abandonar la partida con dignidad. Si uno engrana, las carcajadas del comisario atronarán el café, sus dichos encenderán la sonrisa de los mozos, acudirán los eternos mirones, comentarán lo perdido que está uno, ensayarán presuntas jugadas salvadoras.

—¡No joroben, por favor! —grita entonces uno—. ¡Los de afuera son de palo!

Y mueve. Y pierde. Con la sutil satisfacción de equivocarse solo.

—Je, afeitado y sin visita! —comenta entonces el comisario, sonriendo modestamente, y mira a su alrededor como invitado a que todos miren. Si lo dejan, en esos momentos de euforia, hasta es capaz de pagar un café.

Claro que este no es el desarrollo normal de los acontecimientos. Las estadísticas demuestran que me gana una vez de cada cinco que jugamos. Anoche, por ejemplo, lo maté en pocas.

—¡Mueva algo! —le dije con fina ironía.

—No puedo —se quejó—. Cualquier cosa que muevo, pierdo.

—Está en posición de zugzwang —le advertí.

—Claro, en zaguán… Supiera lo cansado que me siento esta noche —aclaró bostezando ostentosamente y barriendo con un delicado movimiento de la mano izquierda sus derrotadas piezas—. Me ha ganado una buena partida.

—Le he dado una buena paliza —dije sin misericordia.

—No crea… No crea que no.

—La vida tiene situaciones curiosas —dijo Laurenzi, después de consolarse con una grapa doble—. Posiciones de zaguán, como usted dice.

—¡Zugzwang, comisario!

—Eso mismo —respondió sin inmutarse—. Porque, vamos a ver, usted que es leído, ¿qué es una posición de zaguán?

—La posición de zugzwang —expliqué— es en ajedrez aquella en que se pierde por estar obligado a jugar. Se pierde, porque cualquier movida que uno haga es mala. Se pierde, no por lo que hizo el contrario, sino por lo que uno está obligado a hacer. Se pierde porque uno no puede, como en el póker, decir «paso» y dejar que juegue el otro. Se pierde porque…

—Basta, m'hijo, si yo entiendo. ¿No acabo de verlo? Yo le pedí una

definición, y usted me da seis o siete. Pero una es bonita. Se pierde porque cualquier cosa que uno haga está mal. En la vida también.

—Salute, comisario. ¿Y eso?

—Vea, es muy simple. Suponga que ante una situación cualquiera hay dos modos opuestos de obrar, A y B. Normalmente, si A es bueno, B será malo, y viceversa. Es claro como el agua. Pero, a veces, A es malo y B también es malo.

—¿Y qué es bueno, comisario?

—Nada —dijo tristemente—. Nada…

—Es una historia larga y absurda —murmuró Laurenzi, acariciándose el bigote—. Pero tiene algo que ver con esa partida que usted me acaba de ganar, y por eso se la cuento.

»Yo vengo aquí desde que usted era un chico. Hace veinte años ya se jugaba al ajedrez en estas mesas. Ese lenguaje que usted oye, esas frases hechas que no escucharía en ninguna otra parte, esos chistes que nadie de afuera entendería, se han ido formando con el tiempo. Una costumbre, una comodidad, un vínculo borroso pero fuerte…

—Una tradición —interrumpí.

—Ríase, si quiere. Ese era el esquema. El contenido es un cúmulo de cosas que trascienden el juego. Aquí han venido hombres tristes, hombres oscuros, hombres preocupados, hombres que iban a tomar alguna tremenda decisión. ¿Los hubiera descubierto usted, con una sola mirada?

—Es imposible —admití—. Nadie nos reconoce con una sola mirada. Hacen falta tantas miradas, y tantas palabras, y tanta superfluidad de gestos, y…

—Entonces no me interrumpa —dijo con hostilidad que no acerté a explicar—. Era —prosiguió sin transición— un hombre canoso, delgado, que conversaba muy poco. Por esa época, y le hablo de quince años atrás, tendría alrededor de sesenta. Siempre lo vi con el mismo traje, pero impecablemente limpio y planchado. También usaba bastón, un viejo bastón de madera bruñida y lisa, de punta ferrada. Le menciono el detalle porque eventualmente supe que era un arma más peligrosa de lo que parecía. Lo usaba, dijo, para defenderse de los muchachos, de las patotas… Quién sabe.

»Al ajedrez no jugaba nunca, pero daba la impresión de entender, porque recorría todas las mesas con cara de inteligente, y si le preguntaban, respondía con una jugada exacta.

»Me parece estarlo viendo, apoyado en su bastón, con la cabeza imperceptiblemente ladeada, en desorden el cabello acerado, los ojos claros y luminosos y el aspecto de una sonrisa en los labios.

»Llegaba a una hora fija, saludaba, caminaba entre las mesas, miraba las partidas, saludaba, se iba. No se daba con nadie. Los demás lo tenían por un excéntrico. Pero a mí, usted sabe, siempre me han interesado los viejitos raros.

»Tardé tres meses en pasar del saludo a una conversación sobre el tiempo. Tardé seis meses más en averiguar su nombre —se llamaba Aguirre— y algo de su vida. Por esa época me dedicaba treinta segundos al entrar, antes de ir a ver los juegos. Fue una felicidad para mí el día que pude sentarlo a tomar un café. Yo acababa de retirarme de la policía —explicó con una mueca—, y sentía ya ese tedio, ese fastidio que me impulsa a hablar de cualquier cosa, con cualquiera.

»Una de las primeras cosas que le pregunté era por qué no jugaba al ajedrez. Enrojeció. Entonces comprendí que lo que yo había tomado por orgullo era una exagerada timidez.

»—Juego por correspondencia —me dijo.

»—¿Cómo es eso?

»—Muy simple. Hay una federación internacional de ajedrez por correspondencia. Usted pide que le designen un rival de su misma fuerza. Ellos le dan la dirección de ese rival, que puede estar en Nicaragua, o en Australia, o en Bélgica; y usted le escribe indicándole cuál es su primera jugada. Él contesta y de ese modo se entabla la partida, que puede durar meses o años, según el tiempo que tarden en llegar las cartas. La más larga que yo jugué duró cuatro años y medio. Con un pescador de Hong-Kong.

»—Y en esa correspondencia —pregunté— ¿no hacen más que anotar las jugadas? ¿O hablan también de otras cosas?

»—Por lo general hablamos de otras cosas, si tenemos un idioma común, además de la anotación ajedrecística que es prácticamente universal. En este momento, por ejemplo, puedo decirle con más exactitud que los diarios cuál es la

situación en Asia, merced al pescador de Hong-Kong. Algún día le mostraré mis partidas.

El comisario Laurenzi hizo una pausa, pidió otro café y encendió un cigarrillo negro.

—Entre la promesa y el cumplimiento de la promesa —prosiguió luego— pasaron varios meses. Un día me invitó a su casa. Su casa era una simple habitación amueblada en una especie de hotel. Había orden allí, pero un orden producto de la voluntad y no del entusiasmo. No sé si usted me entiende. Un cuarto refleja de algún modo el carácter de quien lo ocupa. Y aquí, para darle un ejemplo, los libros estaban escrupulosamente alineados en sus estantes, pero debajo del ropero se adivinaban unas sombras verdosas que, lamento decirlo, eran botellas vacías. Y un almanaque, en un rincón, eternizaba el mes de noviembre de 1907. Pequeñas cosas, por supuesto, pero yo tengo el hábito profesional de observarlas… Y luego, ese rostro de mujer. Era lo primero que uno descubría al entrar. Estaba puesto de tal manera sobre el escritorio, la luz de la ventana lo iluminaba con tan delicada precisión, que usted no podía dejar de ver, y padecer, en el acto, ese rostro, que era el de una vieja fotografía, que era el fantasma de un tiempo muerto y amarillo, sueño del polvo retornado al polvo, pero conmovedoramente joven y hermoso todavía…

—Comisario —le recordé—. Las ordenanzas de la Policía Federal le prohíben hablar de ese modo.

—Era, había sido su mujer —prosiguió sin hacerme caso—. María Isabel… Usted sabe lo feas que son en general las viejas fotos. Pero esta no, porque había sido sacada al aire libre, en una hamaca al pie de un árbol, y la muchacha no tenía uno de aquellos atroces sombreros de antaño, y el árbol estaba florecido y una extraña luminosidad iluminaba el ambiente.

—Se enamoró de ella —provoqué.

—¿Qué queda de los muertos? —dijo—. Porque ella estaba muerta, y su lugar exacto en el tiempo solo por una piadosa ficción podía mi amigo abstraerlo de aquel mes de noviembre de 1907 en que ella se tiró bajo un tren. Mi amigo quedó solo, y entonces supe cuál era ese resorte que yo instintivamente sospechaba en él, y que venía buscando con esta tenacidad de perro de presa que a veces me avergüenza.

—¿Por qué se mató?

—Por una de esas historias fútiles y antiguas. Un hombre la conquistó y la abandonó, y luego se fue. Ella no encontró otra salida.

—¿Y el seductor?

—Era un extranjero. Volvió a su país. Ella no dijo su nombre a nadie. Pero todo o casi todo se supo después, por una de esas fabulosas casualidades. Aquella tarde en que Aguirre me invitó a su casa, fue para mostrarme una partida por correspondencia que había iniciado poco antes, y que lo tenía muy preocupado.

»—No sé cómo me he metido en esto —dijo—. Conozco la posición como la palma de la mano, y sé que estoy perdido. Es más, esta partida se ha jugado antes. Puedo señalarle la página exacta del Griffiths en que figura, con una o dos transposiciones, y decirle quiénes la jugaron y en qué año. A primera vista, usted no observa gran cosa: es una lucha equilibrada. Pero dentro de ocho movidas, no tendré qué jugar, habré llegado a una típica posición de zugzwang. Y sin haber cambiado una sola pieza. Es para morirse de risa.

»—Pero si usted conocía la partida —inquirí, extrañado—, ¿por qué entró en esa variante?

»—Ahí está, ahí está —dijo agriamente—. Eso es lo que me subleva. Usted ve la trampa, y puede escapar, pero más que la fuga le interesa el mecanismo de la trampa, le fascina la cerrada perfección de la trampa, aunque usted sea la víctima, y arriesga un pie, y luego el otro, para comprobar cómo funciona, y luego es tarde…

»—Pero —insistí—, ¿cómo sabe que su rival verá todas las jugadas justas?

»—Las verá, estoy seguro —contestó sonriendo con alegría—. Es un lince. Es un diablo. Y además, él también conoce la partida.

»—Muéstreme las cartas —dije en un súbito impulso.

»Titubeó. Pero luego me trajo una carpeta con toda la correspondencia, las cartas de su enemigo, y copias en carbónico de las suyas. Me gustaría que usted, Hernández, hubiera visto esa carpeta. Las primeras comunicaciones eran formales, lacónicas. Apenas una presentación y luego: Mi primera jugada es P4R O bien: Acuso recibo de su 1.P4R Contesto: 1. P4AD. Pero luego esa mínima relación se iba

ampliando, desarrollando. Por debajo del frío esquema del juego aparecían los rasgos individuales, las personas. Un día era mí amigo que se excusaba por una demora en responder y mencionaba una breve enfermedad. Luego era el Otro, que se interesaba por su salud y hablaba del clima de su país, de su ciudad. Lentamente surgían recuerdos, preferencias, opiniones.

»De ese modo, yo también pude conocer al Otro. Era un escocés de Glasgow, con un nombre teatral: Finn Redwolf. Se retrataba con gracia. Ahora, decía, era un viejo achacoso y reumático, pero en su juventud había sido irresistible para las mujeres y temible para los hombres. Había estado en casi todo el mundo: el Congo, Egipto, Birmania… Argentina? Sure, fine country. I have been there too.

»Recuerdo que esta admisión de haber estado aquí no aparecía hasta el final de la octava carta de Redwolf. En la décima, daba algunos detalles: estuvo trabajando como ingeniero en los ferrocarriles ingleses, entre 1905 y 1907. Se divirtió muchísimo —agregaba en la décimosexta—, a pesar de algunos contratiempos. Había una muchacha, por ejemplo… Alfil-cuatro-alfil, jaque.

»Durante seis meses, mi amigo no apareció por el café. Entonces fui a verlo. Llamé a su puerta y no me contestó. Entré lo mismo. Lo vi sentado ante un tablero, absorto. Sobre la mesa había cuatro cartas más, escritas con la prolija letra de Redwolf.

»A esta altura de las cosas, la partida se había transformado en una lenta crucifixión. Ya no era un juego: era algo que daba escalofríos. Y Redwolf parecía gozar desmesuradamente. Su jugada es la mejor, pero no sirve, repetía en cada carta, como un estribillo. Una jactancia sin límites se desprendía de sus comentarios y de su análisis. Lo tenía todo previsto, todo. Sin darme cuenta, yo también empecé a odiarlo. ¿Cómo sería, cómo habría sido en su juventud aquel anciano reumático que en una brumosa isla, a miles de kilómetros de distancia, sonreía ahora maliciosamente? Lo imaginé alto, lo imaginé atlético, tal vez pelirrojo, con un rostro flaco y alargado y duro y hermoso, con pequeños ojos verdes y crueles…

»Pero había algo peor, algo indefinible y siniestro, algo que se parecía —diría yo— a una segunda partida simétrica e igualmente predestinada. El otro plano, ¿comprende? El plano personal, desenvuelto en lucha. Al principio me resistí a creerlo, porque era tan absurdo, pero luego tuve que rendirme a la evidencia. Había animosidad allí, había un rencor instintivo de ambos lados. Y ese conflicto tenía misteriosas correspondencias con la partida de ajedrez, tenía su

mismo crescendo, idénticos augurios de catástrofe y aplastamiento. Era como si Redwolf, llevado por una de esas manías de los viejos y los solitarios, no se conformara con ganar sobre el tablero; como si le quedara otra instancia superior que dirimir y adjudicarse. Era un tempestuoso. Era, y usted sabe las reservas con que yo uso esta palabra, un malvado. En cada una de sus frases latía un sarcasmo. Pero había que desmenuzar la frase para encontrar el sarcasmo, y eso lo hacía doblemente doloroso. ¡Ah, si mi amigo no hubiera sido tan inteligente! Pero Redwolf desplegaba su vida como una bandera, y desafiaba. ¿Qué no había hecho él? Hablaba de los tigres que cazó en Asia, de las negras que violó en Kenya, de los indios que mató a tiros en la Guayana. A veces parecía inventar, aunque sus referencias eran siempre muy exactas. Y de tanto en tanto, como un leit-motiv, surgía el recuerdo de sus dos años en la Argentina, a comienzos de siglo. También aquí (decía) lo habían querido las mujeres. Una sobre todo. Pero tuve que dejarla, usted comprende. Fue un lío. Lisbeth, I called her. Or Lizzie, La llamaba Lisbeth; a veces Lizzie.

»Aguirre se defendía del mejor modo posible. Escatimaba detalles de su pasado. Pero el otro volvía a la carga. «Cuénteme algo de usted. Su país habrá progresado mucho. Dejamos buenos ferrocarriles allí. A propósito, ¿por qué no abandona la partida?». You are lost, you know. «Está perdido».

»Luego recaía en la crónica de sus amores. «Lizzie tenía ojos muy hermosos, indolentes y serios. Sus ojos se arrepentían de sus labios. Y no solo de sus labios». Redwolf, impávido, degradaba con sutiles indecencias el viejo tiempo muerto. Componía abominables juegos de palabras (lazy Lizzie), retruécanos, jactancias. Era toda una técnica la suya. El plano personal había pasado a primer término. Empezaba por arrasarlo todo en ese plano, y luego en la última línea, pasaba al otro, a la partida de ajedrez, y asestaba un nuevo golpe. Caballo-seis-torre, creek. Jaque!

»—Aguirre, yo también creo que usted está perdido —le dije.

Sin duda —contestó en voz muy baja—. Pero se me ha ocurrido una idea, una última idea.

»Pasaron aún dos meses antes que volviera a encontrarme con mi amigo. Había recibido carta con la jugada decisiva de Redwolf. Se encontraba en la clásica posición de zugzwang que él había previsto. No tenía salida.

»Sin embargo, no parecía tan desesperado como otras veces. Estaba casi

tranquilo. Le pedí la carta de Redwolf.

»«Presumo que la partida termina aquí —decía el remoto, inverosímil anciano—. No creo que usted quiera jugar otra. Por eso debo apresurarme a contarle el final de la historia. Lizzie se mató, y creo que fue por mí. Se tiró al paso de un tren. Tratando de evitar el accidente, el maquinista arruinó los frenos. Me tocó repararlos, por una de esas coincidencias. Yo tenía particular aprecio por aquella locomotora. También por Lizzie, pero la pobre no era rival para nuestros constructores de Birming— ham. Sin embargo, debo decirle que cuando supe lo que había hecho Liz, comprendí que su país entraba en la civilización. En el Congo no me hubiera ocurrido nada semejante. Pobre Liz-Lizzie-Lisbeth. Me ha quedado una foto suya. Estaba muy hermosa, en una hamaca al pie de un árbol… Ya no recuerdo si fue en octubre o en noviembre de 1907».

»Hernández, usted dirá que soy un estúpido, pero solo en ese momento quise comprender. Solo en ese momento identifiqué aquellos nombres, aquellos diminutivos, como una sencilla progresión aritmética: Liz, Lizzie, Lisbeth, Isabel, María Isabel.

»Aguirre estaba muy pálido ahora y clavaba los ojos en el tablero, en la posición irremediable.

»—¿Qué piensa hacer? —le dije—. Cualquier cosa que haga pierde.

»Se volvió hacia mí con un brillo extraño en los ojos.

»—Cualquier cosa, no —repuso sordamente.

Eran las cuatro de la madrugada. Solo el comisario y yo quedábamos en el café.

—¿La partida terminó ahí? —pregunté—. ¿La historia termina ahí?

—Ya le dije una vez que nada termina del todo, nunca. Pero si se empeña, puedo darle un provisional epílogo. Mi amigo desapareció durante un tiempo bastante largo. Cuando volvió, me dijo que había estado en el extranjero, y no quiso agregar más.

»Pero yo soy muy curioso. ¿Recuerda aquel bastón con que andaba siempre? Lo desarmé en su presencia, le saqué la punta y apareció la aguda hoja del estoque. Aún tenía una mancha de color ladrillo, un hilo de sangre coagulada. Él me miró

sin rencor. Había recobrado el aspecto dulce y tímido de un niño.

»—Redwolf, red blood —dijo mansamente—. Yo también sé hacer juegos de palabras.

»Los diarios ingleses comentaron durante algún tiempo el asesinato de Finn Redwolf, en su residencia de Escocia, sin ahorrar los detalles truculentos.

—¿Sabía su amigo, cuando empezó la partida, que Redwolf era el culpable de la muerte de María Isabel?

—No lo creo. A lo sumo, sabía que era extranjero. Tal vez logró averiguar que le gustaba el ajedrez. Esa pudo ser la fuente secreta que lo impulsaba a jugar por correspondencia, en busca de su misterioso enemigo.

—No es un mal argumento. Sin embargo, para que su historia tuviese auténtico suspenso, final sorpresivo y todo lo demás, el seductor castigado debió ser otro.

—¿Usted, Hernández? —preguntó con desdén.

—El pescador de Hong-Kong —dije suavemente—. Pero ¿qué hizo usted, comisario?

—Yo, ¿qué podía hacer? Estaba jubilado, y el crimen ocurrió fuera de mi jurisdicción. Y después de todo, ¿fue un crimen?

»Que el azar no le depare a usted estos dilemas. Si no denunciaba a mi amigo, hacía mal, porque mi deber era, etcétera… Y si lo denunciaba y lo arrestaban, también hacía mal, porque con todo mi corazón yo lo había justificado. Solo puedo decirle que Aguirre murió dos años después, y no en la cárcel, sino en su cuarto, de vejez y cansancio y desgracia. Pero en todo ese tiempo me sentí incómodo, me sentí en una de esas típicas posiciones… bueno, usted sabe.

Nos echamos a reír al mismo tiempo y salimos a la calle. Amanecía. Un mozo soñoliento cerró la cortina metálica del bar Rivadavia, como quien baja un telón.

Sämisch — Nimzowitsch
Copenhage, 1923


ugzwang es una palabra alemana que en ajedrez designa una posición en la cual quien tiene la obligación de jugar no dispone de ningún movimiento útil. Por tanto, cuando un ajedrecista deja en zugzwang a su rival, está obligándole a realizar una jugada que empeora su posición o que, incluso, le supone la pérdida de la partida. Se da casi exclusivamente en finales con muy pocas piezas, puesto que en el medio juego el bando débil siempre acostumbra a tener algún movimiento útil o de espera. De ahí la singularidad del famoso juego que analizamos aquí, bautizado como la Partida zugzwang inmortal, celebrado en 1923 en la ciudad de Copenhage y donde Nimzowitsch deja sin jugada razonable a Sämisch en el medio juego, con casi todas las piezas en el tablero.

El maestro danés de origen letón Aaron Isaievich Nimzowitsch (1886-1935), uno de los cinco mejores jugadores de su época, ha pasado a la historia del ajedrez como el principal representante de la escuela hipermoderna, que perfeccionó las bases del juego posicional desarrolladas por Steinitz y los principios clásicos divulgados por su gran enemigo, el doctor Tarrasch. Su libro Mi sistema, obra de gran valor pedagógico publicada por vez primera a finales de los años veinte y traducida a múltiples idiomas, continúa siendo el manual de referencia imprescindible de todo estudiante. Si este ajedrecista de talento innegable no alcanzó metas mayores fue por su compleja personalidad, excéntrica, neurótica e irascible, y por la mala fortuna de coincidir en el tiempo con los geniales Capablanca y Alekhine. Sus novedosas líneas de juego en distintas aperturas todavía se estudian y hoy día dos defensas se conocen con su nombre: la popular nimzoindia, practicada por vez primera en 1914 y utilizada con frecuencia en el ajedrez tanto de élite como aficionado, y la más extravagante defensa Nimzowitsch.

Su rival en esta partida, el alemán Fritz Sämisch (1896-1975), fue un ajedrecista notable que encontró en los controles de tiempo uno de sus mayores enemigos y, tal vez por ello, debió conformarse con triunfos en torneos de segunda fila. En una ocasión perdió por tiempo al emplear en sus primeras trece jugadas las dos horas y media previstas, tal era el perfeccionismo que pretendía en sus partidas. En nuestros días sigue considerándosele un excelente teórico y algunas de sus ideas, como las variantes que llevan su nombre en las defensas india de rey y nimzoindia, continúan practicándose asiduamente.

1.d4 Cf6 2.c4 e6 3.Cf3

Una manera de eludir la defensa nimzoindia, que se presentaría tras 3.Cc3 Ab4.

3…b6

Este es el movimiento que define la clásica defensa india de dama. Pretende acelerar el juego del alfil de casillas blancas (a menudo limitado en determinadas aperturas cerradas) por la gran diagonal y controlar la casilla e4. El orden de las jugadas puede variar al plantearse esta defensa, una de las favoritas de Nimzowitsch.

4.g3

El mejor modo de oponerse al alfil de la gran diagonal es ubicar el propio en la misma…

4…Ab7 5.Ag2 Ae7

Ambos bandos prefieren el desarrollo en el flanco de rey a la inmediata ocupación del centro del tablero. Los sistemas defensivos de estas características suelen derivar en sosegadas partidas llenas de maniobras.

6.Cc3 0-0 7.0-0 d5

Este movimiento era defendido también por Alekhine. La práctica moderna aconseja 7…Ce4, aunque existen otras alternativas perfectamente jugables, como 7…c5.

8.Ce5 c6

Con este movimiento de espera, las negras refuerzan el centro. En esta misma posición también se ha ensayado 8…Dc8 y 8…Cbd7.

9.cxd5

Al eliminar la tensión central, Sämisch comete un error posicional que facilita el trabajo de Nimzowitsch. Lo mejor hubiese sido mantenerla con el golpe 9.e4! o consolidar la ventaja de espacio conseguida por el blanco mediante 9.b3.

9…cxd5 10.Af4 a6 11.Tc1 b5 12.Db3 Cc6 13.Cxc6

Llevaría a un juego igualado 13.Cxd5 Cxd4! (o 13…Cxd5 14.Cxc6 Axc6 15.Txc6 Cxf4 16.gxf4 Dxd4). 14.Cxe7+ Dxe7 15.De3 Cf5.

13…Axc6 14.h3?

Una jugada sin objetivo aparente con la cual Sämisch debilita sin necesidad su flanco de rey. Urgía resolver el problema del inactivo caballo blanco, para lo cual el maestro alemán podía escoger entre 14.a3, para tratar de continuar con Ca2 y Cb4, y 14.Ce4 (y si 14…dxe4 15.Txc6 Dxd4 16.Td1 Db4 17.Dxb4 Axb4 18.Ag5, de manera que cae el peón negro de e4).

14…Dd7 15.Rh2 Ch5 16.Ad2 f5 17.Dd1

El repliegue de la dama demuestra que la jugada 12 del blanco no fue, precisamente, un acierto.

17…b4! 18.Cb1

El blanco ha permitido la expansión de los peones de Nimzowitsch en el flanco de dama y ahora se enfrentará a las consecuencias. El negro no solo ha ganado espacio, sino que además deja fuera de juego a un caballo condenado al ostracismo para lo que resta de partida.

18…Ab5

Sämisch planea adelantar su peón a e4 para contragolpear en el centro y, simultáneamente, amenazar con su dama el caballo instalado en h5. Por ello, antes de jugar e4, es necesario retirar primero la torre de f1, ya que, de otro modo, esta sería capturada por el alfil…

19.Tg1 Ad6! 20.e4

(diagrama).



20…fxe4!! 21.Dxh5 Txf2

Poco preocupa la pérdida del caballo a las negras. Efectivamente, Nimzowitsch ha ubicado sus piezas en la mejor disposición de ataque y, a cambio, el blanco apenas goza de movimiento útil. La compensación es evidente: dos peones por la pieza, una activa pareja de alfiles que apunta sobre el enroque blanco y la torre en séptima fila.

22.Dg5 Taf8

Una nueva pieza se suma al ataque. Amenaza 23…T8f3 y capturar en g3.

23.Rh1 T8f5 24.De3 Ad3! Si 24…Te2

el blanco pierde la dama a cambio de torre y pieza, ya que no es solución 25.Db3 por 25…Aa4. Sin embargo, Nimzowitsch no quiere jugar ese final porque ha calculado algo mucho más sutil…

25.Tcel h6!! 0-1

(diagrama).



Tras este insólito y aparentemente modesto movimiento, las blancas se ven obligadas a abandonar. Nimzowitsch ha provocado una posición de zugzwang, en la cual cualquiera de las jugadas del blanco supone la pérdida inmediata. Veámoslo. Si 26.Rh2 T5f3 gana la dama porque el alfil está clavado y se no puede mover; si 26.g4 T5f3! 27.Axf3, Th2++; si 26.Ac1 Axb1; si 26.Tc1 Te2; y si 26.a3 a5! 27.axb4 axb4 28.b3 Rh8 29.h4 Rg8 y el blanco debe elegir entre una de las jugadas perdedoras anteriores. Una partida verdaderamente inmortal.

Estrategia, razón y una tela de araña

Se trata de una guerra que embelesa la mirada, por eso la desean con anhelo las almas de los hombres.

Se trata del encuentro de dos ejércitos enfilados en sus posiciones, con una serenidad que enardece la mente, con unas martingalas que alegran el corazón.

Sus ágiles espadas les dan firmeza y aplomo y su atenta rodela la contenida precaución.

Mamad Chokri Alusi

Ajedrez

Nana Rodríguez Romero

e dice que el juego del ajedrez originariamente era una técnica de adivinación que interpretaba el resultado de la batalla entre las fuerzas eternas del Ying y del Yang.

Más tarde en Praga, con la humedad de un sótano como testigo, un hombre de ojos tristes vislumbró el ajedrez como un castillo habitado por reyes, damas, caballos y alfiles invisibles, custodiados por peones sonámbulos y torres que no duermen. Mientras en Buenos Aires, con fervor, un hombre de ojos que miran al infinito poetizó que Dios mueve al jugador, y este a la pieza… Ahora, yo solitaria, en el silencio de una ciudad sumergida, sobre mi cuadrícula de luces y de sombras, veo cómo el caballo traza una ele movido por mi mano, y relincha como una señal de la escritura de Dios, deseoso de que algún día esta secreta partida pueda finalizar en tablas.

Pachman — Najdorf
Mar del Plata, 1955


l texto de Nana Rodríguez evoca la figura de dos genios de la literatura universal. Por un lado, el escritor checo Franz Kafka. Por otro, Jorge Luis Borges, traductor del propio Kafka, de quien el argentino se declaró discípulo. Los «ojos que miran al infinito» de este y los «ojos tristes» de aquel son los ojos de dos extraordinarios artistas, dos autores que supieron trasladar al papel con ejemplar maestría sus universos particulares. Proponemos a continuación un nuevo paralelismo entre literatura y ajedrez. En esta ocasión, disfrutaremos del juego de dos creadores, geniales también, que consiguieron proyectar con éxito sus fantasías sobre las sesenta y cuatro casillas. Precisamente, un checo y un argentino cuyos ojos captaron toda la profundidad y la belleza de la esencia de este juego…

Miguel Najdorf (1910-1997), uno de los mejores jugadores mundiales de torneos de la posguerra, adoptó la nacionalidad argentina en 1944, después de sorprenderle el inicio de la Segunda Guerra Mundial en la Olimpiada de Buenos Aires formando parte del seleccionado polaco.

Gozó de gran popularidad, sobre todo en su país de adopción, y dio nombre a una de las variantes más famosas de la defensa siciliana (1.e4 c5 2.Cf3 d6 3.d4 cxd4 4.Cxd4 Cf6 5.Cc3 a6). Dentro de su exitoso palmarés destacan los premios al mejor primer tablero en las Olimpiadas de 1950 y 1952, varios campeonatos nacionales y sus excelentes actuaciones en el torneo de Mar del Plata, de cuya edición de 1955 rescatamos la partida frente al gran maestro checo Pachman que ilustra esta narración. El nombre de Ludek Pachman (1918-2003) también resulta familiar a buena parte de los aficionados. El heptacampeón de Checoslovaquia no solo es recordado por sus excelentes producciones sobre el tablero, sino por su faceta de periodista, teórico y autor de numerosos libros sobre ajedrez, más de

ochenta, entre los que destacan sus tratados básicos de aperturas, obras que gozaron de gran aceptación y fueron traducidas a diversos idiomas.

1.e4 c5 2.Cc3

Con este movimiento de caballo, Pachman opta por la variante cerrada ante la defensa siciliana planteada por su contrincante. Se trata de una defensa de uso frecuente y una de las más enérgicas (y estudiadas) de las que disponen las negras como respuesta al avance inicial del peón blanco e. Por el contrario, la respuesta 2.Cc3 es mucho menos habitual, ya que las blancas por lo común prefieren las líneas abiertas que se derivan de 2.Cf3, seguido de 3.d4.

2…d6 3.d3 Cc6 4.g3 Cf6 5.Ag2

Las blancas están planteando el esquema típico de esta variante cerrada. Suele completarse con la secuencia 6.Ae3, 7.Dd2, 8.Cge2 y 9.0-0, aunque el orden de los movimientos puede variar, lógicamente. En muchas ocasiones, el jugador de negras adopta un desarrollo similar al blanco en el flanco de rey y juega g6 para sacar el alfil por g7 y enrocar corto también. Sin embargo, en lugar de lo expuesto, Najdorf prefiere incomodar el lento planteamiento de las blancas.

5…Ag4 6.Cge2 Cd4

Una poderosa pieza que no puede ser capturada y cuyo destino es f3, casilla que Pachman ha descuidado y que ahora controlan el caballo y el alfil negros.

7.0-0

Pachman llegó a esta misma posición frente a Rossetto, otro gran maestro argentino, y en esa ocasión optó por 7.h3. El desarrollo de la apertura de esa partida, que finalizó en tablas, fue el siguiente: 7…Af3 8.Axf3 Cxf3+ 9.Rf1 g6 10.Rg2 Cd4 11.Cxd4 cxd4.

7…Cf3+

(diagrama).



8.Rh1

Las blancas no pueden cambiar su alfil por el caballo porque sería demasiado peligroso para el enroque, puesto que el alfil negro actuaría por las casillas blancas sin apenas oposición. No queda más remedio que retirar el rey.

8…h5

Las negras han decidido atacar el enroque adversario: planean abrir la columna h a medio plazo para dar juego a la torre y descartan enrocar al considerar segura la posición de su rey en la casilla inicial.

9.h3 e5 10.Cd5

Una respuesta temática. Ante el ataque de Najdorf en el flanco de rey, las blancas han de responder ocupando el centro del tablero. Evidentemente, el alfil no podrá ser capturado durante toda la partida, dado que se recibe jaque mate en pocas jugadas: 10.hxg4 hxg4+ 11.Ah3 Txh3+ 12.Rg2 Th2++.

10…Cxd5 11.exd5 Dd7 12.Cc3

Al llevar la pieza a c3, las blancas amenazan capturar el molesto caballo negro instalado en f3. No valía la pena defender el peón jugando 12.h4, ya que la respuesta de las negras sería 12…Ae7 para preparar un posterior avance del peón g.

12…Df5 13.Ae3 h4 14.Ce4 Ae7

Las negras quedan en posición inferior si cometen alguna imprecisión. Así, no sirve la dudosa 14…Axh3?! por 15.Axf3 hxg3 16.Rg1 Axf1 17.Cxg3.

15.c4

Otra posibilidad es 15.c3.

15…hxg3

Al fin entrará en juego la torre de h. Después de esta captura, la posición de las blancas es insostenible.

16.fxg3 Txh3+!

(diagrama). La efímera participación de esta pieza resulta definitiva.



17.Axh3 Dh5!

El complemento a la entrega de la torre en h3. Desde esta casilla, la dama no solo irrumpe en lo que queda del enroque blanco tomando el alfil, sino que además defiende el caballo de f3.

18.Da4+

Si bien retira la dama de la diagonal d1-h5 y evita las amenazas de posibles descubiertas propiciadas por un salto de caballo, no estamos más que ante el llamado jaque de la despedida, habitual en posiciones desesperadas. No era solución 18.Rg2 por 18…Dxh3+ 19.Rf2 Dh2++.

18…Rf8 19.Txf3 Dxh3+ 0-1

Pachman se ve obligado a abandonar puesto que solo puede evitar el mate en g2 a costa de su dama: 20.Rg1 Axf3 21.Dc2 Dh1+ 22.Rf2 Dg2+ 23.Re1 Dxc2.

El rey negro

Juan José Arreola

J'ai aux échees joué devant Amours.

Charles D'Orléans

(A Enrique Palos Báez).

o soy el tenebroso, el viudo, el inconsolable que sacrificó su última torre para llevar un peón femenino hasta la séptima línea, frente al alfil y el caballo de las blancas.

Hablo desde mi base negra. Me tentó el demonio en la hora tórrida, cuando tuve por lo menos asegurado el empate. Soñé la coronación de una dama y caí en un error de principiante, en un doble jaque elemental…

Desde el principio jugué mal esta partida: debilidades en la apertura, cambio apresurado de piezas con clara desventaja… Después entregué la calidad para obtener un peón pasado: el de la dama. Después…

Ahora estoy solo y vago inútil por el tablero de blancas noches y de negros días, tratando de ocupar casillas centrales, esquivando el mate de alfil y caballo. Si

mi adversario no lo efectúa en un cierto número de movimientos, la partida es tablas. Por eso sigo jugando, atenido en última instancia al Reglamento de la Federación Internacional de Ajedrez, que a la letra dice:

Artículo 110. La partida es Tablas:

Inciso 4. Cuando un jugador demuestra que cincuenta jugadas por lo menos han sido realizadas por ambas partes sin que haya tenido lugar captura alguna de pieza ni movimiento de peón.

El caballo blanco salta de un lado a otro, sin ton ni son, de aquí para allá y de allá para acá. ¿Estoy salvado? Pero de pronto me acomete la angustia y comienzo a retroceder inexplicablemente hacia uno de los rincones fatales.

Me acuerdo de una broma del maestro Simagin: el mate de alfil y caballo es más fácil cuando uno no sabe darlo y lo consigue por instinto, por una implacable voluntad de matar.

La situación ha cambiado. Aparece en el tablero el triángulo de Delétang y yo pierdo la cuenta de las movidas. Los triángulos se suceden uno tras otro, hasta que me veo acorralado en el último. Ya no tengo sino tres casillas para moverme: uno caballo rey, y uno y dos torre.

Me doy cuenta entonces de que mi vida no ha sido más que una triangulación. Siempre elijo mal mis objetos amorosos y los pierdo uno tras otro, como el peón de siete dama. Ahora tres figuras me acometen: rey, alfil y caballo. Ya no soy vértice alguno. Soy un punto muerto en el triángulo final. ¿Para qué seguir jugando? ¿Por qué no me dejé dar el mate del pastor? ¿O de una vez el del loco? ¿Por qué no caí en una variante de Légal? ¿Por qué no me mató Dios mejor en el vientre de mi madre, dejándome encerrado allí como en la tumba de Filidor?

Antes de que me hagan la última jugada decido inclinar mi rey. Pero me tiemblan las manos y lo derribo del tablero. Gentilmente, mi joven adversario lo recoge del suelo, lo pone en su lugar y me mata en uno torre, con el alfil.

Ya nunca más volveré a jugar al ajedrez. Palabra de amor. Dedicaré los días que me quedan de ingenio al análisis de las partidas ajenas, a estudiar finales de reyes y peones, a resolver problemas de mate en tres, siempre y cuando en ellos sea obligatorio el sacrificio de la dama.

Légal — Saint-Brie
Y los mates de Arreola

abla, desesperado, el rey negro. Poco a poco se ha visto arrinconado y ya no hay salvación. Finalmente, su joven rival ha dado con el método preciso para ejecutar el mate de alfil y caballo, una técnica lenta, agotadora, asfixiante para quien se defiende… «¿Para qué seguir jugando? ¿Por qué no me dejé dar el mate del pastor? ¿O de una vez el del loco? ¿Por qué no caí en una variante de Légal?». La pieza protagonista lamenta su suerte y la energía malgastada en una lucha larga y sin premio. Porque, puestos a perder… ¿por qué no dejarse dar algunos de los mates más simples conocidos?

«¿Por qué no me dejé dar el mate del pastor?». Esta es una de las celadas más populares entre los jugadores principiantes. El mate del pastor se basa en el ataque conjunto de alfil y dama sobre el peón de f, el único que solo está defendido por el rey. No lo veremos en partidas disputadas entre ajedrecistas mínimamente experimentados, dado que mover la dama en la tercera jugada no es aconsejable. Si se juega de manera prematura, el rival aprovechará esa circunstancia para atacarla y desarrollar así sus piezas menores. Además, la amenaza de las dos piezas sobre el peón de f se puede evitar fácilmente. Veamos una posible secuencia de movimientos que acaba con el mate del pastor: 1.e4 e5 2.Ac4 Ac5 3.Df3 Cc6??

El grave error de principiante que permite el jaque mate. Podía evitarse con 3…Cf6, por ejemplo, o cualquier otra jugada que defendiese la casilla o bloquease la acción de la dama en la columna f o del alfil en la diagonal a2-g8 (3…Df6, 3…De7, 3…d5, etc.).

4.Dxf7++ 1-0

«¿O de una vez el del loco?». El jaque mate más rápido que puede verse sobre un tablero de ajedrez recibe el nombre de mate del loco. Para poderlo realizar se precisa de la activa colaboración del bando perdedor, que debe adelantar sus peones de f y g de tal manera que frente al jaque de dama en la columna h no haya ni escapatoria para el rey ni material para cubrirse de la amenaza. Al ser necesarias dos precisas jugadas, las blancas requieren tres movimientos para ganar (1.e4 f6 2.d4 g5 3.Dh5++), en tanto que las negras consiguen la victoria solo con dos. Presentamos la partida más breve…

1.f3? e5 2.g4?? Dh4++ 0-1

«¿Por qué no caí en una variante de Légal?». Solo falta por presentar el mate de Légal, el más complejo de los tres mates básicos mencionados por Juan José Arreola en su relato. Este conocido jaque mate recibe su nombre de M. de Kermur, señor de Légal (1702-1792), el mejor jugador de Francia de su época y campeón del célebre Café de la Régence parisino. A continuación reproducimos la única partida conservada de Légal, en la cual castiga una imprecisión de Saint-Brie, que conduce las piezas negras, con el bello jaque mate bautizado con su nombre: 1.e4 e5 2.Ac4

Como insinuamos arriba, los mates más rápidos giran de modo repetitivo alrededor de la amenaza sobre el peón f.

2…d6 3.Cf3 Ag4 4.Cc3 g6

Una mala jugada que permite la hermosa combinación.

5.Cxe5! Axd1??

No se puede aceptar el regalo de las blancas. Légal sacrifica la dama para favorecer la cooperación en ataque de las tres piezas menores, que acaban dando mate al monarca negro en el centro del tablero. Las únicas opciones de Saint-Brie de continuar la partida pasaban por capturar el caballo y seguir el juego con un peón de menos: 5…dxe5 6.Dxg4 o 5…Ae6 6.Axe6 fxe6 7.Cf3.

6.Axf7+ Re7 7.Cd5++ 1-0

(diagrama). ¡Un mate realmente estético!



Y llegamos al final de la partida, al triste deambular del rey de Arreola, acosado por la envolvente maniobra blanca. Dentro de los mates elementales, el de alfil y caballo es el más complicado. En su ejecución debe combinarse la acción de las dos piezas con la del propio rey para acorralar al del rival en una de las dos esquinas del tablero que domina el alfil. Si se parte de una posición desfavorable para el bando fuerte y el rival se defiende con corrección, pueden superarse las treinta jugadas hasta conseguir la victoria. El método citado en el relato fue publicado por primera vez en 1923 por Daniel Delétang, un jugador de origen francés afincado en Argentina. Se basa en la delimitación de tres triángulos a partir de una de las dos esquinas favorables del tablero, cuyas hipotenusas discurren por los cuadros del color del alfil. Así, si el alfil se mueve por las casillas blancas, los vértices del triángulo menor superior son a6-a8-c8, los del mediano a4-a8-e8 y los del mayor a2-a8-g8. El rey del bando fuerte empuja al monarca contrario hacia las casillas controladas por el alfil y el caballo, de manera que, al no poder superar esa barrera, debe retroceder. De ese modo se limita la acción del rey acosado y este se ve obligado a entrar en el triángulo intermedio. La mecánica se repite hasta que entra en el triángulo menor, donde recibe mate finalmente.

Ilustramos la teoría con una posición ideal (diagrama), en la cual el rey negro ya se encuentra dentro del triángulo mayor (a2-a8-g8) y donde la acción combinada de caballo y alfil le impide salir de él (la situación en b3 y d3 de las piezas también es la idónea, puesto que la diagonal blanca es del alfil, mientras que el caballo controla la vía de escape e5 e impide la fuga por c3 y d4 al dominar también c5 y b4).



1.Re8 Rc7

2.Re7 Rc6

«Ahora estoy solo y vago inútil por el tablero de blancas noches y de negros días, tratando de ocupar casillas centrales, esquivando el mate de alfil y caballo».

3.Re6

La cooperación del rey blanco complementa el trabajo de las piezas menores.

3…Rb5 4.Rd6 Ra5 5.Rc5 Ra6 6.Aa4

El blanco ha obligado al rey a entrar en la cárcel del triángulo mediano (a4-a8-e8) y el alfil sella el encierro con este movimiento. Como vemos, quienes empujan al rey enemigo son, básicamente, el rey y el alfil.

6…Rb7 7.Rd6 Rb6 8.Ad7

En este laborioso jaque mate son frecuentes las jugadas de espera que obligan al rey enemigo a mover a la casilla precisa para continuar con su ejecución.

8…Ra5 9.Rc5 Ra6 10.Cb4+ Ra5 11.Cd5 Ra6 12.Rb4 Rb7 13.Rb5 Ra7 14.Ac8

«Los triángulos se suceden uno tras otro, hasta que me veo acorralado en el último. Ya no tengo sino tres casillas para moverme: uno caballo rey, y uno y dos torre».

14…RbS 15.Aa6

Otra jugada de espera.

15…Ra7 16.Cb4 Ra8 17.Rb6 Rb8 18.Cc6+ Ra8 19.Ab7++ 1-0

La celada (india de rey)

Hiber Conteris


n Leipzig, Alemania Oriental, durante las Olimpiadas de Ajedrez de 1960, el chileno Letelier enfrentó al campeón norteamericano Bobby Fischer. Letelier jugaba con blancas; realizó el primer movimiento y accionó el botón que ponía en funcionamiento el reloj de su adversario. El gran tablero suspendido en la pared del fondo del recinto, donde se reproducía la partida, señaló la jugada:

1.P4D

Entre el público aglomerado en las butacas de la platea se deslizó un individuo de estatura mediana, robusta caja torácica que resolvía la curvatura del plexo en un vientre prominente, muslos gruesos y extremidades cortas. Kretschmer lo hubiese encuadrado sin dificultad en su tipología como un prototipo pícnico. Ostentaba una avanzada calvicie en la que se espigaban algunos pocos pelos entrecanos, el rostro rubicundo y esférico parecía macerado más por la presión arterial y el alcohol que por penurias y mortificaciones; pese a los anteojos oscuros montados en un fino armazón de metal dorado, las cejas sobresalían espesas y canosas, dispersándose en abanicos de largos capilares arqueados. En un semblante más afilado y maligno hubiesen suministrado el indispensable toque

mefistofélico.

El hombre frisaba sin duda en los sesenta años. Vestía un traje liviano, color crema, de acuerdo a la estación; era de tela basta, pésimo corte, y el botón central llegaba a abrochar con esfuerzo la línea ecuatorial de su vientre; no disimulaba el roce de unos cuantos veranos ni las deformaciones de bolsillos y rodilleras. La corbata había sido anudada con descuido y dejaba ver el botón superior de la camisa. La piel del hombre se veía perlada de sudor. Avanzó a trompicones por el angosto pasillo de la tercera fila de la gradería, llevándose piernas y rodillas por delante; algún pie le apartó presuroso del camino para evitar un pisotón. Ocupó el asiento número 36, único que permanecía libre en esa fila; de inmediato extrajo un pañuelo arrugado y no precisamente impoluto del bolsillo posterior del pantalón y se enjugó la frente; en el curso de esa breve operación removió unos escasos centímetros las gafas de su soporte natural, en la corcova de la nariz obtusa, para lo cual agachó suficientemente la cabeza. Luego guardó el pañuelo, introdujo dos dedos entre el cuello de la camisa y los pringosos frunces de la yugular, y ajustó el nudo de la corbata a lunares blancos sobre un fondo que alguna vez debió ser azul ultramar. Un ujier se desplazó desde el centro de la sala, y con la ayuda de una pértiga indicó la respuesta de Fischer: 1…. C3AR

—Ja —exclamó el hombre de manera suficientemente audible; se volvió hacia su vecino de la derecha y afirmó en su alemán brandenburgués—: Fischer jugará seguramente una India de Rey, su defensa favorita contra la apertura de peón dama.

El interpelado se volvió, le observó durante algunos segundos, y contestó inesperadamente:

—I am sorry. I don't speak German; please, ask to my friend sat at your left.

El calvo sostuvo la mirada del otro por un lapso innecesario; luego volvió a secar la transpiración del rostro con el pañuelo; por fin imprimió un lento y fatigoso giro a la cabeza y repitió obstinadamente, en términos casi similares, la observación anterior.

El hombre sentado a su izquierda vestía un impecable pantalón de hilo color azul cobalto y una camisa de sarga de mangas cortas y tenues cuadros celestes. No debía haber alcanzado aún los cuarenta años; era delgado, probablemente alto, de músculos tensos y nervadura acerada que transmitía afilados relieves a la piel cobriza; el rostro había sido burilado con los rasgos angulosos de un ave de rapiña;

los ojos duros y cetrinos acentuaban el carácter rapaz. Algo en él sugería la autoritaria mezcla de distinción y rudeza de un Landgrave teutónico; los cabellos medianamente largos despedían el aura de la lavanda Yardley y un brillo rubio pulcramente peinado. Fumaba un cigarrillo con filtro y un aro dorado junto a la marca de fábrica; en la muñeca izquierda latía un Rolex de alta precisión. Sin volverse hacía quien le había dirigido la palabra, respondió en el alemán que un oído atento habría atribuido a la región del Hesse: —A menudo le vi emplear la Nimzo-lndia, espere hasta que se produzca la siguiente jugada.

Un observador sagaz hubiese observado probablemente el relajamiento, que se expandió en los músculos faciales del individuo de ancha cara de urso; no había muchas posibilidades de que esto ocurriese, sin embargo, porque la mayor parte del público esperaba con atención el próximo movimiento de las blancas. El tablero mural lo reprodujo casi instantáneamente:

2. P4AD

—Propuesta de gambito por transposición —conjeturó el hombre de avanzada calvicie, pero moderando el volumen de su voz—. Ese muchachito Fischer, quizás se decida por la defensa Grünfeld, como en su apoteósica partida contra… ¿cuál era el nombre del rival? ¿No era el campeón norteamericano de ese entonces?

—Byrne —dijo el individuo longilíneo o según Kretschmer leptosomático—. Donald Byrne; no creo que fuese el gran campeón, pero era un fuerte jugador y Bobby no tenía apenas más que trece años.

—Eso es; en 1956, exactamente —puntualizó el gordo.

—¿Fue una defensa Grünfeld? —inquirió dubitativamente el hombre delgado, que ahora sostenía con una mano nervuda el cigarrillo a la altura de la sien. No se volvió para agregar—: No estoy seguro que Fischer haya empleado ese sistema.

—Pues sí, una Grünfeld. Un sistema de origen alemán probadamente alemán. Una fuerte defensa occidental.

Subrayó estas últimas palabras con una meliflua sonrisa. Fischer, en realidad, replicó:

2…. P3CR

—Ya ve —constató el individuo de rasgos de cernícalo—. Esto parece que será una India de Rey.

El calvo hurgó en los bolsillos de su chaqueta en busca de algo que no llegó a encontrar.

—¿Sería tan amable de invitarme con uno de sus cigarrillos? —solicitó volviéndose hacia el otro.

Sin dejar de observar la partida, el aludido se llevó la mano al bolsillo de la camisa y extrajo una suntuosa caja de cigarrillos Dunhill. El fenotipo pícnico la atrapó con avidez.

—Oh, bueno, bueno, un cigarrillo inglés, esto es un lujo que uno no se permite demasiado a menudo —comentó con regocijo.

El otro alargó hacia él la firme llama de un encendedor de oro.

—Guárdesela —dijo, mientras el gordo ahuecaba las quijadas de fláccidos mofletes para acercarse al fuego.

¿Ni siquiera un alto funcionario como usted puede echar mano de vez en cuando a una caja de cigarros ingleses?

El hombre del traje crema enderezó la espalda y se reclinó pesadamente contra el respaldo de la butaca.

—Oh, bien —reconoció—. De tanto en tanto uno pesca un poco de esta mercadería, pero no es bien mirado por los camaradas.

Los labios descarnados del otro sajaron una imperceptible sonrisa. La pértiga osciló y desplazó una pieza de las blancas:

3. C3AD

—¿Quién es la persona que está con usted? —murmuró el hombre con pergeño de oso cubriendo a medias la boca con la mano que sostenía el cigarro. Las negras contestaron de inmediato: 3…. A2C

—Un enviado de la agencia interesada en el asunto —susurró el Landgrave teutón consagrándose en apariencia a seguir con interés el trámite de la partida—. Querían participación directa en esta fase de las negociaciones.

—¿Americano? —indagó el gordo.

El otro respondió con un leve asentimiento. El osuno lanzó una mirada que quiso ser disimulada a su derecha; deslizó en el interior de la chaqueta la cajilla de Dunhill, resuelto a aceptar el presente, y luego se volvió a su vecino de la izquierda.

—¿Entiende el alemán? —Averiguó, volteando significativamente la cabeza.

Las facciones rapaces esbozaron un nuevo gesto afirmativo.

—Lo entiende, pero solo está aquí para escuchar.

Desde atrás de los vidrios oscuros, el gordo clavó una mirada extraviada en las agujas del Rolex.

—Me gusta su reloj —musitó peregrinamente—. Y hubiese preferido tratar esto a solas con usted.

Hubo un ligero encogimiento de hombros.

—Usted es un gran admirador de toda la producción de Occidente —dijo con acidez el gerifalte.

El tablero de la pared reprodujo un nuevo movimiento:

4. P4R

—Previsible, completamente previsible —subrayó el fenotipo pícnico enjugándose una vez más el sudor de la cara con el pañuelo—. El muchacho ha renunciado olímpicamente al centro; esa alta estrategia está fuera de los escasos límites de mi discernimiento.

—Véalo como una invitación a abrir el flanco rey enemigo —razonó el hombre de férrea nervadura—. Típico de Bobby: lo incitará a atacar, para dejarlo expuesto.

—Alekhine ya probó eso hace unas cuantas décadas —manifestó el primero—. Quisiera jugar yo esta partida con las blancas.

El hombre de mirada de halcón dio una pitada al cigarrillo y apoyó el codo sobre el posabrazos de la butaca.

—¿Qué tiene usted para ofrecernos? —murmuró.

El otro afirmó las manos regordetas en los muslos, las palmas hacia afuera; con aparente displicencia, miró a uno y otro lado del pasillo; luego se volvió con disimulo hacia la fila de atrás.

—¿Le parece el mejor lugar para tratar este negocio? —preguntó por fin, ajustándose los anteojos oscuros.

—Es el sitio más apropiado —dijo el individuo delgado—. Usted es una gran aficionado al ajedrez, ¿no es así?

—Fui jugador de primera categoría en otros tiempos —rememoró el gordo—. Bastante antes de la guerra, que acabó con eso como con tantas otras cosas.

—¿Con Alemania?

—Sí, con Alemania también. Por lo menos con la Alemania en la que usted y yo creíamos.

—Bueno, siendo usted un notorio ajedrecista, su presencia aquí es completamente natural.

—¿Y la suya?

—También, por supuesto; sigo la actuación del team de mi país en el certamen.

—¿Qué país? —replicó sobresaltado el gordo.

El Landgrave condescendió a mirarlo.

—¿Qué país? La Alemania en la que yo sigo creyendo, por supuesto.

El calvo volvió a secarse la transpiración de la frente.

—¿Cómo sabe que era aficionado al ajedrez? —farfulló.

—Prácticamente lo sabemos todo sobre usted —dijo el otro con naturalidad.

—Ah, bien, de modo que han tomado suficientes precauciones.

—¿Pensó que habríamos venido así, a la primera convocatoria, sin informarnos antes?

—Hum —carraspeó el gordo—. No deja de ser un disparate que me hayan citado aquí; esto debe estar repleto de miembros del bureau político. El interés por el ajedrez se considera algo así como una prueba indispensable de eficiencia.

—Piense un poco —casi sonrieron tranquilamente las tajadas mandíbulas de águila—. Un suceso internacional como este, ¿no lo ve así? Turistas y aficionados que vienen de toda Europa y de otros continentes… ¿Qué manera más simple y menos sospechosa de efectuar el contacto?

—Ya, ya —acordó el obeso dubitativamente.

La pértiga se enderezó y descolgó dos piezas de las negras:

4.… 0-0

—¿Qué clase de juego es ese? —exclamó ahora el hombre de aspecto de oso—. Las negras no hacen más que defenderse.

El cernícalo dio dos leves golpecitos rítmicos sobre el cenicero para librarse de la ceniza del tabaco.

—Tiempo al tiempo —dijo—. Esto no ha hecho más que comenzar.

—¿De dónde viene usted? —inquirió el gordo.

—De la República Federal.

—Eso ya lo sé. ¿De Bonn?

—Destacado en Berlín.

El oso pareció rumiar la respuesta.

—¿Cuál es su cargo? —Averiguó.

—Digamos que algo muy semejante al suyo —el hombre aflojó el cuello de la camisa a cuadros—. Los dos somos funcionarios del gobierno —agregó crípticamente.

—¿Servicios de seguridad?

—Llámelo así; tanto usted como yo nos ocupamos de la seguridad de Alemania, ¿no es eso?

—¿Qué duda cabe? —Transó el de la calvicie entrecana. Aspiró con fruición una honda fumarada de tabaco inglés—. De una sola Alemania —concluyó.

—Precisamente —dijo el otro.

Las blancas avanzaron un peón.

5. P5R

—Lanzándose a fondo —dijo el teutón occidental como único comentario.

—¿Qué haría usted en su lugar? —propuso el gordo.

—Veamos qué hace Bobby.

La respuesta no demoró en llegar

5.… C1R

—Un caballo que va en busca de su pienso al establo —rio el gordo estrepitosamente, tirándose contra el respaldo de la butaca.

El de los rasgos afilados extinguió minuciosamente el cigarrillo en el centro del cenicero.

—Vayamos a lo nuestro —planteó lacónicamente—. ¿Cuál es su proposición?

El calvo aspiró cavilosamente su Dunhill, como si la respuesta se hallara en esa sobredosis de buen tabaco inglés.

—Quiero poner mis condiciones —estableció—. Necesito una cobertura completa.

El otro asintió con un imperceptible movimiento de cabeza.

Letelier jugó:

6. P4A

—Ante todo —prosiguió el de estival apariencia de oso—. Pasaje inmediato a la República Federal; quiero medios seguros y protección. Y luego, algo un poco más alejado, preferentemente los Estados Unidos.

—Lo dábamos por descontado —concedió el hombre de fibrosas muñecas donde tictaba el Rolex—. Pero eso requiere algún tiempo, hay que planear muy bien las cosas.

—Yo tengo el plan —dijo el gordo—. Incluso el momento preciso, muy pronto. No tienen más que proporcionarme la ayuda necesaria; lo demás es relativamente sencillo.

—¿A cambio de qué?

El gordo apagó a su vez el cigarrillo; la piel continuaba bañada en sudor; recurrió una vez más a su pañuelo y lo deslizó por la rala pelambre de su reluciente calvicie.

—Red de espionaje —musitó—. Infiltraciones en la esfera del gobierno de Bonn; principalmente en los sectores dirigentes de la Social Democracia.

—Eso ya lo sabemos —dijo el otro.

—Nombres. Yo ofrezco nombres y contactos; también los procedimientos en uso, claves y códigos.

—Puede interesarnos —dijo el ave de rapiña, aunque la actitud seguía siendo hasta cierto punto reluctante.

—Hay algo más —prosiguió el intérlope del traje color crema—. Quiero casa, dinero en efectivo y una renta vitalicia.

—¿Cuánto dinero? —preguntó el otro.

—Cien mil dólares.

Se produjo un demorado silencio.

—Podría ser —acordó por fin el hombre longilíneo—. No puedo darte la respuesta ahora; para una suma así, necesito consultarlo. —Reparó en algo más—: ¿Y sus familiares?

—No me preocupan —declaró el obeso.

Una figura se desplazó en el tablero mural y ocupó un nuevo escaque:

6…. P3D

—Ahí viene el contragolpe de las negras —dijo el de rasgos rapaces.

El gordo ya no parecía interesado en la partida.

—¿Cuándo me dará la respuesta? —interrogó.

El cernícalo se echó hacia adelante en el asiento y los ojos cetrinos parecieron relampaguear cuando los fijó en el hombre que estaba sentado a la derecha del obeso.

—¿Escuchó la propuesta? —consultó.

El aludido inclinó dos veces la cabeza. Era un individuo de unos treinta y cinco años, de complexión atlética; el pelo muy rubio, de un descolorido ceniza, había sido cortado casi al ras, lo que le daba el inconfundible aspecto de un mormón. La tez era igualmente pálida. Vestía un impecable traje de piel de tiburón color marengo, camisa blanca y corbata lisa gris plomo.

—One hundred thousand is a lot of money —advirtió. Luego prosiguió en un alemán muy bien aprendido, con un ligero acento que un buen oído del país seguramente hubiese detectado—. Necesitamos ciertas garantías.

El de apariencia de oso echó sus poderosos hombros hacia atrás y se dirigió en tono desolado a su vecino de la izquierda: —Entendí que estaba aquí solo para escuchar —acezó—, pero ahora resulta que hasta habla un alemán académico.

El gerifalte se limitó a sonreír. Impotente, el gordo se volvió hacia su nuevo

interlocutor y estudió el rostro deslavado por espacio de algunos instantes.

—¿Qué clase de garantías quiere? —exhaló por fin con la misma resignación sumisa.

Las blancas efectuaron una nueva jugada.

7. A3R

—Confianza —dijo el americano—. Tenemos que confiar en usted.

El hombre del traje claro (pese a los deslices de otras temporadas) se dejó caer pesadamente contra el respaldo; una mano se dirigió a la frente y rastrilló la rala pelambre cenicienta.

—Me estoy entregando completamente en manos de quienesquiera sean ustedes —murmuró consternado—. ¿Qué más pueden pedir?

Un rumor de asombro se esparció por todo el salón; Fischer acababa de efectuar la primera descarga eléctrica de la partida.

7…. P4AD

—Las negras entregan un peón —consignó el individuo leptosomático—. Bobby solo se interesa en la caza mayor.

El gordo levantó la mirada y estudió la disposición de las piezas en el tablero mural.

—No respondió a mi pregunta —señaló.

El otro palpó el bolsillo de su camisa.

—Había olvidado que le cedí mis cigarrillos —dijo.

Titubeante y nerviosa, una mano del fenotipo pícnico buceó en el fondo de la chaqueta y extrajo la caja de los Dunhill; se la alargó al dómine de facciones aquilinas.

—Fume y permanezca tranquilo —aconsejó este—. Esta partida durará todavía tres o cuatro horas.

El calvo se llevó el cigarro a la boca con pulso aún tembloroso. Sus gestos eran desmañados y torpes. El otro hizo chasquear su encendedor de oro. El jugador que conducía las blancas consumó un movimiento en el tablero y el ujier se apresuró a desplazar dos pieza.

8. PDxP

Otra vez hubo un galvánico murmullo que recorrió la sala. El gordo aspiró con fervor una densa bocanada; la atmósfera del recinto ya estaba espesándose con el humo de las innumerables fumarolas.

—Cristo, no voy a permanecer cuatro, tres ni dos horas en este lugar —dijo el plantígrado sin dirigirse a nadie, como dirimiendo una disputa consigo mismo—. No quiero riesgos inútiles; liquidemos los preliminares de este asunto cuanto antes.

—No sea tonto —masculló el de semblante de ave carnicera—. Usted vino aquí a presenciar la partida, no se permita una maniobra en falso. Tiene que quedarse hasta el final.

La pértiga se enderezó contra el muro del fondo y determinó:

8…. C3AD

—No tiene ninguna prisa por recuperar el peón entregado —observó el Landgrave—. Ahora comienza a presionar sobre el centro.

—Escuche —dijo el gordo con renovada determinación—. No importa

cuánto dure esta partida ni lo que yo haga o deje de hacer; soy dueño de mis actos; quiero respuestas concretas e inmediatas. De otro modo me retiro del juego.

—Usted ya está demasiado metido en el juego —replicó el otro—. Ahora no puede abandonar.

—No hay prueba ninguna —refutó el gordo—. Ni un miserable trozo de papel escrito por mi mano.

El americano se había inclinado hacia la izquierda y seguía con oído atento el diálogo entablado a su costado. Aunque el bulto del hombre de traje color crema era el de mayor volumen, en cierto modo se veía comprimido entre sus dos vecinos. Desde esa incómoda posición, repitió el gesto maquinal de mesarse los pocos pelos de la calvicie branquicéfala; dejó un reguero de cenizas en el aire.

—¿Por qué trajo al americano con usted? —masculló, volviendo al mismo sonsonete—. No me gusta trabajar con esa gente.

—¿No desea radicarse en los Estados Unidos? —reconvino el cernícalo.

—Es otra cosa; simples razones de seguridad.

—¿Solo seguridad? —Había un dejo burlón en el otro—. ¿No le interesa para nada el confort?

—Oh, el confort —titubeó el hombre obeso a manera de un eco distraído—. Vamos, para serle franco, me atraen otras cosas aparte del confort. Siento un poco de curiosidad por enterarme cómo se diversifican las necesidades del consumo cuando la producción industrial se acerca al punto crítico de saturación del mercado. Toda esa nueva línea de expansión de la industria occidental: la pornografía, los estímulos sexuales, la droga; incluso los nuevos psicofármacos, los tranquilizantes y el desarrollo de la petroquímica. Contaminación ambiental y cerebral. Pero eso es parte de mi espíritu investigador, solo eso.

Las comisuras del leptosomático se contrajeron para reprimir una sonrisa mordaz.

—No necesita ir tan lejos para ese tipo de investigación; basta con cruzar el borde.

—Tal vez, pero los americanos ofrecen un futuro más prometedor.

—Pues ellos son los que toman la decisión final en esto.

—¿La CIA? —inquirió el gordo.

El rostro con un acusado prognatismo asintió levemente.

—Vaya. ¿Y qué se hizo de nuestro indoblegable espíritu de autonomía germánica? ¿Qué se hizo de Arminio y de la victoria de la selva de Teutberg? ¿Dónde han quedado Goethe y el Sturm und Drang? —Poetizó el hombre rollizo con arrebato lírico—. ¿También del otro lado del borde se vendió la soberanía por un plato de lentejas?

—Todo eso fue demolido en el cuarenta y cinco —dictaminó el Landgrave.

Hubo una nueva conmoción en el olvidado tablero del fondo:

9. PAxP

Después de su enajenamiento fáustico, el gordo pareció resignarse y se revolvió, inquieto, en su butaca.

—¿Qué prueba de confianza desean? —Auscultó vagamente—. No puedo pasar ninguna información hasta estar del otro lado: completamente seguro.

—Tendrá que correr algún riesgo —dijo el teutón occidental.

—Ya estoy corriendo más riesgos de los que aconseja la prudencia.

El americano seguía atentamente la conversación.

—Queremos que trabaje un tiempo para nosotros —anunció. El oso volteó el rostro con un movimiento fulminante: —¿Aquí?

La pértiga abatió un peón de las blancas y el murmullo silenció su gruñido:

9…. PxP

—Aquí —confirmó el americano.

El gordo se reclinó sobre sus muslos, con la mirada fija en la mesa donde se libraba el combate.

—Imposible —musitó—. Completamente imposible.

—Note que Fischer comienza a demoler el centro de las blancas —dijo el individuo de afilado perfil carnicero.

—Lo que ustedes proponen es un suicidio —aseveró el calvo—. Imposible, absolutamente. En ningún momento consideré esa posibilidad.

—Tendrá que considerarla ahora —interceptó el americano—. Usted esperaba que las cosas resultaran demasiado fáciles.

—¿Fáciles? —conduplicó el fenotipo pícnico—. Quisiera saber qué entienden ustedes allá por eso. ¿Tiene una idea de lo que puede ocurrirme por el solo hecho de que trascienda esta conversación? No tendrá la menor importancia que no les haya suministrado ningún dato.

—Usted sabía lo que estaba haciendo —reiteró el leptosomático.

—Fue usted quien nos mandó llamar —corroboró el espécimen atlético con aspecto mormón.

El tablero vertical compuso la nueva posición de la partida:

10. C4R

—Información —propuso el hombre obeso—. Puedo proporcionar gran cantidad de información, pero solo cuando me hayan llevado al otro lado de la línea.

—Letelier quisiera obtener el cambio de damas —analizó impasible el

Landgrave—, aun a costa de la devolución del peón que lleva de ventaja.

Rubicundo y sudoroso, el gordo echó mano una vez más a su pañuelo.

—¿Cómo podemos saber que procede de buena fe? —Ergotizó en su alemán atiplado de levísimo acento el mormón—. La información que usted nos dé puede servir o no, pero para ese entonces ya estará fuera del país.

—Soy un funcionario importante —arguyó el calvo secándose el rostro que perseveraba en una copiosa exudación—, por lo tanto, estoy actuando con absoluta mala fe. Mala fe para con el gobierno que me confió el cargo que desempeño, aunque no para el destino de Alemania. Con la publicidad que harán con eso ya tendrán compensación más que suficiente.

—Usted bebe demasiada cerveza —previno el teutón occidental—. Son excesivas calorías para un verano como este.

El americano volvió a desplazar el eje de la vertical hacia su izquierda.

—Esto es algo más que una cuestión de publicidad —precisó—. Usted podría ser parte de una maniobra.

—¿Una maniobra? —profirió el de vientre voluminoso con suficiente indignación como para olvidarse de controlar el tono de su voz—. ¿A qué clase de maniobra se refiere? Me asomé hasta el borde del precipicio; ahora lo que ustedes quieren es que me tire de cabeza sin más ni más en él.

—Mantenga la calma —recomendó el de fisonomía rapaz. Luego agregó en un susurro apenas audible—: El americano lo está sondeando, ¿comprende?

El gordo sujetó las patillas de sus lentes. A varios metros de distancia, el ujier maniobró una vez más en el tablero: 10…. A4A

—Eso es para que el caballo en 4R tome una decisión —barruntó el individuo de mirar amarillento aspirando reflexivamente el aroma del Dunhill—. Ahora la iniciativa es de las negras; Fischer comienza a desplegar toda su agresividad.

Colérico e irresoluto, el ejemplar plantígrado se enderezó en el asiento y revisó los bolsillos del saco. Luego abrochó el botón superior y controló el nudo de la corbata.

—Tengo que meditar algo más todo esto —mascculló con repentina y poco menos que gozosa decisión—. Ustedes me toman desprevenido; debemos fijar otro encuentro, para reflexionar.

—Ya es demasiado tarde para eso —dijo el hombre cetrino.

—No veo que sea tan tarde —rebatió el otro—. El torneo no finaliza hoy; arreglaremos otro encuentro, aquí mismo, para la partida de mañana.

—Usted nos toma por imbéciles —dijo el americano.

Sin causa aparente, se llevó la mano a la frente, colocándola plana, en forma de visera. Súbitamente, uno de los fotógrafos que se hallaban en la sala avanzó hasta el borde de la platea y detonó un fogonazo con su cámara. A medias incorporado, el gordo intento tardíamente cubrirse el rostro con un zarpazo ágil.

—Este encuentro acaba de ser documentado —dijo el hombre de la CIA—. Supongo que no creerá oportuno marcharse en estas circunstancias.

El individuo obeso parecía sacudido por una conmoción interior. Trató de seguir con una mirada al fotógrafo indiscreto, que volvió presuroso las espaldas y se disolvió entre el maremágnum de cronistas aburridos y sin mucho que hacer en el rincón destinado a la prensa.

—Solo buscaba un poco de saludable libertad occidental; una atmósfera de oxígeno democrático para asegurarme una vejez sin alteraciones coronarias. Y en cambio, ahora… —balbuceante, el osuno acabó desmoronándose en el asiento—. Tal vez ustedes entiendan de este modo el fair play. Yo pretendía jugar limpio.

—Se encuadra perfectamente en las reglas del juego —estipuló el hombre de tensa nervadura acerada.

El calvo movía resignado o desesperado la cabeza.

—Debo reconocer que todavía no hemos desarrollado tantas variantes en nuestras propias reglas como ustedes —suspiró—. Es culpa del monótono y desabrido estilo de vida socialista.

—Vamos, vamos —impugnó sonriente el germano occidental.

Un caballo brincó en el muro del fondo:

11. C3C

El hombre del traje color crema se revolvió incómodo en la butaca; sus gestos seguían transmitiendo un contrariado sometimiento.

—Muy bien —dijo después de una pausa en la que nadie habló—. Si se me permite hacer una sinopsis de la situación, todos estamos ahora documentados. Alguien examinará esa fotografía uno de estos días y se preguntará con legítima perplejidad cartesiana: ¿quién contactó a quién? Y eso bien podía desencadenar una explosión de dudas metodológicas en los servicios de inteligencia de acá y de la otra parte del mundo. ¿Resulta una hipótesis más o menos plausible?

El rostro del americano delineó algo que simuló ser una plácida sonrisa.

—Usted está mal encaminado —hizo constar superficialmente—. Esa placa pertenece a nuestros archivos. Nadie va a poner en duda lo que eso significa.

—Vi algo que no me gustaba en la nariz de ese fotógrafo —dijo el gordo—. Alguien va a rodar pronto de su puesto, si es que ustedes pudieron introducirlo tan fácilmente aquí, pero así están las cosas —una de sus manos desapareció fugazmente en la chaqueta y regresó de alguna parte con una tableta de chocolate Cadbury—. Comience a hablar —agregó—, soy todo oídos.

Las negras replicaron:

11…. A3R

—Fischer retira el alfil para no comprometer su enroque —hizo notar el sujeto con traza de ave de rapiña.

El gordo desenmarañó el papel de estaño con una operación apurada y neurótica y engulló un trozo de chocolate. El otro se volvió a observarle.

—Pero ese es un producto capitalista —censuró con acento mordaz, fijándose en el envoltorio violeta.

—Las blancas tienen un mejor desarrollo —repuso impertérrito el calvo; con una voraz aducción del brazo se llevó otro pedazo de chocolate a la boca—. Si juegan correctamente pueden mantener su ventaja posicional.

—¿Y la defensa? —objetó el primero—. La diagonal 1C-7T del enroque no tiene más custodia que un alfil que puede ser barrido en cualquier momento.

El plantígrado se encogió de hombros con filosófica indiferencia y resolvió guardarse lo que quedaba de la tableta. A su derecha, el pálido mormón osciló algunos grados hacia el gordo para entrar nuevamente en el juego.

—Queremos que usted continúe en sus funciones durante algún tiempo —cuchicheó—. Arreglaremos un medio seguro para mantenernos en contacto; usted nos suministrará cierta cantidad de información y nosotros la verificaremos.

—¿Por cuánto tiempo? —indagó el espécimen osuno—. Tenemos un terminus a quo; pongamos ahora un terminus a quem.

El mormón lo estudió con aire de estar descifrando una clave:

—Eso no lo resuelvo yo —dijo por fin—. Tal vez seis meses, tal vez un año. Hasta que estemos bien convencidos de sus intenciones.

El pícnico se echó hacia atrás, esparrancándose e hinchando el voluminoso plexo de modo que todos los soportes de la butaca rechinaron a un tiempo.

—Seis meses —repitió con estoica resignación—. Suficiente para que me decapiten.

—Se extremarán las precauciones —prometió el de la CIA.

El hombre obeso había dejado de transpirar; se restregó la barbilla un par de veces y levantó la mirada distraída hacia la sala donde los dos contrincantes seguían enfrascados en su mortal y silencioso enfrentamiento. La pértiga acicateó a otra cabalgadura.

12. C3A

—Las blancas continúan su desarrollo natural —comprobó el gordo mientras sus carrillos se esforzaban succionando las últimas partículas de chocolate—. Quisiera saber qué se hizo de la agresividad de ese muchachito de evolución precoz. Pólvora mojada.

El teutón de blonda cabellera de Yardley se inclinó hacia adelante; manipulaba el cigarrillo entre su dedos con gran delicadeza, convirtiendo el acto de fumar en una operación elegante y sofisticada.

—Usted saca conclusiones demasiado apresuradas —ponderó—. No es recomendable para alguien que ocupa un cargo tan delicado como el suyo.

—Tengo experiencia —dijo el obeso—. Son posiciones conocidas.

—Pero hay que volver a analizarlas otra vez.

—No vale la pena cuando otros ya lo hicieron por usted. Hay recetas probadas; yo también analizo, pero sobre la base de fórmulas empíricas. Por lo menos en el ajedrez.

—Todo es una gran partida de ajedrez —murmuró el otro.

Dejó en suspenso la frase, como si hubiera sentado una innegable premisa filosófica. El gordo ajustó el nasal de sus lentes contra la escotadura front0-0rbitaria.

—Ah, sí, Reti —evocó—. En la idea del ajedrez y en el desarrollo de la mente ajedrecística hay un cuadro de la lucha intelectual de la humanidad. ¿Era eso lo que tenía en mente? Retórica del siglo diecinueve.

—Prefiero otras interpretaciones —dijo el espécimen de cetrería.

—¿Cuáles?

—Lasker, por ejemplo: la atracción o el instinto primario y elemental del

hombre por la lucha.

—¿La sobrevivencia?

—La lucha, pura y simple.

—Esas no son más que incursiones psicoanalíticas —desechó el ejemplar obeso—. Fine, Reuben Fine, que terminó consagrándose a la psiquiatría, ensayó una aproximación freudiana: el complejo edípico por el cual cada individuo busca asesinar a su padre, más tarde o más pronto; en eso estaba la gran fascinación del ajedrez. Por lo tanto, las mujeres estarían descartadas si practican el juego, inevitablemente se concentrarán en cómo eliminar la dama.

El gerifalte tajeó un sonrisa.

—Pero aquí se trata de derribar a la monarquía —arguyó.

—A cambio de otra —objetó el gordo—. Siempre es un rey el que se impone.

El contrapunto metafísico prosiguió en el otro extremo de la sala.

12.… D2A

—Para evitar el cambio de damas en caso de resolverse a tomar el peón —dedujo el hombre corpulento, parapetado detrás de la gafas oscuras—. Las blancas todavía conservan su ventaja.

—¿Por cuánto tiempo? —aventuró el de facciones aquilinas—. La dama refuerza ahora la diagonal 1C-7T; el centro de las blancas es un tembladeral.

Ansiosamente, las manos del obeso hurgaron en busca de la caja de Dunhill. Entubó un cigarrillo entre los labios contraídos, mordiendo escépticamente el ataque de las negras.

—¿Quiere? —Alargó a su vecino el extremo de un filtro dorado que se asomaba cautelosamente del estuche rojo.

—Estoy fumando todavía —repuso el Landgrave; extrajo el encendedor y le ofreció lumbre.

El calvo aspiró voluptuosamente, y hubo una larga fumarada que contribuyó significativamente a la poluida atmósfera del salón.

—Supongo que debe haber una cantina o algo que se le parezca en un lugar tan poblado como este —conjeturó—, un sitio donde despacharse una buena cerveza.

El de ojos cetrinos intercambió una centelleante mirada con el americano.

—No nos movamos de aquí —dijo el mormón—. Ningún movimiento que llame la atención sobre nosotros.

—¡Diablos! —El gordo no pudo contenerse—. ¿Ahora se preocupa de no llamar la atención? Esto comenzó siendo una reunión en la cumbre y ahora se está convirtiendo en un secuestro. Uno debe tener derecho a una saludable cerveza después o en medio de un trance como este. Es una arraigada tradición germánica. Permítanme, señores —epilogó incorporándose.

—Yo que usted no me apartaría de aquí —exhortó el dómine en voz baja; el tono no era amenazador, pero sonó como una fulminante advertencia.

El gordo se dejó caer sobre el asiento.

—Recuerde que ya tenemos esa placa —dijo el americano—. No nos obligue a actuar con demasiada descortesía. Usted es ahora uno de nosotros.

El gordo pareció rumiar por cierto tiempo esa imprevista situación. Desde atrás de los cristales oscuros, los vivaces ojillos de cerdo escudriñaron el torbellino de la sala.

—¿Dónde diantres se desintegró su cameraman? —expelió.

El americano sonrió. Las blancas reanudaron la lucha:

13. D1C

consignó el ujier en el tablero vertical.

Se produjo un murmullo sofocado de probable desconcierto entre las graderías.

—¿Con qué objeto? —exclamó al parecer sin poder contenerse el hombre de las manos nervudas, al tiempo que aplastaba con escasa consideración por lo menos veinte peniques de buen tabaco inglés.

El gordo observó sin inmutarse:

—Una extraña jugada. Había mejores maneras de proteger el peón en 2C.

—Las blancas no tienen un plan claro —dictaminó el primero—. Note el atraso que llevan al no haber enrocado a tiempo; la diagonal 5T-1R es una verdadera fisura en la defensa; también el peón en 4D es débil.

El fenotipo pícnico echó un par de pitadas.

—No comprendo sus temores —masculló sesgándose apenas hacia el americano—. Nos vamos a separar al fin de la partida, de todos modos; imagine lo que puede pasar cuando experimente necesidades más apremiantes; ocurrirá de un momento a otro.

—Reprímalas —previno el albino—. Usted todavía no nos ha dado una respuesta clara.

—¿Le parece que hace falta una respuesta? —bramó el gordo—. Ustedes me han cazado en una trampa; estoy completamente en las benditas manos de la CIA y de la providencia federal.

—Fue usted el que se nos ofreció —creyó oportuno dejar sentado el otro—, nadie fue a proponerle nada; tomó esta iniciativa por propia voluntad.

El hombre del avío color crema se desplomó contra el respaldo.

—Ya lo sé —concedió—, no me lo recuerde —pareció transportarse en un nirvana mental mientras la vista seguía clavada en la partida—. ¿Dónde aprendió a hablar el alemán? —prosiguió desatinadamente—. Su pronunciación es casi perfecta.

El hombre de tez pálida no contestó.

—Más bárbara que bávara —apotegmizó el gordo—. Me imagino que es parte de la preparación altamente especializada que reciben en su profesión —se volvió para escudriñarlo de frente—. Usted es demasiado joven para ser un veterano de guerra. Experto en cuestiones alemanas, ¿eh? ¿También tuvo que leer a Tácito?

—Demasiadas preguntas —resolvió el otro.

—Cornelio Tácito —peroró impertérrito el gordo—. Nacido alrededor del 55, muerto en el 116 después de su señor Jesucristo; fue pretor, cónsul y luego gobernador de la provincia de Asia; no creo que le hubiese aportado ningún conocimiento útil, pero fue el primero que escribió la historia de Germania.

El individuo de tez de porcelana de Meissen le miró con apenas disimulado menosprecio.

—Es bueno que nos conozcamos un poco si vamos a colaborar en el futuro —prosiguió el espécimen obeso.

—Usted no tendrá ningún contacto conmigo —especificó el mormón—. Esta única vez; después trabajará con su coterráneo, si puede considerarse así.

—Una, unida e indivisa —canturreó el calvo de mejor humor; luego pareció recobrar su espíritu pragmático—. Ya veo cómo son las cosas —dijo—. ¿Qué le parece si hablamos en términos más positivos? ¿Qué compensación voy a recibir a cambio de esos meses o ese año de servicio in situ?

—Le iremos adelantando parte de su prima, ¿está de acuerdo? —replicó el americano—. No puedo asegurarle que llegue a los cien mil dólares, pero en todo caso será una suma substancial.

—Servirá para cubrir los gastos de mi funeral —suspiró el braquicéfalo.

Hubo una breve escaramuza en el campo de batalla.

13…. PxP

—Ah, vamos, el adolescente se decidió al fin por la caza menor —chanceó el hombre apoltronado en su butaca, en apariencia avenido a guardar su forzado

reposo.

—Era un peón que ya estaba condenado hace tiempo —dijo el individuo a su izquierda—. Las blancas no tenían manera de protegerlo.

—Quisiera saber si Fischer analizó suficientemente la jugada anterior —interpuso el primero—. Esa corrida de la dama a 1C es una incógnita. A menos que no sea una mera jugada defensiva y se proponga atacar el enroque del negro.

—No veo cómo.

—Avanzando el peón de alfil rey —sugirió el gordo.

El báculo consumó el vaticinio.

14. P5AR

—¿No se lo dije? —remarcó el de los anteojos oscuros con una sonrisa de satisfacción—. Este rey enfianquetado va a tener algunos sobresaltos.

El sujeto de rasgos de cernícalo se inclinó hacia adelante y cruzó los brazos sobre sus muslos; un aguzado perfil acechando su presa.

—Ahora podría aceptar un cigarrillo —profirió.

El calvo hundió una mano regordeta y sacó a relucir la cuadrada petaca de los Dunhill. Las negras replicaron: 14…. P5R

Resonaron ininteligibles comentarios y exclamaciones aisladas en la sala.

—Eso es lo que yo entiendo por agresividad —pregonó el espécimen dolicocéfalo, demorándose en encender el cigarrillo.

—Las blancas tomarán el alfil y conservarán la iniciativa —blasonó el de efigie de oso.

—¿Cree que Bobby no habrá considerado eso?

—Tal vez. ¿Insinúa que tiene una combinación en mente?

—Debe tenerla. Una de sus clásicas celadas —respondió el halcón agazapado.

Sin prolegómenos, se inició la masacre:

15. PxA

—Si hay tal celada, no veo que a las blancas les haya quitado el sueño —determinó el gordo mordiéndose escépticamente el labio superior.

La hecatombe prosiguió en el tablero.

15…. PxC

—No había que meditar demasiado para resolver eso —comentó con parsimonia el hombre obeso.

—Las negras aprovechan el retardo del blanco en enrocarse —insistió el longilíneo.

El calvo se restregó pensativo la boca.

—¿Cómo piesan hacerme llegar el dinero? —murmuró ladeándose hacia el americano.

Sin responder, el aludido extrajo un sobre oblongo y abultado del bolsillo interior de su chaqueta; pasando por alto al osuno, se lo extendió al Landgrave de rasgos de cernícalo, quien lo tomó sin mayor miramiento. Lo retuvo negligentemente en la mano, ponderó su peso, hubo una mínima señal de complicidad, quizás un rictus intencionadamente irónico en la comisura de los labios; luego, con la misma actitud displicente, imprimiéndole un leve impulso rotativo entre el pulgar y el índice, lo ofreció a su vecino de la derecha.

—Verifique el contenido —instó—. Si estoy bien informado, debe haber once billetes de cien dólares ahí dentro.

El gordo descargó un rápido zarpazo y se apoderó del sobre. Desde algún rincón no demasiado distante de la sala relampagueó el fusilazo de un flash.

—¿Qué fue eso? —Llegó a vociferar el pícnico en medio de un respingo.

—Eso fue nuestro fotógrafo operando con un teleobjetivo —explicó el americano.

El hombre obeso se inclinó en el respaldo.

—¿Y proyectan sacar una postal cada vez que se produzca un acontecimiento como este para guardarla como souvenir? —masculló agriamente.

El de tez pálida sonrió.

En el tablero mural, la lucha se aproximaba al exterminio.

16. PCxP

Con espasmos biliosos, el fenotipo pícnico hizo desaparecer el sobre en el interior de su saco.

—¿Por qué once billetes? —indagó al vacío—. ¿Es una cifra cabalística?

—¿No le parece suficiente? —replicó el gerifalte—. No es más que la primera entrega.

—Me inquietan los números impares —dijo el gordo—. Siempre dejan las cosas en suspenso.

El dómine se permitió sonreír.

—Las blancas debieran haber hecho peón por peón jaque, para ganar tiempo —monologó el gordo en su errabundo solipsismo.

—Fischer hubiera contestado TxP, protegiendo el peón en 6A y proyectando una pieza mayor al ataque —esti— puló el individuo delgado incursionando sin proponérselo en la divagación mental del otro. Se resolvió por fin a incinerar su cigarrillo.

El americano susurró una vez más al oído del calvo:

—Ese va a ser el procedimiento cada vez. Usted recibirá el sobre a través de su colega; él será su contacto.

—¿Dónde? —retornó el oso.

—¿Berlín? —sugirió el ente longilíneo aparentemente absorto en la partida—. Seguramente es el lugar más cómodo para los dos.

—¿Por qué no propone que nos encontremos debajo de la Puerta de Brandemburgo? —Impugnó el hombre corpulento catapultando el cigarrillo a medio consumir hacia el pasillo de la segunda fila.

—Sabía que usted era una persona con cierto sentido del humor —celebró el otro estirando, los labios en su estricta sonrisa.

Se produjeron exclamaciones varias y un parloteo confuso en el recinto cuando el tablero mural diseñó la nueva embestida de las negras: 16…. P4A

—¡Caramba! —prorrumpió el Landgrave—. ¡Rehusó el peón, pero compromete dos piezas de las blancas!

Por debajo de sus pobladas cejas en forma de abanico, el gordo lanzó una mirada escrutadora hacia el tablero; el semblante traslucía una rumiante ofuscación.

—¿Con qué frecuencia van a suministrarme el combustible? —barbotó, sin desviar la mirada de su pretextado objetivo.

El americano pestañeó y se quedó mirándole rígidamente, sin dar muestras de haberle comprendido.

—Esto —explicó el calvo, dando dos golpecitos rápidos con la yema de sus dedos en el sobre que abultaba por debajo de la chaqueta.

—Ah, bien —reaccionó el mormón—. Cada vez que usted nos preste un servicio satisfactorio.

—Es lo más problemático de todo este negocio —repuso el gordo con acrimonia—. Ahora se ha complicado todo; yo les proponía algo muy simple: cruzaba la frontera y los surtía de información útil, después ustedes operaban. Sin grandes riesgos ni para unos ni para otros. Tal como ustedes lo planearon, esto se ha vuelto un suicidio colectivo. Tampoco ustedes tienen un seguro de indemnidad. ¿Cómo van a hacer para regresar sin problemas al otro lado del borde?

—No se preocupe por nosotros —contestó el hombre pálido—. Tomamos nuestras precauciones.

—Me preocupo por mí —comenzó a farfullar atropelladamente el otro—. Cualquier cosa que les ocurra a ustedes repercutirá inmediatamente sobre mi cabeza. ¿Tienen un auto para llegar a Hof?

—¿Por qué se le ocurre que vamos hacia Hof?

—¿En qué otro lugar podrían cruzar la línea?

El americano no contestó.

—¿Quizás Berlín? —insistió el gordo, pero tampoco esta vez hubo respuesta.

Desvalido, volvió su semblante de oso perplejo hacia el vecino de la izquierda.

—¿Cree que hicimos el viaje en un autobús de excursión? —divagó el Landgrave sumido en la tensa expectación de la partida.

—¿Y cómo vamos a establecer el contacto? —Impetró el hombre rollizo—. Por Dios, no piensen que me pondré a manipular un transmisor o cualquiera de esos artilugios de espionaje cinematográfico. Todo eso ya está fuera de uso; no sobrevivirá lo que un lirio en las estepas de Siberia.

—Ya estudiamos el mecanismo —dijo el hombre de la CIA—. Usted registrará su informe en un micrograbador. Luego nos hará llegar el tape. Instalaremos un buzón en Berlín.

—¿Berlín Oriental? —precisó sobresaltado el calvo.

—¿Por qué no? Su colaborador es alemán, reside en Berlín, puede pasar a la zona oriental sin problemas cada veinticuatro horas.

—Ah, vaya —dejó escapar el obeso—. Están decididos a emplear esa vía para todo. Temo que ustedes subestimen a nuestros servicios de inteligencia —se volvió hacía su congénere occidental—. Usted ya debe haber sido detectado hace tiempo —apostrofó—. Cada una de sus idas y venidas a través de la línea debe estar meticulosamente registrada en un catálogo no precisamente turístico. Debe saber a lo que se expone.

El rostro de cernícalo sonrió.

—Quizá todo sea mucho más sutil y complejo de lo que usted se imagina —murmuró sibilinamente—. ¿Por qué se empeña en querer saber tantas cosas?

—Tomo mis precauciones —respondió el otro.

—Cuanto más quiera saber, más comprometido se verá. Deje que nosotros tomemos todos los cuidados necesarios. Su trabajo es muy sencillo: limítese a seguir las instrucciones.

Un peón saltó a cubrir un hueco en las trincheras de las blancas.

17. P4A

—¡Instrucciones! —vociferó el gordo casi fuera de sí—. Muy bien; terminemos con esto de una vez o no respondo de mis nervios. Ustedes tienen la palabra. Yo creí que venía a vender algo y terminé comprando. ¿Qué instrucciones voy a recibir para terminar de hipotecarme por el resto de mi vulgar existencia?

—Tranquilícese —recomendó el individuo de tensa nervadura—. Las va a recibir antes de que finalice el espectáculo, pero no mucho antes. ¿Advirtió la jugada del blanco? Bloqueó el peón adversario para impedir la pérdida de una pieza, pero a costa del enroque; su defensa se ha desmoronado.

—Por favor, no hable de desmoronamientos —replicó el obeso. Volvió a

estudiar las piezas en el tablero mural—. Ese muchachito tiene duendes en la cabeza —justipreció.

Hubo una nueva movilización en las filas de las negras:

17…. C3A

—El caballo retorna a su casilla natural —señaló el leptosomático—. Pero ahora con intenciones de proyectarse al ataque.

El gordo continuaba embaído en sus propias ambigüedades. Se inclinó hacia su vecino de la derecha.

—¿Qué clase de informes quiere que grabe en esas cintas? —bisbisó—. Me temo que la mercadería que producen nuestras oficinas resulte un poco rutinaria para los intereses de una agencia especializada como la suya. Usted ignora cómo funcionan los organismos estatales en una democracia socialista; estamos a punto de sucumbir en una crisis de hiperdesarrollo burocrático.

El americano pareció meditar sobre el sentido de esa abstrusa retórica. Confuso, se restregó la mejilla un par de veces.

—Nombres —dijo por fin—. Nos interesan nombres, sobre todo. Quiénes fueron destacados en la República Federal para cumplir servicios especiales, como esa infiltración en la Social Democracia, por ejemplo. Y también en otros países del oeste, incluso en los Estados Unidos.

—No manejo un volumen tan grande de información —replicó el supuesto burócrata.

Una pieza se desplazó en diagonal en el tablero reproductor:

18. A2R

—¿A dónde va ese alfil? —prorrumpió el gordo sin poder evitar que lo

arrastrase el galvanizado tumulto a que daba lugar cada nuevo lance de la partida.

—Para evitar un mortífero salto del caballo a 5C —dijo el Landgrave taxativamente—. Y de paso liberar esa columna sobrecargada de piezas vulnerables.

El hombre enfundado en el traje color vainilla volteó la cabeza hacia su congénere.

—Nunca podré llegar a entenderme con los americanos —refunfuñó—. ¿Cómo se las ingenia usted? Estos individuos están condicionados por el esquema mental de Superman; hágale comprender que yo no soy más que un simple funcionario.

—No tan simple, si se trata de precisar bien sus funciones —replicó el gerifalte.

—¿Qué quiere que haga? —protestó el gordo con matiz quejumbroso—. Una cosa es transmitir todo lo que uno ha llegado a acumular en quince años de trabajo; eso puedo contarlo cómodamente en un par de horas y en el lugar adecuado; sería como liberar el peso de mi líbido en el diván del psicoanalista. Pero no todos los días se producen hechos de interés estratégico universal en nuestras oficinas.

El otro se volvió a contemplarle con una sonrisa si no cómplice en apariencia comprensiva, un duro y escrutador fulgor amarillento.

—No se acongoje inútilmente por anticipado —respondió—. Usted y yo trabajaremos juntos; soy tolerante y tengo métodos flexibles; será más fácil entendernos.

—Pero si es precisamente eso lo que intento hacerle comprender —insistió el gordo plañideramente—. En lo que a mí concierne, el trabajo que nos espera será muy poco, por no decir inexistente; su colega se expresa en términos muy abstractos, y parece haber depositado toda su fe en la electrónica o en el espionaje por correspondencia. Francamente, opino que está desorientado en cuanto a lo que yo puedo hacer. Usted, en cambio, es un hombre racional.

El longilineo lo miró sin contestar. La pértiga descolgó una maciza torre de las negras y la trasladó horizontalmente una casilla: 18…. TR1R

—Ahora Fischer amenaza tomar el peón y quedar dueño de una poderosa

columna —vislumbró el hombre delgado.

—¡Pero usted es un verdadero fanático del ajedrez! —exclamó el pícnico sin poder reprimirse. Luego se volvió a su vecino de la derecha—: Pertenezco a la especie del homo politicus —prosiguió en el mismo tono entre irascible y lacrimoso—. Puedo abarrotar las cintas de su micrograbador con toda la escoria de nuestro bureau político, y usted lo arrojará sin la más mínima vacilación y con todo el derecho del mundo al tarro de la basura. Sus intereses giran en la órbita de los servicios de inteligencia. Lo que necesita es un colaborador dentro de nuestros organismos secretos. Admita que se equivocó de hombre para hacer lo que usted o quienquiera haya sido planearon.

—Usted puede conseguirlo —insinuó lábilmente el americano.

El gordo lo observó perplejo.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que trata de sugerir? —barbotó.

—Que usted puede conseguir ese hombre, el indicado —dijo el de la CIA imperturbable.

El calvo se desplomó por enésima vez en el asiento, haciendo crujir lastimosamente el asiento. El Leipzig medieval apenas había sido apuntalado por el empuje reconstructor del socialismo.

—Eso está completamente fuera de nuestro convenio —balbuceó—. No sueñe que podrá utilizarme para nada parecido.

—¿Por qué no? —dijo el otro lacónicamente, con una torcida sonrisa suficiente.

El estado mayor de las blancas se hizo presente en el escenario de la refriega:

19. R2A

—El rey abandonó su trono —dijo el individuo de facciones de águila—. Esto se aproxima al final.

Los rayos del sol rasante del atardecer atravesaban los cristales de las anchas ventanas y proyectaban oblicuamente paralelogramos de luz ámbar contra un ángulo del techo. Había comenzado el zumbido de los tubos luminosos. Por primera vez en el curso del encuentro, el hombre obeso accedió a quitarse las gafas oscuras, y se frotó meticulosamente las sienes y las órbitas con el pañuelo. El rostro macerado y esférico exprimía gruesas gotas de transpiración. El americano se inclinó una vez más hacia él.

—Nosotros le proporcionaremos la ayuda necesaria —advirtió consoladoramente.

El gordo, aún tenso y contraído, dirigió un par de astutos ojillos de ratón hacia su interlocutor.

—Eso me llena de alegría —profesó—. ¿Qué clase de ayuda piensa darme? ¿Una soga para que me cuelgue cuando sea oportuno?

Las negras deglutieron un peón adversario:

19…. TxP

—Un nombre —continuó el hombre de nívea piel mormónica—. Una persona dispuesta a cooperar con usted.

El cráneo calvo y braquicéfalo giró bajo el impulso de un resorte.

—¿Alguien de nuestros servicios secretos? —indagó.

El americano asintió.

—Dios mío —jadeó el desconsolado burócrata—. ¿Por qué no operan directamente con él, en ese caso, y me dan luz verde para refugiarme en el oasis democrático cuanto antes? Retiro todas mis exigencias anteriores.

—Usted nos sigue siendo indispensable aquí, ¿comprende? —explicitó el individuo de la CIA—. Necesitamos un hombre dentro del aparato de Seguridad del Estado, y esa persona es usted; el enlace ideal entre nuestro agente y nosotros.

El plantígrado se repantigó en la butaca y desabrochó un botón de la

chaqueta.

—Ya, ya —suspiró—. Ahora veo a dónde quiere llegar. ¿Cómo sé que ese individuo no me denunciará y desbaratará todos sus planes?

—No hay ningún peligro —aseguró el otro—. Nosotros ya estamos en contacto con él; tenemos garantías.

—¿Las mismas que ahora tienen de mí?

—Aproximadamente —escamoteó el yanqui.

El gordo jadeó.

—La tortilla que yo venía a ofrecerles se ha dado vuelta —epitomó—. Ahora ustedes quieren montar una red de espionaje aquí adentro. Sea. Todo por la reconstrucción de Alemania.

El hombre de tez pálida sonrió.

—Veo que comienza a entender hacia dónde nos dirigimos —evaluó.

Reclamada, una pieza en el muro del fondo se encaminó a los aposentos reales.

20. T1R

—Para reforzar la columna más débil —determinó el Landgrave—. Sin embargo, si el negro entrega la calidad, el rey de las blancas se pescará un buen resfriado.

—Estoy por creer que usted vino hasta aquí nada más que para presenciar la partida —dijo acremente el espécimen osuno.

—¿Por qué no? —admitió el hombre delgado sin inmutarse—. Admiro los buenos espectáculos, y este es uno de ellos.

—¿Llama a esto espectáculo?

—Sin reservas. Dos inteligencias enfrentadas. Un espectáculo de la inteligencia —hizo chasquear dos dedos debajo de la barbilla de su vecino—. ¿Compartimos un nuevo cigarrillo?

El gordo sacó el estuche de los Dunhill.

—¿También usted fue jugador de torneo? —Averiguó.

—Nunca pasé de ser un buen aficionado —dijo el súbdito occidental.

—Tampoco Napoleón —reportó el oriental—. Y sin embargo construyó un imperio.

El hombre longilíneo apretó una sonrisa.

—Dicen que Carlomagno también —recordó—. Pero ahora no se trata de erigir un nuevo imperio, ¿verdad? Ni sacro ni mucho menos romano-germánico. Bastaría con la reunificación de Alemania.

—Discúlpeme si parezco obsesivo —susurró el calvo inclinándose discretamente hacia la izquierda—. ¿Pero por qué meter a los americanos en esto? Es una tarea que podemos realizar perfectamente por nuestra cuenta; hay káiseres y emperadores en nuestro pasado.

El germano de afiladas aristas se volvió a mirarle.

—En usted hay algo de xenófobo —masculló—. ¿Qué tiene contra los americanos? Ellos poseen los dólares y la bomba.

—Usted se reconcilia muy fácilmente con la historia. Alemania es una civilización, no un conglomerado de tribus bárbaras.

Irritado, el cernícalo clavó la mirada cetrina en el centro de la sala.

—Revise sus ideas sobre la gran nación germana —gruño—. Ahora son dos débiles pedazos. Frágiles e impotentes. Pero el gobierno federal está con Occidente, que es donde siempre estuvo Alemania. Usted se olvida de quién ha sido su enemigo histórico. Esta mitad de Alemania está en las zarpas de la URSS. ¿Cree que podríamos librarnos alguna vez de eso sin la ayuda de los americanos?

El individuo calvo abrió una boca lo suficientemente grande como para suponer que habría de producir una elocuente respuesta, pero obviamente cambió de idea en el transcurso de esa operación. La pértiga, maniobrando como el brazo de una grúa reducida en escala, movilizó una torre de las negras hacia el eje del tablero: 20…. T(1)1R

—En otras circunstancias —dijo por fin el gordo en tono quejumbroso, como si hubiese dilatado su respuesta hasta entonces—. Usted y yo podríamos haber discutido todo esto a fondo y con más calma; y como sospecho que usted es un hombre inteligente, eventualmente hubiésemos podido llegar a un acuerdo si no substancial, por lo menos sobre esa periferia de las cosas, lo que permite a dos individuos coexistir pacíficamente.

—Ya habrá otras circunstancias. —Por primera vez, el Landgrave pareció examinar a su interlocutor con algo más que un interés exclusivamente profesional—. Vamos a trabajar estrechamente juntos en el futuro.

El hombre corpulento volvió a hacer crujir las tablas de su asiento.

—¿Conoce usted aquel cuento manchú del viejo leñador que pasó trescientos años jugando al ajedrez con unos desconocidos en el claro del bosque, y luego volvió al lugar donde estuvo su cabaña pensando que era el mismo día? —evocó.

El consejero áulico volvió a observarle con renovada curiosidad.

—¿A qué viene esa historia? —indagó.

—Oh, nada más que una remota asociación —dijo el gordo—. El tiempo del ajedrez es anti-histórico; cualitativamente diferente al tiempo de la historia, algo que tiene que ver con el tiempo del mito y de la tragedia clásica, ¿no lo ve usted así?

—El caballero que se juega la vida en una partida de ajedrez con la muerte —recordó el otro—. Si se refiere a esa leyenda.

—La vida no —corrigió el gordo—. Más bien la salvación de su alma.

Una réplica espigada, elegante y bidimensional del alfil Staunton de las blancas ascendió una casilla en diagonal:

21. A3A

—Incluso no descarto que hubiésemos podido echarnos una buena partida de ajedrez de vez en cuando, con alguna jarra de cerveza entre medio, naturalmente —prosiguió el calvo con la misma ensoñadora divagación de antes.

El longilíneo sajó una nueva sonrisa.

—Las blancas eligieron proteger su alfil amenazado proponiendo el cambio de torres; por todos los medios buscan disminuir la presión en el centro —determinó.

El gordo se volvió hacia el americano.

—Esto no va a durar mucho tiempo más —advirtió—. ¿Cuándo me dará a conocer el nombre de esa persona que trabajará conmigo?

—Está en el sobre que tiene en su bolsillo —dijo el otro.

—¿Aquí? —El intérlope se llevó la mano con un brusco ademán instintivo al interior de la chaqueta.

—Contrólese —ordenó el americano—. No saque a relucir el sobre a menos que quiera otra instantánea para nuestros archivos. Tendrá que descifrar el código en su casa.

El calvo recompuso su gesto calmadamente. Acezante, aspiró una larga bocanada de tabaco.

—¿Cuál es el código? —gimió—. Esa mano no iba al sobre sino al corazón; ustedes se proponen eliminarme de un síncope.

—Anatómicamente, su corazón está a la izquierda y no a la derecha —dijo con perspicacia el americano—. Cálmese; para que nos sea útil tiene que conservarse con muy buena salud.

—El código —tornó el burócrata ansiosamente.

—La última cifra de los billetes que le hemos entregado —dijo el de la CIA—. En el orden en que se encuentran, comenzando por el dorso del sobre; cada cifra corresponde a la ubicación de una letra en el alfabeto. Las dos primeras son las iniciales; cambie el orden después de haberlos descifrado.

—Simple y eficaz —admitió el gordo—. Es la clase de técnicas que aprecio.

Se produjo una electrizante conmoción en la sala. El brazo de la grúa puso fuera de juego una pieza de las blancas y estibó en su lugar una negra: 21…. TxA!

—Estaba visto que Fischer sacrificaría la calidad más tarde o más pronto —verificó el individuo de los nervudos antebrazos cobrizos cruzándolos sobre las piernas—. Pero aparte de exponer al rey blanco a un paseo desagradable, no se ve claro el objeto de la combinación.

El gordo examinó cavilosamente el mural.

—Quizás usted no lo vea claro —dijo—. Ahora me parece completamente evidente la celada.

Las blancas jugaron obligadamente:

22. TxT

La respuesta del negro fue inmediata:

22…. TxT

Las blancas replicaron:

23. RxT

—¿Qué otra cosa le quedaba por hacer? —Barruntó el espécimen de rasgos de ave de rapiña.

Súbitamente, el rechoncho individuo enderezó su figura, poniendo de manifiesto todas las innumerables ajaduras de su traje veraniego. Gran parte del público que colmaba la sala también se había puesto de pie, presintiendo el inminente final de la partida. Dos cíclopes descomunales de la fila cuatro, sentados a las espaldas de los principales interlocutores del diálogo, se levantaron simultáneamente, y la insólita corpulencia de la pareja se cirnió como una sombra amenazadora sobre los tres primeros. El americano levantó la cabeza para mirar sorprendido a su vecino de la izquierda, y luego, sin poder evitarlo, a los dos mastodontes con incontestable traza de guardaespaldas de la fila de atrás. El perfil de cernícalo occidental también atisbó por encima del hombro. Fischer jugó: 20…. DxP!

—Herr Heinrich von Stein —propaló el hombre gordo y macerado encarándose inequívocamente al supuesto norteamericano—. Queda usted detenido en nombre del Gobierno de la República Democrática Alemana. Hacía meses que veníamos siguiendo sus actividades en Berlín Oriental, pese a su buena cobertura como representante de una firma exportadora americana. Solo nos faltaba el nombre de su inquilino en nuestras dependencias. Tuve el privilegio de pelear bajo el mando de su padre, el difunto coronel von Stein, durante la guerra —rememoró con ensoñación nostálgica—. Fue un digno descendiente de nuestro ilustre barón, un buen soldado, y odiaba tanto o más que muchos de nosotros al régimen nazi.

Dicho esto, el hombre del traje color crema se volvió hacia el individuo de rasgos de gerifalte. Lívido aunque impávido, este también se había erguido frente a su butaca.

—Y en cuanto a usted, Mr. David A. Hurbert, en vista de ser un ciudadano natural de los Estados Unidos, nación que mantiene… Hum… Cierto género de relaciones comerciales y diplomáticas con nuestro gobierno, será conducido hasta la frontera de la República Federal y entregado a las autoridades, para que ellos dispongan si le permiten seguir residiendo en Frankfurt, como hasta ahora, o lo obligan a retornar a su país. En medio de todo, fue un gusto conocerlo, pero la agencia para la que usted opera es presencia non grata para nuestro gobierno.

El hombre gordo se ajustó el nudo de la corbata, abrochó el botón superior de la chaqueta, y se alejó con pasos cortos y atropellados por el pasillo. Los dos gigantes de la fila cuatro esposaban las muñecas del norteamericano y del súbdito de Alemania Occidental.

Las blancas abandonaron la partida.

Letelier — Fischer
Leipzig, 1960



l norteamericano Bobby Fischer (1943) es todavía, para buena parte de los aficionados, el mejor jugador de todos los tiempos. El talento natural del ajedrecista de Chicago, su estilo directo y ambición, su excepcional capacidad de trabajo, su impacto en los medios de comunicación y sus no pocas excentricidades cautivaron al gran público y relanzaron el juego en los cinco continentes durante los años sesenta y principios de los setenta. Destacó ya como niño prodigio y ganó el campeonato nacional siete veces entre los años 1958 y 1967, el primero a los catorce años de edad. Obtuvo el título de campeón del mundo en 1972 al destronar en Reykjavik a Spassky, en un duelo publicitado como la lucha entre el representante de Occidente contra el bloque soviético, que retenía el título desde el final de la Segunda Guerra Mundial. No disputó ningún torneo oficial después de ese éxito y su corona pasó en 1975 al también soviético Karpov, al no aceptar la federación internacional sus condiciones para la defensa del título. Reapareció en 1992, cuando protagonizó un encuentro amistoso en Yugoslavia contra Spassky, su rival en aquel Match del Siglo, desoyendo diversas resoluciones de la ONU y el embargo decretado sobre el país por las autoridades norteamericanas. Fischer desapareció nuevamente de escena hasta 2005, año en que adquirió la nacionalidad islandesa cuando se tramitaba en Japón su deportación a los Estados Unidos.

Un buen ejemplo de su talento combinativo lo tenemos en la partida que le enfrentó en 1960 a Letelier en la Olimpiada de ajedrez de Leipzig, competición conquistada con autoridad por la Unión Soviética por delante de los Estados Unidos y Yugoslavia. Los protagonistas del relato de espionaje que vamos a ilustrar airean sus intrigas mientras asisten como espectadores al juego del futuro campeón del mundo contra el fuerte maestro internacional chileno. René Letelier

(1915), patriarca del ajedrez de su país, consiguió ganar el campeonato nacional en cinco ocasiones y representó a su selección en diversas Olimpiadas.

1.d4 Cf6 2.c4

Los espectadores comentan en este punto la defensa Grünfeld empleada por Fischer contra Donald Byrne. Se trata de una bella producción del joven norteamericano que, en algunas publicaciones dedicadas al juego del niño prodigio, fue bautizada como la Partida del Siglo. Por su interés y plasticidad, transcribimos a continuación el desarrollo de la partida Byrne-Fischer (New York, 1956): 1.Cf3 Cf6 2.c4 g6 3.Cc3 Ag7 4.d4 0-0 5.Af4 d5 6.Db3 dxc4 7.Dxc4 c6 8.e4 Cbd7 9.Td1 Cb6 10.Dc5 Ag4 11.Ag5? Ca4! 12.Da3 Cxc3 13.bxc3 Cxe4! 14.Axe7 Db6! 15.Ac4 Cxc3! 16.Ac5 Tfe8+ 17.Rf1 Ae6!! 18.Axb6 Axc4+ 19.Rg1 Ce2+ 20.Rf1 Cxd4+ 21.Rg1 Ce2+ 22.Rf1 Cc3+ 23.Rg1 axb6 24.Db4 Ta4! 25.Dxb6 Cxd1 26.h3 Txa2 27.Rh2 Cxf2 28.Te1 Txel 29.Dd8+ Af8 30.Cxel Ad5 31.Cf3 Ce4 32.Db8 b5 33.h4 h5 34.Ce5 Rg7 35.Rg1 Ac5+ 36.Rf1 Cg3+ 37.Re1 Ab4+ 38.Rd1 Ab3+ 39.Rc1 Ce2+ 40.Rb1 Cc3+ 41.Rc1 Tc2++.

2…g6 3.Cc3 Ag7 4.e4 0-0

La defensa india de rey es una de las favoritas de los aficionados cuando el blanco abre el juego con el peón d. Los estudios del ruso Mikhail Ivanovich Chigorin (1850-1908) sobre la defensa india contribuyeron al desarrollo de la india de rey, cuyo cuerpo teórico fue completándose a partir de los años treinta con los trabajos de la escuela soviética. Fischer escoge una línea menos practicada que la frecuente 4…d6. La variante elegida facilita más de lo habitual en esta defensa el avance de los peones centrales del blanco y acelera el contraataque del negro.

5.e5 Ce8 6.f4 d6 7.Ae3 c5!

El negro sacrifica temporalmente un peón con objeto de debilitar el vulnerable centro de Letelier.

8.dxc5 Cc6! 9.cxd6 exd6 10.Ce4

Mucho más prudente parece 10.Cf3.

10…Af5 11.Cg3

El blanco podría haber escogido la continuación 11.Cxd6 Cxd6 12.Dxd6 Dxd6 13.exd6 Axb2 14.Td1 Cb4, pero la pasiva posición resultante frente al completo desarrollo y la actividad de la pareja de alfiles de Fischer no compensa el peón de ventaja.

11…Ae6 12.Cf3 Dc7 13.Db1

Un jugador táctico como el chileno se resiste a ceder la iniciativa que le concede el conducir las piezas blancas. Con la jugada textual, está preparando el avance del peón a f5.

13…dxe5 14.f5 e4!

(diagrama). Un golpe inesperado que pretende abrir la diagonal del alfil de casillas negras y la columna e, en la que continúa el rey blanco…



15.fxe6 Ante 15.Dxe4

gxf5 no sirve 16.Cxf5? por 16…Da5+ 17.Ad2 Dxf5.

15…exf3 16.gxf3

La posición blanca resulta ya demasiado comprometida y no es solución 16.exf7+ Dxf7 17.Dc2.

16…f5!

Fischer podía haber tomado el peón e con 16…fxe6, pero entonces quedaría cerrada la columna e. Con esta jugada, que amenaza ganar pieza con f5, el negro tiene previsto además capturar el peón de e6 con la torre a corto plazo y doblar las dos torres a continuación en esa columna abierta.

17.f4 Cf6 18.Ae2 Tfe8 19.Rf2

19.0-0 no augura un mejor desenlace para las blancas, por 19…Txe6 20.Dd3 Td8 21.Db3 Tde8 22.Af2 Txe2 23.Cxe2 Txe2.

19…Txe6 20.Te1 Tae8 21.Af3

Las blancas parecen haber resuelto sus problemas in extremis, pero lo que han conseguido simplemente es llegar a la posición que Fischer había previsto…

21…Txe3! 22.Txe3 Txe3 23.Rxe3 Dxf4+! 0-1

(diagrama).



Letelier abandona. No se puede capturar la dama con 24.Rxf4 porque el rey blanco recibe mate de alfil en el centro del tablero con 24…Ah6++. Tampoco ofrecía la menor posibilidad continuar con 24.Rf2 Cg4+ 25.Rg2 Ce3+ 26.Rf2 Cd4.

Partida

Cristina Peri Rossi

uando los alfiles se rebelaron, el campo quedo sembrado de peones desvanecidos; las torres corrieron a refugiarse en los tamarindos y un caballo, despavorido, vagaba por el camino, ciego de los dos ojos y perdiendo sangre por los oídos. Los peones restantes prepararon en vano una celada: murieron junto al arroyo y solamente el otro caballo parecía resistir. El último embate enemigo dio por tierra con el rey que huía —como casi todos los reyes— dando la espalda. Cuando la reina majestuosa y trágica, quedó sola en el camino, uno de los alfiles se le subió a la espalda y el otro, con un toque de lanza, la derrumbó. Sobre ella gozaron toda la mañana, hasta que, aburridos, la abandonaron junto a la casilla número cinco.

Rudensky — Gribin
Moscú, 1957

ara complementar un relato tan breve como el de Cristina Peri Rossi hemos de recurrir, por lógica, a una miniatura. En ajedrez, una miniatura es una partida corta que no rebasa las veinticinco jugadas (según algunos autores, otros opinan que esta cifra es excesiva y la limitan a veinte). Obviamente, se descartan las tablas pactadas en la apertura o el medio juego, conocidas como tablas de gran maestro. Y se deduce, por tanto, que la mayoría de estas miniaturas serán partidas tácticas, vibrantes, jugadas con energía, emocionantes y violentas. Hemos seleccionado una partida de contraataque entre Rudensky y Gribin, dos de los numerosos talentos del ajedrez soviético que, por distintas circunstancias, no llegaron a darse a conocer en el ámbito internacional. Ello no va en detrimento de su calidad, pues debemos tener presente que destacar en una potencia donde el número de maestros de altísimo nivel es tan elevado no es tarea fácil. El juego corresponde a la edición de 1957 del Campeonato del Club Central de Ajedrez de Moscú y se publicó por primera vez en la revista Shakhmatny Bulleten. Una lucha en la que la activa pareja de alfiles del vencedor causa estragos en las filas enemigas y deja a su paso un campo devastado muy parecido al descrito por la autora, donde encontraremos, al final de la batalla, un rey huidizo, un caballo abandonado a su suerte, una dama sin escapatoria…

1.e4 e5 2.Cc3 Cf6 3.Cf3 Cc6

La apertura de los cuatro caballos, que encontramos explicada en La locura juega al ajedrez.

4.d4

Con este movimiento, el blanco deriva el inicio del juego hacia una apertura escocesa, que también se presentó someramente en La cuestión de la dama en el Max Lange.

4…exd4 5.Cd5

El gambito Belgrado, estudiado en profundidad por los maestros de la escuela yugoslava, entre quienes destaca Nikola Karaklaic. Se considera que las negras, tras esta jugada, igualan el juego como mínimo.

5…h6

Más frecuentes son 5…Ae7 y 5…Cb4, que conducen a un juego parejo. Otra alternativa es aceptar el gambito propuesto por las blancas con 5…Cxe4 6.De2 f5 7.Cg5 d3 8.cxd3 Cd4 9.Dh5+, continuación que deriva en un incisivo juego donde cualquier error puede arruinar la posición de ambos bandos.

6.Cxd4 Ac5

Tomar el peón con 6…Cxe4 resulta demasiado arriesgado por 7.Cb5 Ac5 8.Dg4 0-0 9.Axh6!

7.Cb5 0-0 8.Cbxc7 Cxe4!

El blanco solo ha desarrollado dos piezas en un ataque basado en la debilidad del peón de c7. Mientras tanto, el negro ya ha enrocado y se centra en un peón más determinante, el de f.

9.Dh5??

9.Ae3 es la mejor continuación, pero la defensa es complicada y Rudensky

apuesta por el ataque. 9.Cxa8 es un error porque las negras continúan con 9…Cxf2 y recuperan la torre además de amenazar Te8+ o Dh4.

9…Axf2+ 10.Rd1 Ad4

El jaque de alfil provocó el movimiento del rey, fijado en el centro para el resto de partida. Al retirar la pieza a d4, se vuelve a amenazar Cf2+.

11.Axh6 d6

No sirve 11…gxh6 porque las blancas consiguen eliminar la molesta amenaza del caballo sobre f2 con 12.Dg4+ Cg5 13.Cxa8. La textual da paso al alfil que falta por entrar en juego, evita la variante explicada arriba ya que la dama no puede dar el jaque en g4 y amenaza ganar rápidamente con 12… Ag4+ y si 13.Dxg4 Cf2+.

12.Ag5 Cxg5

Con 12…Dxg5 13.Dxg5 Cxg5 14.Cxa8 Ag4+ las negras obtienen un alfil y un caballo a cambio de la torre, lo que les conduciría a una fácil victoria. Pero Gribin no quiere esperar al final para ganar y prefiere intentarlo por la vía rápida…

13.Ad3

Con su anterior movimiento, las blancas han logrado desviar el caballo y ahora intentarán activar sus piezas para coordinar la defensa e intentar el contraataque apuntando a h7.

13…Ce5 14.Rc1 Ag4

«Cuando los alfiles se rebelaron, el campo quedó sembrado de peones

desvanecidos (…)». Al fin se suma al ataque el alfil que permanecía en su casilla inicial y las cuatro piezas menores entran en acción coordinadamente… De nuevo Gribin puede conseguir un final de partida plácido jugando 14…Cxd3+ 15.cxd3 Tb8 y continuar la lucha con una pieza de ventaja, pero un ajedrecista táctico busca siempre un bello remate…

15.Dh4 Tc8!

(diagrama). Las negras permiten una pequeña combinación con la que su adversario gana la dama a cambio de tres piezas. Lejos de tratarse de un error, pronto veremos hasta dónde había llegado Gribin en su análisis de la posición…



16.Ce7+!

«(…) un caballo, despavorido, vagaba por el camino, ciego de los dos ojos y perdiendo sangre por los oídos».

16…Dxe7 17.Ah7+ Cxh7

El caballo está obligado a capturar el alfil ya que si, en su lugar, retira el rey, las blancas fuerzan las tablas por jaque continuo: 17…Rh8 18.Af5+ Rg8 19.Ah7+

18.Dxe7

Ahora se entiende que la dama negra fuese atraída por Rudensky a esta casilla en la jugada 16, momento en que dejó de estar protegida por las torres.

18…Af5! 19.c3

«Los peones restantes prepararon en vano una celada: murieron junto al arrojo y solamente el otro caballo parecía resistir».

19…Ae3+ 20.Rd1

«El último embate enemigo dio por tierra con el rey que huía —como casi todos los reyes— dando la espalda».

20…Ag5 0-1

(diagrama).



«Cuando la reina majestuosa y trágica, quedó sola en el camino, uno de los alfiles se le subió a la espalda y el otro, con un toque de lanza, la derrumbó». Rudensky abandona ante la pérdida de la dama. La red creada por las piezas negras malogra su huida y los alfiles acaban cazando la dama blanca. Los desesperados intentos 21.Cd5 Ag4+ 22.Rc2 Axe7 23.Cxe7+ Rh8 24.Cxc8 Af5+ o 21.Dxd6 Tfd8 no harían sino alargar de manera lamentable una partida completamente perdida.

El campeón del mundo de ajedrez

Juan Pedro Aparico



os contrincantes del persa Khalil Ilaidil, campeón del mundo de ajedrez durante diez años consecutivos, le acusaron de fraude. Decían que no se enfrentaban a uno sino a dos jugadores, pues Khalil estaba unido por el cerebro a su hermano Ahmed. Nadie podía probar, sin embargo, que hablaran entre ellos mientras se celebraban las partidas y hasta parecía que Ahmed, a quien, según Khalil, aburría el ajedrez, se pasaba la mayor parte del tiempo dormitando. Pero sus rivales sospechaban que ese aparente desinterés era una estratagema, que el verdadero cerebro del juego era Ahmed, que trasmitía a su hermano, de cerebro a cerebro, los movimientos a realizar. Un día un detective demostró con pruebas visuales que cuando uno de los siameses fumaba, el humo salía también por la boca del otro. Khalil fue despojado de sus galardones.

Dan Cramling — Pia Cramling
Barcelona, 1986


n los torneos de aficionados es relativamente frecuente encontrar padres que se inscriben junto a sus hijos. Son niños que han heredado la absorbente afición de sus progenitores y, tal vez también, de sus abuelos. Viéndolo jugar primero, participando después en un juego que sirve para reunir a la familia alrededor del tablero. Tampoco sorprende, por tanto, ver en esas pruebas a hermanos que juegan separados por unas mesas o que compiten entre sí reproduciendo una estampa tantas veces repetida en casa. Y si tal circunstancia no nos llama la atención en ese contexto… ¿por qué vamos a extrañarnos si encontramos hermanos en el ajedrez del más alto nivel?

Sin pretender ser exhaustivos, podemos citar algunos ejemplos de hermanos que han destacado en la alta competición. Así, tenemos el caso del maestro alemán del siglo Louis Paulsen, uno de los mejores jugadores de todos los tiempos, y su hermano Wilfried, ajedrecista de notable fuerza que destacó en las competiciones nacionales; los hermanos norteamericanos Robert y Donald Byrne, que alcanzaron la titulación de gran maestro y maestro internacional, respectivamente; cómo no, la húngara Judit Polgar, sin duda la mejor jugadora de la historia del ajedrez, y sus hermanas Sofia y Zsuzsa, todas ellas con titulación internacional y la última campeona del mundo entre 1996 y 1999 y, actualmente, número dos mundial por detrás de Judit; las hermanas rusas Nadezhda y Tatiana Kosintseva, dos nuevos talentos que han irrumpido con extraordinaria fuerza en el panorama internacional femenino; o los maestros suecos Pia y Dan Cramling.

Pia Cramling (1963) está clasificada en la décima posición del ajedrez femenino según la Federación Internacional, organismo que le otorgó la titulación de gran maestro en el año 1992. Ha participado en varias Olimpiadas defendiendo

en primer término la selección femenina de su país y, posteriormente, el combinado nacional absoluto. Comentamos aquí una entretenida partida jugada en 1986 en el torneo organizado por el club barcelonés Vulcà entre la campeona de Europa de 2003 y su hermano, el maestro internacional y campeón de Suecia en 1981, Dan Cramling (1959), que conduce las piezas blancas.

1.Cf3 g6 2.d4 Ag7 3.c4 c5 4.e4

Lo que en principio parecía que iba a ser una defensa india contra la apertura de peón de dama acabará derivando en la variante dragón acelerado de la defensa siciliana (recibe este nombre en contraposición a la variante dragón, que retrasa la salida del alfil negro unas jugadas: 1.e4 c5 2.Cf3 d6 3.d4 cxd4 4.Cxd4 Cf6 5.Cc3 g6). Como vemos, la variante dragón se caracteriza por el desarrollo del alfil por g7 y es una de las continuaciones más ambiciosas de las negras contra la defensa siciliana. La idea original del dragón acelerado se atribuye al mencionado campéon y extraordinario teórico alemán Louis Paulsen (1833-1899), que dedicó gran atención al estudio de los sistemas defensivos.

4…cxd4 5.Cxd4

La estructura de los peones blancos en e4 y c4 es una de las aportaciones contra la siciliana del húngaro Geza Maroczy (1870-1951), uno de los mejores ajedrecistas de principios del siglo XX, célebre por sus estudios y el modo de explotar las pequeñas ventajas de cada posición.

5…Cc6 6.Ae3 Cf6 7.Cc3 Cg4

Hemos llegado a la variante Breyer, una de las posiciones típicas del dragón acelerado. Gyula Breyer (1894-1921), el ajedrecista húngaro que da nombre a esta línea, fue un jugador que cosechó resultados relativamente modestos, pero cuya contribución teórica está a la altura de los mejores analistas.

8.Dxg4 Axd4

La teoría de aperturas recomienda la lógica 8…Cxd4, que permite a las negras conservar su alfil a la vez que amenaza 9…Cc2+. La continuación más normal en ese caso es 9.Dd1 Ce6 10.Tc1 Da5 11.Ae2 b6 12.0-0 Ab7, con ligera ventaja para las blancas.

9.Axd4 Cxd4 10.0-0-0 d6

No hay necesidad de defender todavía el caballo. El negro aprovechará la retirada de la dama para realizar un movimiento útil que le permitirá dar juego al alfil en breve.

11. Dg3 e5 12.f4 f6 13.h4

Dan lanza sus peones contra la estructura defensiva de las negras. Se trata de una estrategia frecuente cuando el rival permanece con el rey sin enrocar. La idea es abrir la posición eliminando el mayor número de peones adversarios para facilitar el ataque sobre el rey. Otra posibilidad para el blanco, menos recomendable, consiste en aislar el peón d de las negras y centrar todo su plan de juego en presionado: 13.fxe5 dxe5 14.Cb5 0-0 15.Cxd4 exd4.

13…Ae6 14.h5 g5

También se había jugado anteriormente 14…Rf7.

15.fxg5 fxg5 16.c5

Este avance da paso al alfil y se crea la fuerte amenaza 17.Ab5+. Además, con c5 continúa el acoso iniciado por los peones f y h, en este caso a la base de la cadena de peones centrales negros. El peón de d6 es básico en la defensa, pues sostiene el de e5, cuya pérdida sería irreparable.

16…Tc8!

(diagrama). Esta sencilla jugada inicia el contraataque de las negras. 16…dxc5 es un error, ya que la continuación 17.Ab5+ Rf7 18.Thf1+ Rg8 19.Dxe5 es perdedora para las negras. La partida Piepenburg-Seibold, celebrada en 1985, continuó con 16…0-0 17.cxd6 Tf4 18.Rb1 h6 19.Ad3 Dxd6, de modo que las negras afianzaron su posición y consiguieron la victoria pocas jugadas después.



17.Txd4

Las blancas escogen la línea más aguda y sacrifican material para abrir definitivamente las líneas de Pia y activar el alfil y la torre. Entrañaba un peligro real, pero asumible en una posición de doble filo como esta, 17.cxd6 por la respuesta 17…Da5, de modo que dama, torre, caballo y alfil actuarían conjuntamente sobre el enroque largo de las blancas.

17…exd4 18.Ab5+ Rf7 19.Tf1+ Rg8 20.cxd6

Obviamente, no sirve 20.Cd5 por 20…Txc5+ y cae el alfil.

20…Tc5

Pia esquiva la trampa tendida por su hermano. En efecto, no vale ahora 20…dxc3 por 21.De5 cxb2+ 22.Rxb2 Af7 23.h6 Df8 24.Dxg5+.

21.d7

Un nuevo intento de complicar la posición. Dan podía haber perseverado en su intento de llevar la dama a la vital casilla e5 jugando 21.Aa4 y si 21…dxc3 22.b4 ya que, si se retira la torre, el blanco pasaría a tener ventaja tras 23.De5.

21…dxc3 22.Dd6! cxb2+

Si se intenta defender o apartar la torre, las blancas dan jaque mate en dos movimientos: 23.Dxe6+ Rg7 24.h6++.

23.Rd2

Y no 23.Rxb2, que se responde con 23…Txb5+.

23…Da5+

Esta jugada inicia una secuencia forzada que conduce al empate. Se llega a un final idéntico con la línea más compleja 23…Axd7 24.Ac4+ Txc4 (no 24…Rg7 por 25.h6++) 25.Dd5+ Rg7 26.Df7+ Rh6 27.Tf6+ Dxf6 28.Dxf6+ Rxh5 29.Df7+ Rh4 30.Df2+ Rg4 31.Df3+ Rh4 32.Df2+.

24…Re3 Dc3+ 25.Ad3 Dc1+ 26.Rd4 Dc3+ 27.Re3 Dc1+ 28.Rd4

Paradójicamente, el rey encuentra refugio en el centro del tablero. En este

instante, las amenazas de las blancas son demasiadas y las negras deben contentarse con el empate forzando un jaque continuo. Pero ¿qué habría sucedido si Dan se hubiese mostrado más ambicioso? Una línea bastante lógica parece 26.Re2 Ag4+ 27.Rf2 Rf7 28.Rg1+ Dxf1+ 29.Rxf1 Tc1+ 30.Rf2 Td8 31.e5 Txd7 32.Df6+ Rg8 33.Dxg5+ Rf8 34.Dxg4 Txd3 35.Db4+ Rg7 36.Dxb2 Tc7, una secuencia tan ventajosa para el blanco como difícil de evaluar (¡y más cuando se juega contra una hermana!) en la compleja posición en la que se firma el empate, con aparentes posibilidades para ambos bandos y dos peones a punto de coronar.

La Reina Y El Rey

Tú, cuya mejilla humilla a la eglantina,

tú, cuya cara se asemeja a la de un ídolo chino,

¿sabes que tu mirada aterciopelada al rey de Babilonia

ha vuelto como al loco del ajedrez que retrocede ante la reina?

Omar Khayyan

Una partida de bijedrez

Miguel Ángel Mendo

o sé por qué se me ocurrió la peregrina idea de enseñarle a jugar al ajedrez de aquella manera tan extraña. Tal vez porque pensé que, en realidad, el ajedrez no le interesaba en absoluto, e imaginé que me había pedido que la enseñase para tener un tema que nos tuviese ocupados mientras se rompía el hielo.

La chica, desde luego, me parecía preciosa, aunque quizás con una conversación un poco demasiado simple. Era el segundo sábado que salíamos y habíamos ido al mismo local que el día de nuestra primera cita, un pub tipo inglés tranquilo y acolchado, en el que se podía charlar. Quién sabe por qué me dio por ahí. Supongo que me estaba aburriendo. Además, sé que hasta ese momento me habían fallado todos los intentos de entrarle más directamente por la vía de la seducción. Y, en fin, también ocurre que soy un poco travieso y que en ocasiones me gusta poner a prueba a la gente —no me preguntes por qué—, salirme del guión establecido, sorprender, o más bien, quizá, sorprenderme a mí mismo.

El caso es que, con ese tono de voz serio y erudito que sé que impone tanto, tras la media hora que suele llevar (más o menos, depende de la dureza de mollera de cada persona) enseñar detalladamente la colocación de las piezas en el tablero y los movimientos de cada una de ellas, y justo antes de plantearle siquiera qué era una apertura y los movimientos iniciales más importantes, me dio una de mis ventoleras y me puse a contarle a Bárbara que en realidad el ajedrez debería haberse llamado «bijedrez», atendiendo a la pura lógica de la mecánica del juego, pues los jugadores siempre tienen que hacer dos movimientos consecutivos en cada turno. Bárbara, claro, se extrañó al principio, a pesar de haberme confesado —

un tanto azorada, es verdad— que jamás en su vida se había puesto delante de un tablero:

—¿Dos movimientos seguidos cada uno? A ver, a ver cómo es eso…

La estupidez que se me había ocurrido era mayúscula. Así y todo, mantuve la impostura: avancé dos cuadros el peón de rey y, acto seguido, avancé otros dos cuadros el peón de reina.



—Ya te expliqué que los peones pueden avanzar dos posiciones al principio, ¿lo recuerdas? —dije yo para desviar el tema candente y darle mayor naturalidad a mi «primera jugada».

—Ya, ya… La verdad es que no tenía ni idea de que fuera tan… tan… raro este juego —dijo ella pensativa. No podía dudar de mí, por mucho que le sorprendiese lo de los dos movimientos seguidos. Al fin y al cabo Carlos, al presentarme, había recalcado especialmente, aparte de las chorradas que se dicen siempre para ensalzar las cualidades morales de los amigos, que yo era un consumado jugador de ajedrez que competía en un club y que ganaba campeonatos provinciales, y todas esas vainas.

—Esa es la grandeza del ajedrez, que te obliga a prever cuáles serán las dos jugadas siguientes del contrincante —remaché.

—¿Y qué tendrían que jugar las negras ahora, con esos dos peones blancos ahí en medio?

—Pues verás… —Naturalmente, tuve que ponerme a cavilar, pero, claro, sin darle a ella la sensación de que estaba analizando una situación supuestamente tan elemental como la más sencilla apertura. La verdad era que no tenía ni idea de las posibilidades que se abrían ahora como respuesta doble de las negras al 1. E4, D4 con que habían empezado las blancas. Estaba comenzando a imaginar que tal vez podía avanzar tímidamente el peón de rey y sacar el caballo, cuando Bárbara me sorprendió con una jugada arrasadora y, desde luego, evidente.

—Espera, déjame adivinar —dijo cogiendo el peón de reina—. Yo ahora podría avanzar este peón dos cuadros con un movimiento y luego… y luego, con el otro, comerme este peón tuyo, ¿no? ¿Decías que se come así, al cruce?



—Pues… sí… Sí, claro, esa es la contestación usual —improvisé. Y ya, lanzado, me aventuré a otra doble jugada de las blancas que, para un ajedrecista ortodoxo (o para un ajedrecista que no estuviera loco) era sencillamente un puro despropósito, un mero ejercicio de infantil codicia—. Pero piensa que a tu 1… D5, D5xE4, las blancas pueden contestar: 2. Cc3, C3xE4 —y, en efecto, levanté mi caballo de reina y lo moví dos veces, una para sacarlo de su rincón y otra para tomar el maldito peón negro que en la primera jugada se había atrevido a eliminar una de mis piezas.



Lo cierto era que la primera partida de «bijedrez» del mundo tenía todo el aspecto de convertirse en una brutal carnicería. Porque ya estaba adivinando yo su doble jugada con alfil o con caballo de rey para cargarse a mi caballo. Era demasiado simple el juego: todas las piezas que uno sacaba al centro del tablero —lo que en el ajedrez de siempre sería deseable, para desarrollarlas y luchar por el dominio de las casillas centrales— eran inmediatamente capturadas por el contrincante. Sin embargo Bárbara no siguió ese sencillo razonamiento. Debió de pensar que era demasiado primario.

—Bueno, pues yo ahora sacaría este caballo —el de la reina (2… Cc6)— y después adelantaría este peón —el de la torre de ese mismo lado (2… Cc6, A5), evidentemente por esa absurda manía que tienen los principiantes de intentar darle movilidad a las torres nada más empezar. Con lo cual, y sorprendentemente, esta vez no me había comido ninguna pieza. Seguro que había imaginado que para jugar bien había que reservarse un poquito y no dar rienda suelta a la glotonería. ¡Y qué razón tenía!



—No está mal. Veo que vas tomando posiciones en el tablero —dije yo paternalmente, sin el menor interés en la partida, para ser sinceros; ni siquiera en las posibilidades del «bijedrez» como alternativa curiosa.

—¡Ah…! ¡Yo sé por qué la he hecho! —dijo ella frotándose las manos, absolutamente encantadora en su inocencia.

—Pues siento decirte, Bárbara, que tu jugada no es demasiado buena, porque te como el caballo con mi peón —y así lo hice, en dos movimientos: 3. D5, D5xC6.



Como si el reguero de pólvora que había estado preparando hubiese alcanzado de repente su objetivo, un enorme barril de dinamita, así fue su explosión de alegría. Ni me dio tiempo a prepararme. ¡Zas! Su dama recorrió vertiginosamente el tablero de cabo a rabo, se comió a la mía y, acto seguido, se zampó al rey.



—Jaque mate!, ¿se dice así? —aulló dando palmas, con lo cual doce o trece pares de miradas cayeron sobre nosotros como faros de coches.

—¿Cómo…? Pero… Espera, espera… Esa jugada no es válida porque…

No tenía ningún argumento para neutralizar su fulminante victoria… Así era aquel juego, desde luego, puesto que era yo mismo el que así había definido las reglas, y era evidente que en su jugada no había trampa ni cartón. De hecho, también yo podía haberle dado mate a ella anteriormente con mi caballo, ahora lo veía. ¡Qué estupidez de juego se me había ocurrido inventar! ¡Qué simpleza…! Sí, pero ella me había preparado una celada, yo había caído en la trampa y… y me había ganado la partida. Sin más.

Y sin embargo, más allá de mi sorpresa o de mi infantil rabia, que no podría negar —los ajedrecistas somos, por definición, especialmente competitivos—, había algo que fallaba estrepitosamente. Algo muy embarazoso, que amenazaba con poner al descubierto mi inocente broma en muy mal momento: y es que en ajedrez, como todo el mundo sabe, es imposible que alguien pueda ganar a un jugador de alto nivel en la primera partida. Ni en la primera ni en la número cien. Como decía mi amigo Javier, que se había negado a participar en unas simultáneas contra Kaspárov, a pesar de haber sido invitado expresamente, «es como si te invitan a ti a cruzar guantes con Mike Tyson. ¿Aceptarías?». Es cierto: no tienes la más mínima posibilidad de rozarle siquiera la cara, y él tiene todas las opciones de dejarte KO al primer guantazo. Así era. Hasta ella misma se sentiría escandalizada si no encontraba una explicación a aquella tontería de jugada. Y, sinceramente, la chica me gustaba demasiado como para… como para que descubriese que había estado toda la tarde burlándome de ella así, con tan mal estilo. Más adelante, sí, tal vez podríamos reírnos juntos todo lo que quisiésemos de aquella broma que se volvió contra mí. Pero no en ese preciso momento…

Total, que tuve que echarme encima, lo más disimuladamente que pude —aunque muy torpemente, porque me puse perdido—, el vaso de vermut con ginebra que estaba tomando. No se me ocurrió otra posibilidad.

—¡Pero bueno! —saltó ella, absolutamente divertida—. ¡No imaginaba que te iba a afectar tanto que te ganase una primeriza!

—No, no, es que esa jugada tuya no es válida —le dije levantándome como un rayo de la butaca. Estaba empapado de veras. Toda la pernera derecha del pantalón, de arriba abajo—. Ahora… ahora te lo explico. Espera que me limpie un

poco —dije largándome a toda prisa.

—¿Quieres que te ayude? —Hizo ademán de levantarse.

—No, nooooo… Vuelvo enseguida. Es que son nuevos y…

Lo que menos me importaba eran los pantalones, qué quieres que te diga. En el WC comencé a frotarme frenética y mecánicamente la pernera con un paño que amablemente me había pasado una camarera, pero mi mente estaba ocupada por completo en encontrar el modo de neutralizar la jugada de Bárbara. De anular su jaque mate, dicho a las claras.

Y tenía que pensar rápida y eficazmente. Se me estaba ocurriendo algo. Tal vez podía ser que… Que yo, después de que ella me comiese el rey, aún tuviese la posibilidad de hacer mis dos jugadas… Sí. ¿Por qué no? Eso era. Como un cuerpo que, aunque le quiten el corazón, aún tiene algo de vida para defenderse. Por lo tanto, yo también le daba jaque mate a ella con mi caballo. Con lo cual, quedábamos en tablas. Las tablas más célebres del «bijedrez», y… las más inútiles, porque se producían cuando aún estaban las espadas en todo lo alto… Ya estaba incluso imaginando yo toda una batería de anécdotas que contarle a Bárbara para darle carta de naturaleza a la nueva regla.

Lo que sucedía era que, sinceramente, no me convencía aquel argumento. En absoluto. No podía ser que cualquier pieza pudiese dar jaque mate con tanta facilidad por la vía de comerse al rey a las primeras de cambio. ¡Incluso en mi segunda jugada podía haberle dado yo mate con mi alfil! Eso no era un juego de ajedrez medianamente serio. Y lo que ya era totalmente ridículo era que, para colmo, un jugador pudiese mover después de haber perdido su rey. Aquello no se sostenía. ¿Entonces…? ¿Qué podía hacer, maldita sea?

Porque, claro… De haberlo sabido, podría, por ejemplo, haber establecido la regla de que no se puede mover dos veces la misma pieza en una jugada, y así habría evitado esta estupidez de mate. Pero no ahora: ya había dado como buena la primera suya, la del peón. Y, evidentemente, no podía echarme para atrás.

Tenía gracia. Si en ese momento hubiera sido capaz de verme con cierta distancia, como me veo ahora, me habría muerto de risa. Encerrado en un váter, frente al espejo, empapado de pringoso vermut y obsesionado por encontrar una norma que tuviese un ápice de lógica en un juego absurdo que acababa de inventarme para ligarme a una chica y, encima, furioso porque me acababan de dar

a tomar a mí la misma medicina que yo había recetado.

Lo peor de todo era que no daba con una solución medianamente digna. ¿Cuánto tiempo llevaba metido en el baño, frotándome como un poseso el pantalón? El corazón me dio un salto en el pecho cuando oí la voz de Bárbara al otro lado de la puerta.

—Ramón, ¿estás bien?

—Ssssí… Ya salgo. Ya… ya está casi seco.

Tuvo hasta la osadía de asomar la nariz por la puerta.

Y allí me vio, dándole al trapo.

—Si estás mal, llamamos a un taxi para que te deje en casa. Porque, además, con el frío que hace…

—No, no. Ya está. Ya está. ¿Ves? —El pantalón estaba arruinado por completo, pero al menos no chorreaba. Había que salir al ruedo. Sin remedio. Lo mejor era tirar de la manta de una vez y declarar que todo había sido una broma tonta. Que el «bijedrez» no existía, que era una estupidez que se me había ocurrido sobre la marcha.

Así iba yo, caminando hacia nuestra mesa como el viejo buey que presiente que le llevan al matadero, empezando incluso a articular torpemente las primeras frases de disculpa, cuando, antes de que nos sentáramos, me mandó callar.

—Espera, Ramón, no me lo expliques, por favor. Quiero ver si yo misma lo pillo —me dijo inclinándose sobre el tablero—. Lo que me imagino que ocurre es que, cuando se ataca al rey, una de las dos jugadas hay que emplearla para advertirle que está bajo la amenaza de que le coman. ¿A que sí? ¿Y a que es ahí cuando se dice eso de «jaque al rey»?

—Exactamente —asentí con toda la autoridad que conseguí inyectarle a mi voz, que, con aquellas urgencias con que se producían las cosas, era escasísima. Lo peor era que no había entendido nada de lo que me había dicho. De hecho, aunque era evidente que ella esperaba de mí una explicación más extensa y más ortodoxa, puesto que, al parecer, había acertado con su razonamiento, yo seguía mudo, mirándola como un estúpido y capaz solo de asentir con la cabeza—. Exactamente es así. Sí señor.

—Sí señora, en mi caso, ¿no?

—Eso. Sí señora.

—¿Y… ya está?

Tenía que decir algo, salir de aquel bloqueo mental tan insoportable:

—Exactamente. Ese es precisamente el momento en que hay que decir «jaque al rey». Siempre hay que avisarle, como una especie de cortesía especial y, naturalmente —a pesar de estar solo soltando rollo, intentando rellenar huecos, de pronto comprendí por dónde había discurrido su pensamiento—, y, naturalmente… eso requiere gastar el segundo movimiento de los dos de que dispones en la jugada.

Qué alucine. Su solución era realmente brillante. Arreglaba el problema de un modo sencillo y elegante. Justo como deben ser las buenas soluciones a los problemas matemáticos. Sencillez y elegancia. Y eso que era azafata. Era para descubrirse… de no ser porque yo tenía que aparentar ser el profesor y ella la alumna.

—En efecto —añadí engolando la voz, volviendo a colocar mi rey en su sitio (¡por fin!) y llevando la reina negra a su casilla—. Por eso no te conviene la jugada que habías hecho, porque perderías la reina. ¿Lo entiendes…? —Me atreví incluso a preguntar (¡qué descaro!)—. Mira. Te puedes comer mi reina con el primer movimiento, sí, pero con el otro no puedes capturar mi rey, porque tienes que anunciar el «jaque». Y yo luego te comería la dama con mi rey con toda la facilidad del mundo.

—Sí, o con el alfil, en dos movimientos —apostilló ella brillantemente—. Porque con la reina no hay que gastar un movimiento en decir que te la quieres comer, ¿no?

—No, a la reina no hay que avisarla. Solo al rey.

—Qué interesante. Ahora entiendo que la gente se enganche tanto con esto del ajedrez. Es súper emocionante. Bueno, ¿seguimos jugando?

De repente, al verla tan lanzada sobre el tablero, me dio un ataque de pánico. ¿Más «bijedrez»? ¡No, por favor!

—Pues, no sé… Oye, y mejor… ¿Qué te parece si vamos a algún lado? Al cine, por ejemplo. ¿No te apetece?

Y otro día seguimos con las clases…

—Es verdad. Qué egoísta soy. Tú te pasas la vida en tu club, jugando partidas y más partidas y estudiando tus libros de ajedrez —eso se lo había contado yo el sábado anterior—, y yo aquí empeñada en que juegues también en tus días libres…

—No te preocupes. Me encanta el ajedrez —dije en un tono realmente cínico, mientras me levantaba y comprobaba la humedad de mis pantalones, que, por cierto, olían a rayos.

Fue ahí cuando, por primera vez, Bárbara tuvo un gesto cariñoso conmigo. Iba a ayudarle a colocarse el abrigo cuando se agarró de mi brazo y me dio un cálido beso en la mejilla.

—A mí también me está encantando el ajedrez —me susurró al oído.

—¿De veras?

—De veras —afirmó, y se quedó mirándome fijamente un buen rato.

Yo, seguramente, me puse más colorado que un tomate. Pero estaba encantado. Pensé que, al final, mi estrategia había dado resultado: que la chica caería en mis redes, posiblemente esa misma noche.

Lo que nunca he entendido es de dónde le salió a Bárbara aquella vena de adivina, cuando inmediatamente añadió, también muy seria:

—¿Verdad que tú y yo vamos a jugar muchas partidas?

Alekhine — Znosko-Borovsky
París, 1925

os singulares movimientos de las piezas han inspirado, especialmente a lo largo del siglo XX, un alto número de variantes del juego, agrupadas bajo el término genérico de ajedrez heterodoxo. A continuación, presentamos someramente algunas de ellas, advirtiendo que tanto sus denominaciones como algunos matices de sus reglas pueden variar según quién y dónde las practiquen.

En el ajedrez suicida (o come come o ganapierde) vence quien se queda sin material. Huelga decir que en esta variante, como ocurre en las tradicionales damas, la captura de las piezas del adversario es obligada si esta es posible. El rey es una pieza más y, por tanto, puede ser tomado a lo largo del juego sin que ello comporte el fin de la partida.

El ajedrez cilindrico se juega con las mismas reglas que el ortodoxo, con la salvedad de que las columnas a y h están unidas. Así, un rey ubicado en h1 puede jugar a a2, por ejemplo.

En la variante tres jaques, como su propio nombre da a entender, pierde el jugador que recibe tres jaques a lo largo del juego. Del mismo modo, en el ajedrez mate consigue la victoria quien da el primer jaque.

Se conoce como tándem (o pasapiezas o dobles o a parejas…) a una de las variantes más extendidas, practicada por cuatro ajedrecistas en dos tableros. Se enfrentan simultáneamente dos equipos de dos jugadores. Un miembro de cada equipo conduce las piezas blancas y el otro las negras, de modo que cuando se captura una pieza del rival esta se pasa al compañero, quien la puede colocar en el lugar que desee del tablero. Esa acción equivale a un turno de juego. Gana el

equipo que primero da jaque mate en una de las dos partidas.

Los peones son los protagonistas fundamentales del ajedrez Berolina, ideado por el alemán Neberman. En contraposición al ajedrez tradicional, los peones mueven en diagonal y capturan en línea recta.

En el Fischer Random (o ajedrez 960), creado por el legendario campeón mundial, los peones permanecen en la misma posición que en el ajedrez ortodoxo, mientras que la disposición del resto de piezas se sortea al inicio del juego. El orden resultante es el mismo tanto para las blancas como para las negras.

No disponemos de espacio suficiente para presentar todas las variantes, a cuál de ellas más interesante: el ajedrez rotativo, el ajedrez de Brünner, el ajedrez sin jaque, avalancha, el ajedrez bicaptura, el ajedrez bicolor, el ajedrez republicano, el ajedrez progresivo (o escocés), el ajedrez pantalla… Una de ellas es el ajedrez marsellés, nombre que recibe por lo común el bijedrez que cree haber ideado en un arrebato de buen humor el protagonista del relato. Este juego gozó de gran popularidad a finales de los años treinta y llegó a organizarse algún torneo bajo sus reglas. Estas aparecieron publicadas por primera vez en el diario marsellés Le Soleil en 1925. En esta variante, cada jugador dispone de dos movimientos en cada uno de sus turnos, siempre que la segunda jugada no sea la inversa de la primera. Sin embargo, quien inicia la partida solo dispone de un movimiento, según una modificación respecto al marsellés original introducida en 1963 por Robert Bruce para equilibrar el juego. El jaque debe realizarse en la segunda jugada… ¡aunque debemos advertir que existe a su vez una variante del marsellés que se juega sin jaques! Réti era un gran aficionado, así como el campeón del mundo Alekhine o Znosko-Borovsky. Precisamente hemos escogido una partida jugada en París en 1925 por estos dos últimos ajedrecistas para acompañar este cuento. Eso sí, ¡una partida del ajedrez que todos conocemos! Comentaremos una partida de ajedrez marsellés en otra ocasión…

Alexander Alexandrovich Alekhine (1892-1946) se convirtió en el cuarto campeón mundial de la historia al resultar vencedor del encuentro que le enfrentó al cubano Capablanca en 1927, corona que retuvo en dos ocasiones ante Bogoljubow, en 1929 y 1934. Sin embargo, tan solo un año después perdió tal distinción a manos del holandés Euwe, que se aprovechó del bajo rendimiento del campeón debido a sus problemas con la bebida. Recuperó la supremacía mundial al derrotar en el encuentro de revancha a Euwe en 1937. Su modo de jugar podía ser espectacular pero también reposado y eficaz, de modo que sintetizaba el ajedrez tradicional y el hipermoderno de Nimzowitsch, y por ello se le considera

uno de los campeones más completos de todos los tiempos. De hecho, la defensa que lleva su nombre (1.e4 Cf6) es un sistema hipermoderno (véase la semblanza de Nimzowitsch en el relato Zugzwang). Diferentes muestras de oportunismo, ambigüedad y despotismo y su colaboración con los nazis durante la Segunda Guerra Mundial enturbian la figura del ajedrecista ruso, nacionalizado francés en 1925. Falleció en 1946 cuando era todavía el campeón.

A pesar de haber derrotado a algunos de los mejores jugadores de su época, el maestro ruso Eugene Alexandrovich Znosko-Borovsky (1884-1954) no cosechó resultados demasiado relevantes en torneos de prestigio. Escritor, profesor y crítico literario y musical, publicó diversas obras sobre el juego en Rusia y Francia, donde se había establecido tras la Revolución Rusa.

1.d4 Cf6 2.c4 d6 3.Cf3 g6 4.g3 Ag7 5.Ag2 0-0 6.0-0

Alekhine combate la defensa india de rey del negro (defensa ya comentada en la partida que ilustra el relato La celada) con un planteamiento idéntico en el flanco de rey y retrasando al máximo el habitual Cc3. El desarrollo de los alfiles por las grandes diagonales en las casillas b2 o g2 del blanco (o b7 y g7 en el caso del negro) define las aperturas y las defensas indias, como la que nos ocupa en esta partida. En ajedrez, este desarrollo se conoce como fianchetto, término utilizado por primera vez, si bien con un significado diferente, por el destacado miembro de la escuela de Módena y célebre teórico Ponziani (1719-1796).

6…Cc6

Provoca el avance del peón blanco a d5. Lógicamente, esta no es la única posibilidad para las negras. También se han practicado las continuaciones 6…Cbd7, 6…c5 y 6…c6.

7.d5 Cb8

La moderna teoría recomienda 7…Ca5 para responder a 8.Cfd2 con 8…c5.

8.Cc3 e5 (¿e6?) 9.dxe6 fxe6 10.Ag5 h6 11.Ad2

Tras la desaparición del peón f y el avance de h6, el enroque negro ha quedado suficientemente debilitado y el alfil blanco puede retirarse.

11…Cc6 12.Ch4 Ce5

Alekhine llegaría a esta misma posición un año después, en el torneo de Londres de 1926. Su rival, Schwartz, prefirió el menos comprometedor 12…Ce7 en lugar de la textual.

13.Dc2 g5 14.Cg6 Cxg6 15.Dxg6 Ad7 16.f4 Ae8 17.Dd3 Cd7?

No es aconsejable alejar de un enroque tan frágil el caballo, una pieza que, como veremos, deja en este momento de ser protagonista para convertirse en espectadora. Znosko-Borovsky pretende contestar 18…Cc5 a 18.Axb7 o 18…Ce5 a 18.fxg5, pero ninguna de las jugadas previstas para el blanco son las réplicas barajadas por Alekhine. Seguramente 17…g4 ofrece mejores expectativas para el negro.

18.De3 gxf4 19.Dxe6+ Af7 20.Dh3 fxg3 21.Dxg3

(diagrama).



21…Rh8

El negro debe apartar su rey de la columna g, ya que Alekhine amenazaba 22.Axh6. Por ejemplo, si 21…Axc4?? 22.Axh6 De7 23.Cd5 Axd5 24.Axd5+ Rh8 25.Ag5 y las negras poco pueden hacer para evitar el definitivo jaque de la dama en h4, salvo entregar el alfil con 25…Ad4+ 26.e3 Axe3+ 27.Dxe3 Dxe3+ 28.Axe3.

22.Dh3! Ad4+

Tampoco ahora podía jugarse 22…Axc4?? por 23.Axh6 Tf6 (la amenaza es 24.Ag5+, un jaque a la descubierta con el que Alekhine gana la dama). 24.Axg7+ Rxg7 25.Dg4+ Tg6 26.Dxc4.

23.Rh1 h5

No hay demasiada alternativa. Las blancas estaban amenazando mate con 24.Dxh6+ seguido de 25.Ae4.

24.Cd5 Ce5 1-0

A la vez que, por fin, entra en juego el caballo, Znosko-Borovsky abandona sin esperar la contestación de las blancas. En efecto, la posición ahora es insostenible y, tras el último movimiento, el alfil de casillas negras no puede colaborar en la defensa. La sencilla 25.Ah6 es suficiente para ganar. Las negras pierden la torre a cambio del alfil, dado que, si la retiran, la continuación 26.Txf7 Cxf7 27.Dxh5 impide cualquier intento satisfactorio de defensa.

La partida definitiva

Fernanda Cano

s lo más sincero que puede decirle. Con vos, me gustaría jugar. Eso le dice. Exactamente. Y le advierte que puede sonar mal, que las interpretaciones siempre se salen del cauce previsible, que las palabras siguen sonando más allá de ellas mismas, sin importar quién las pronuncie, o las guarde, o las conserve. Sin importar quién las escriba. Por eso, el mundo debiera ser literal, cree él.

—Juguemos, entonces —acepta ella.

—¿Una partida de ajedrez?

—Una partida —repite, con la lentitud de un balbuceo que siempre es exterior—. Sí, ¿por qué no? —Agrega, mientras considera si la forma correcta no hubiera sido el masculino.

A los juegos parece convenirles la distinción en partidas y partidos, una clasificación eficaz que los reúne y los separa a la vez. Y las diferencias suelen ser claras, obvias. En los partidos, se apuesta el cuerpo en una pista, en un terreno, en un campo, y se lo hace rodar, resbalar, deslizarse. Nada menos. En las partidas, en cambio, se mueven piezas altas, fichas redondas, cartas dibujadas: puro cálculo mental. Nada más. Una partida es lo más preciso, sí, por qué no, concluye ella, internamente, para inaugurar el juego que, entonces, ya ha comenzado.

Ella sabe que el juego es otro, que desde siempre ha sido otro, pero no lo

dice. Nunca dice lo que sabe. Aun así, no deja de acomodarse el pelo, largo, suelto, más allá de la cintura.

—Sin estrategias —propone, al fin, como si fuera la única regla que habrá de sostenerse durante la jugada, y de inmediato adivina las trampas posibles, las presagia al tiempo que pronuncia la regla, la única.

Una ley, dos adversarios: todo un juego.

Él parece estar de acuerdo. Siempre parece estarlo. Nunca discutir los pormenores, nunca enfadarse por acciones indebidas, nunca lanzar palabras furiosas sobre la pequeña mesa. Para qué: si la tabla de vidrio ya se ha enturbiado lo suficiente; si las patas siempre fueron tan minúsculas como para colocar dos sillas alrededor. Nunca pensar, es lo que dice, y lo cree natural. Y es probable que lo sea, porque para pensar tendría que ponerse de pie, recorrer el living de un lado a otro, de pared a pared, caminar prestando atención a las huellas. Pero no. La inclinación a los pasos siempre lo descubre en el medio de un conteo; prefiere medirlos, como si fuera un duelo, antes de enfrentarse.

Atrapado en la lógica de los resultados, permanece sentado en el viejo sillón tapizado de pana bordeaux, un sillón que combina con la mesa pequeña, viejo y desarticulado ya, incómodo. Ni siquiera cuando ella se retira a buscar el tablero y las piezas, él atiende a su incomodidad. Apenas un gesto de frotar el cuerpo contra la pana, apenas una mímica fallida.

Ella acomoda las piezas de piedra en el tablero de piedra, las dispone en filas: dos líneas enfrentadas, los casilleros vacíos en el medio, el silencio. Él mira las piezas para elegir la suya, pero no puede: el rey es tan alto como la dama y las diferencias se borran; el rey es tan parecido a la dama que nunca sabrá quién es quién en el transcurso del juego.

—Dama negra —dice ella y lo mira.

Las piezas están ahora en el tablero, colocadas ya en sus posiciones habituales y el tiempo parece haberse detenido. No más relojes en funcionamiento. Solo la aguja clavada en el instante suspendido, interrumpido, privado. Tempus fugit toca Miles y una orquesta completa dentro de la casa.

Él debe anunciar su figura, debe decidir cuanto antes qué pieza le permite escurrirse con más facilidad, desplazarse hacia las salidas laterales sin que nadie advierta qué hace realmente, comer sin que lo vean comer. Después de días sin

probar bocado, ese debe ser un rasgo ilusorio, ahora, a pesar del vacío que comienza a sentir adentro, ocupando un sitio. Porque no es alimento lo que hay en la mesa: es un tablero de piedra sobre una tabla de vidrio, y piezas extraídas del tiempo, congeladas. Y Miles, y un enigma, siempre el mismo, tantas veces irresuelto ya, a esta altura, que ni siquiera vale la pena ponerse a descifrarlo: dónde termina la ficción, dónde comienza lo real.

Aunque no pueda concentrarse por culpa de la música que lo distrae, siempre con las mismas notas, él sabe que debe actuar; lo siente, adentro, como el hambre atrasada. De lo contrario, su juego será descubierto.

—Alfil blanco —dice él, y aparta la vista con rapidez, con el gesto desagradable de quien acaba de descubrirse primitivamente desnudo.

Con los ojos cerrados, bien cerrados, casi apretados por el esfuerzo que acaba de hacer, una sola idea ocupa su mente: no perder. Pero sabe que es imposible; que, haga lo que haga, va a perder el juego.

La dama describe el tablero con sencillez. El pelo ha quedado derramado hacia atrás, protegiendo la espalda que el vestido no alcanza a cubrir. Son 64 casilleros, dice, 32 blancos y 32 negros. Aunque a veces todos parecen blancos o todos negros, depende. Y agrega:

—Es una cuestión de la mirada.

—O de perspectiva —dice el alfil, pegado al respaldo que lo excede en su contorno y lo contiene—. De perspectiva. Desde acá, por ejemplo, se ve un lado de 8 casilleros, y dos lados a los costados, también de 8 casilleros cada uno, pero enfrentados. El tuyo no se ve, lo tapan las piezas. 24 casillas, entonces. ¿A qué te suena 24?

—Las horas del día, dos docenas —responde la dama, y piensa que es otra forma de dilatar el inicio de la partida, de postergarla. O, quizás, el juego sea eso: hacer de cuenta que el juego comenzó; hacer cuentas—. Todas las horas de un día entero: 24 horas. Eso.

—Fíjate —insiste el alfil, entusiasmado con sus propios cálculos, pequeños éxitos para hablar, luego, de felicidad—. 64 casilleros, ¿no? Eso dijiste. Fíjate. La raíz cuadrada de 64 es 8. 8, entonces, de cada lado, y cuatro lados. 4 × 8 es 32, pero tenemos que duplicarlo para que dé 64. Entonces, 32 para vos y 32 para mí. Negro frente a blanco. Pero 32 son las piezas, y hay que dividirlas en el reparto: 16 y 16. Y

la raíz cuadrada de 16 es cuatro, otra vez, los lados. Un cuadrado perfecto, perfecto —concluye, y vuelve a tenderse hacia atrás en el sillón para aumentar la perspectiva, para alejarse del tablero—. No me gusta.

Las muecas en la pana regresan, contorsiones del cuerpo que no habla, que solo mira. Y el desagrado se traslada a los gestos del alfil, le endurece los rasgos, detiene los párpados en su sitio. Los ojos, fijos, inmóviles en dirección al cuadrado de piedra, se oscurecen. Qué profundo es el océano, dice Miles, y en verdad debe serlo, pero quién se atreve.

—¿Qué no te gusta? —pregunta la dama. Aunque conozca la respuesta desde antes, siempre repetirá la misma pregunta. Se trata de ver cómo lo dice esta vez, piensa; se trata de ver qué nueva historia inventa.

—El tablero. Este tablero no me gusta —confiesa el alfil, pretendiendo la solemnidad del blanco que ya no es tal, que nunca lo fue.

—Es el único.

El alfil ni siquiera atiende a esas palabras: no hay más tableros en su mundo que ese; su mundo es ese tablero, ahora, tan perfecto, tan ordenado, tan prolijo. Aprovecha la pausa que se ha tomado para adelantarse en el sillón y la cara se refleja en el vidrio de la tabla, de la mesa. Parece otro en el reflejo duplicado, pero no lo sabe. Una fotocopia mala, ilegible.

Extiende ambos brazos alrededor del tablero, como si fuera a alzarlo pero sin tocarlo, sin siquiera rozarlo porque el cuerpo está fuera de juego, y expone los nuevos argumentos de la partida aplazada. Más argumentos para repetir otra vez lo mismo, lo de siempre, solo que, ahora, la teoría refleja del pasado suena sin brillo, opaca. Nunca pensé, agrega Miles, y la dama asiente. Ella siempre creyó en un tiempo circular, pero suponía que el transcurso alcanzaba a todos. Y sin embargo, hay ciertas acciones que perduran, rasgos inmutables, manías que persisten.

—Si colocáramos espejos en cada lado, los casilleros aumentarían. Más diagonales, más caminos, más probabilidades —dice el alfil y, por un segundo, sus ojos se entrecruzan con sus propios ojos reflejados en la tabla y la mirada ya no puede sostenerse. Mirarse debe ser un acto imposible para cualquier actor, piensa la dama: una verdadera ejecución.

Como si fuera la página de un libro que ha de cerrarse sobre la mesa, el alfil

levanta de pronto el tablero sujetándolo por uno de sus bordes y lo inclina. Las piezas caen unas sobre otras, tropiezan entre sí y se precipitan sobre el vidrio que responde al impacto deliberado con un ruido que ambos conocen de memoria. Un estallido autónomo: dos vocales emitidas a la vez que Miles acompaña sin saberlo.

Con el otro brazo, quita las piezas del medio y sonríe frente a la multiplicación de los casilleros sobre la superficie de vidrio. La sonrisa es tan falsa como la imagen fotocopiada sobre la mesa, fantasmal, una hendidura que casi todos los alfiles llevan en su cabeza, una marca de la que cuelga el cuerpo articulado como una marioneta. La sonrisa es una boca que aguarda el beso de la dama. Pero el beso no llega.

Como si la inclinación hubiera vencido la resistencia del tablero, del material, el tablero comienza a doblarse sobre sí. Consecuencias del juego, dice el alfil, mientras tuerce la superficie flexible que permite la unión de las columnas opuestas, el acercamiento de las filas más lejanas, para terminar con la exhibición de su obra maestra: una obra famosa que otro dibujó hace tiempo; nada nuevo, nada que haya inventado.

—Faltan las hormigas —opina la dama, con ironía, pero el alfil parece no entender—. Faltan las hormigas, pero como las hormigas no juegan acá, no habrá insectos, simplemente —pero sabe que no alcanza. Siempre parece necesario explicar algo más, advierte ella, y continúa—: Si en este tablero todo es blanco y negro, no puede haber hormigas. Porque las hormigas de Moebius son coloradas, de las que pican.

—Rojas —dice el alfil, y vuelve a sentir el vacío en el estómago, el hambre, como una picadura antigua—. Pero podemos jugar igual, ¿o no?

El miedo urgente a una partida para siempre perdida apresura al alfil a colocarse en un casillero blanco. De inmediato, desabrocha las mangas de su camisa y las dobla regularmente hacia arriba, con exactitud. Las muñecas, desnudas, quedan a la intemperie, sin reloj. La dama se ubica en un casillero negro y extiende la cabellera hacia arriba como si fuera a sujetarla sobre la nuca, pero el peinado no llega a formarse y el pelo vuelve a caer, desatado. Miles se pregunta si ella sería capaz de hacerlo, pero no es una pregunta, es una afirmación.

En el tablero, los casilleros parecen haberse estirado por la torsión y los cuadrados afilan los lados para convertirse en rombos. Las curvas de la superficie parecen no admitir las posiciones, pero aun así, las piezas se mantienen en sus

sitios. Siempre hay un hemisferio que las sostiene, derecho o izquierdo, mente o cuerpo, alma o corazón: los nombres los decide cada uno.

La dama y el alfil se miran, por un instante, por última vez, antes de comenzar, por última vez. Los dos saben que hay que sacar a este Miles y poner al otro, al de la película que corresponde a la partida: Ascenseur pour l'échafaud, la única que no vieron juntos. Pero ninguno se levanta para hacerlo. La música, entonces, será una melodía privada, interna, que cada uno hará sonar a su antojo.

Sucede el primer movimiento, el primer engaño: el alfil avanza dos pasos hacia delante y uno a la derecha. Es una actuación inesperada que lo deposita en un casillero negro. Aun así, la dama lo deja moverse, sin aparentar sorpresa, con serenidad; lo deja caminar, irrisorio, incluso cuando repite la maniobra: otra vez, un casilero a la derecha y dos hacia atrás, para volver al blanco, con la pretensión de confundir al adversario en una táctica de rodeos. Dos movimientos seguidos, incorrectos; dos pasos en falso.

Es inútil detener el juego para decirle que así no mueve el alfil, que no puede jugar como un caballo que no es, piensa la dama, pero es tan inútil explicarlo como hablar de cualquier otra cosa. Si la única regla era evitar las estrategias. Si de todos modos va a responder que no ha sido una estrategia sino solo un movimiento; uno solo, doble. Si al fin de cuentas ignora qué es un tablero. Por eso pretende acercarse al centro, una y otra vez, pero simplemente lo merodea. Y la dama lo sigue dejando, para ver adónde llega, esta vez, para ver hasta dónde puede.

Prohibido bailar sin música reza un cartel en la pared del fondo, un cartel que el caballo lee en voz alta, para disimular la perturbación que le provoca la dama en silencio. Prohibido bailar sin música, repite.

—El centro está más allá —dice la dama, con calma, pero sabe que el caballo no puede distinguirlo. De espaldas al tablero, sigue repitiendo la leyenda del cartel.

La dama se mueve hacia el ángulo opuesto, en diagonal, ejercitando el vestido femenino que él preferiría no ver.

—Lo sé. Es aquella intersección, el cruce de líneas —afirma el caballo, más tarde, bastante más tarde, después de dos jugadas que imitaron las anteriores, siempre las mismas manías.

Sus piernas parecen haberse endurecido, ahora, parecen congeladas en una

posición fija, permanente. Ninguna valla que saltar, ningún obstáculo que derribar: mirar para otro lado siempre es la mejor manera de imaginar un camino despejado.

—¿Una encrucijada? —pregunta la dama, esta vez sin tocarse el pelo, esta vez para ponerse de pie.

Ya habrán transcurrido algunas de las veinticuatro horas, varias, más de la mitad, pero la mesa parece haberse oscurecido de pronto, como si alguien, afuera, hubiera apagado todas las luces. El tablero precisa que lo iluminen y es la dama quien debe encender la lámpara. Quizás, ahora, el caballo se permita otra posición, algún movimiento diferente; quizás, ahora, pueda ver mejor el tablero.

—El centro es la falta de un casillero —explica la dama, mientras vuelve a su sitio—, porque ninguno hace las veces de mitad —y atraviesa el tablero en una diagonal que la ubica del lado de afuera, de nuevo jugando con la cabellera que ata y desata a cada palabra—. Nunca se accede al centro: por eso el tablero no lo tiene, por eso falta.

El caballo parece haber comprendido su imposibilidad privada, su parálisis originaria. Ya no más tenderse hacia atrás en el sillón, ya no más muecas contra la pana. La impotencia se traduce en la elección de un peón que avanza, de a un paso por vez, con el objetivo de llegar al otro lado, con la ilusión de un cruce nunca realizado.

Es una pequeña figura, repitiendo pasos pequeños, infantiles, que pretenden alcanzar la cima de la corona, pero es inútil. Es tan inútil, otra vez, piensa la dama, como no comprender que solo se trata del segundo engaño. Necesita el tiempo de los primeros pasos para pensar en la acción futura, necesita parecer que no se mueve, como si adoptara el ritmo del Assassinat que no se oye, porque solo puede imitar los sonidos de los otros, las primeras palabras. Nada que sea propio, nunca.

La dama sigue. Entra y sale del interior al exterior mientras espera la figura, la nueva. El derecho se vuelve izquierdo a cada avance, y el tránsito la obliga a mantenerse atenta a las permanentes mutaciones del adversario, de los espacios, de los límites. Es la flotación constante la única chance que le queda, mientras aguarda un nuevo imprevisto: una figura desconocida, el ataque brusco, repentino, la palabra agresiva. La falda se agita sobre los cuadros ya no cuadrados, impaciente, ansiosa, perseverando en la oscilación de los pasos del baile prohibido.

Dos, apenas dos casilleros separan al peón del borde, de la nada del échafaud. Apenas dos. El rey es una figura imposible, descartada desde el inicio. Sería ingenuo de su parte caer en la posición del jaque, piensa la dama, y recuerda que eso ya lo dijo, antes, en una partida anterior, pero el peón lo ignora. Qué sentido tendría decirlo ahora, tan tarde. Mejor olvidarlo e ir por una jarra de agua, dos vasos y algo en lo que entretenerse durante el resto de la flotación.

—¿Querés agua? —Ofrece la dama y el peón acepta acercando su vaso débilmente.

No sabe cómo mover, no sabe adónde ir. Cualquier opción es la certeza de un despedazamiento interior, negado, ignorado. Por primera vez, la conciencia: un pensamiento fugaz, uno solo.

El descuido lúcido entorpece sus ademanes y el líquido se derrama entre los casilleros, plenos de sed. El tablero hace agua, fragmentos rotos navegando con la distancia suficiente, justa, la necesaria para no entrechocarse nunca.

La figura de la dama permanece de pie, absorta. El error del peón la ha dejado a salvo, sin heridas. Sabe que está fuera de peligro, pero aun así, apoya la jarra vacía sobre la mesa y considera la jugada, las posiciones, el agua derramada. Desde el sillón de pana, el peón la mira con expectativa, incrédulo, y vuelve a las muecas consabidas.

—No quiero perder —dice, advirtiendo las fallas en su cuerpo, oliendo la despedida definitiva—, pero no sé cómo.

No hay mucho más que agregar. Una palabra, nada más. La dama sabe que pronunciarla es el final de la partida, que nadie más que ella puede decirla, deletrearla, escribirla. Sabe que él no puede, que nunca ha podido. Sabe, también, que cuando la diga, en el instante preciso en que la profiera, dejará de ser la dama para volver a ser ella.

Y lo hace. Lo dice.

La partida tiene un fin, para cada uno: ese es el verdadero juego. Ahora, el desenlace los encuentra en silencio. Ella termina de peinarse, de sujetarse el pelo sobre la nuca, y se dispone a secar lo que hubiera quedado mojado. Él desdobla las mangas de su camisa y las abrocha, lentamente, sin mirarla, a ella, que ha vuelto a colocar las piezas de piedra sobre el tablero de piedra, que ha vuelto a darles cuerda a los relojes de la casa.

El tiempo vuelve a transcurrir, para ambos. Ya no más enfrentamientos, ni juegos, ni diálogos. Ya no más piezas, ni figuras, ni personajes.

—Con vos, me gustaría jugar —repite él, en el umbral de la casa a la que nunca pudo entrar.

Y lo seguirá repitiendo, eternamente, hasta que se atreva a decirlo en su tablero original. Eternamente, como una melodía interminable, sin principio ni fin, de cuatro notas. Solo cuatro notas.

—Ya no —responde ella, y cierra para siempre las puertas de la ficción.

Polgar — Berkes
Budapest, 2003

l alfil blanco sabe que es imposible; que, haga lo que haga, va a perder el juego».

La autoridad y la iniciativa del juego corresponden a la dama negra…

A lo largo de la historia, grandes damas han contribuido a que el ajedrez adquiera su actual dimensión. Bykova, Gaprindashvili, Chiburdanidze, Xie Jun o Zsuzsa Polgar son algunas de esas extraordinarias jugadoras cuyos éxitos y buen juego han hecho todavía más grande el ajedrez. La primera estrella fue la británica de origen checo Vera Francevna Menchik (1906-1944), una aventajada discípula del húngaro Maroczy. Fue capaz de derrotar a grandes jugadores de su época, como el campeón del mundo Euwe, Reshevsky, Mieses, Sämisch o Sultan Khan, en los torneos internacionales hasta entonces considerados masculinos, en los cuales compitió desde 1923. Ostentó el título mundial femenino desde 1927 hasta su muerte en 1944, durante el bombardeo de Kent, en la Segunda Guerra Mundial. Había defendido con éxito su corona en ocho ocasiones.

Sin embargo, cuando se habla de ajedrez femenino, el nombre que primero acude a la mente del aficionado es el de Polgar, sin discusión la mejor jugadora de todos los tiempos. Judit Polgar (1976) conquistó el título mundial sub-14 en 1987 con solo once años y el campeonato absoluto de Hungría en 1991. A los quince años y menos de cinco meses consiguió la titulación de gran maestro, batiendo el récord que hasta ese momento ostentaba el norteamericano Fischer y que luego sería superado, a su vez, por Bacrot y otros niños prodigio como Radjabov, Karjakin o Carlsen. Por supuesto, la meteórica carrera de Polgar y sus dos hermanas no fue fruto de la casualidad, sino del programa formativo diseñado por

sus padres. Así, ninguna de ellas acudió a la escuela y fueron educadas en su propio hogar, donde el ajedrez ocupó un lugar preferente. Entre las contadas excepciones a su negativa a disputar competiciones diseñadas únicamente para mujeres, las tres hermanas integraron el equipo húngaro que se proclamó campeón en la Olimpiada femenina de 1988 de Salónica, por delante de la poderosa Unión Soviética. Desde el año 1990 Judit Polgar encabeza la lista femenina de la Federación Internacional y desde 2003 ocupa un lugar entre los diez mejores jugadores mundiales. Esta circunstancia motivó su participación en el recién disputado campeonato mundial de San Luis (Argentina), donde venció el búlgaro Topalov. Su espíritu de lucha y agresividad sobre el tablero la convierten en una rival temible, especialmente cuando conduce las piezas blancas o tiene ocasión de plantear la defensa siciliana con las negras.

Veamos ahora la partida que le enfrentó, con blancas, a Berkes en el torneo Hunguest Hotels de Budapest de 2003. El joven gran maestro Ferenc Berkes (1985) presenta un palmarés al alcance de muy pocos jugadores. Entre los éxitos de este ajedrecista, que ya ha representado a su país en el equipo olímpico, destaca el campeonato del mundo sub-18 de 2002 y el campeonato nacional de Hungría de 2004.

1.e4 e6 2.d4 d5

En la defensa francesa, las negras disputan el centro desde el principio e intentan contraatacar en el flanco de dama en cuanto tienen ocasión, si bien encuentran dificultades para desarrollar su alfil de casillas blancas y permiten al adversario ganar espacio y hacerse con la iniciativa del juego. Fue bautizada así a raíz de un encuentro celebrado entre las ciudades de París y Londres en 1834. Apenas practicada en el XIX, esta defensa experimentó un reseñable renacer a partir de las nuevas ideas estratégicas aportadas a inicios del siglo siguiente por los grandes del ajedrez, como Tarrasch, Steinitz o Rubinstein. También la estudiaron en profundidad Nimzowitsch, Alekhine, Euwe, Botvinnik o Korchnoi, considerado uno de los mayores especialistas en activo de la defensa francesa.

3.Cc3 Cf6 4.Ag5 dxe4

La variante Burn de la línea más clásica contra 3.Cc3. Pretende simplificar el

juego mediante una serie de cambios, defendidos ya por Rubinstein, aunque estudios recientes demuestran que las negras no siempre consiguen su plácido objetivo… Con 4…Ab4 se hubiese entrado en la variante Mac Cutcheon.

5.Cxe4 Ae7 6.Axf6 Axf6 7.Cf3 0-0 8.Dd2 Cd7 9.0-0-0 Ae7

Más frecuente es 9…b6 10.Ac4 Ab7 11.Thel Ad5 12.Ad3 c5 13.c4 Ab7.

10.Ad3

Una idea de Kasparov para las blancas es 10.Dc3.

10…b6 11.Ceg5!?

Una jugada interesante y poco habitual. En esta posición se había practicado 11.h4 y 11.Df4.

11…h6 12.Ah7+!

Para que la combinación que prepara Polgar funcione, es necesario descolocar primero el rey y llevarlo a la casilla h8.

12…Rh8 13.Ae4 hxg5

Berkes ha calculado que tras 14.Axa8 g4 las blancas no pueden retirar su caballo ya que las negras ganarían la dama con 15…Ag5. Menor riesgo para el negro supone 13…Tb8 14.h4 Aa6 15.Df4, aunque la posición de Polgar seguiría siendo envidiable.

14.g4!!

(diagrama). Un movimiento brillante y no exento de elegancia. Aparentemente, la húngara pierde un tiempo precioso de ataque, pero no es así porque las negras han de retirar su torre amenazada y no pueden mejorar en nada su posición. Con su última jugada, Polgar prepara h4 para abrir la columna h para la torre (la razón por la cual el rey fue conducido a h8 en la jugada 12) y evita, además, el comentado g5 de las negras. Jugar directamente 14.h4 no es conveniente por 14…g4.



14…Tb8 15.h4 g6

El violento ataque todavía podía haberse contenido momentáneamente con 15…gxh4 16.g5 Rg8 17.Df4 f5 18.Ac6 (o 18.Dxh4 fxe4 19.Dh7+ Rf7 20.Dh5+ g6 21.Dh7+ Re8 22.Dxg6+ Tf7 23.Th7). 18…Rf7 19.Dxh4 Ad6 20.Tde1, pero la posición resultante es incómoda para el negro y requiere un juego muy preciso si se quiere sobrevivir a un ataque que se intuye irresistible.

16.hxg5+ Rg7 17.Df4 Ab7

Berkes parece haber contrarrestado las embestidas de su rival y confía en

que el alfil de ventaja le pueda dar la victoria a pesar de la pasividad de sus piezas, pero Polgar tiene previsto un nuevo golpe de efecto…

18.Th7+!

(diagrama). El golpe ganador que permitirá a la dama blanca llegar a la columna h dando jaque. Tampoco le hubiese servido de nada al negro continuar con 17…Th8 por 18.Txh8 Dxh8 19.Ce5 De8 20.Th1 seguida de 21.Dh2.



18…Rxh7 19.Dh2+ Rg8 20.Th1 Axg5+ 21.Cxg5 Dxg5+ 22.f4 Dxf4+

No hay otra manera de evitar la doble amenaza de mate con Dh7 o Dh8.

23.Dxf4 Axe4 24.Dxe4 1-0

Y Berkes abandona. En otra posición, las negras podrían haber continuado luchando con torre, caballo y peón a cambio de la dama, pero la comprometida situación de su rey convierte en inútil cualquier intento de defensa.

Tablas

Pedro Ramos

Que nadie se engañe, solo consigo la simplicidad con mucho esfuerzo.

Clarice Lispector, La hora de la estrella —¿Vienes? ¿Dónde estaba el tablero?

—Donde siempre. Abajo, la primera puerta. Ya estoy.

Sé que la música te parecerá demasiado alta, que nada más entrar por la puerta la bajarás hasta que casi no se oiga. Sé que miraré cómo lo haces y no diré nada, pero a mí me gusta escuchar la música así de alta, a ese volumen en el que no te permite pensar. Gritas: —¿Lo encuentras?

—Sí, ya lo tengo preparado, ¿vienes? Estoy cansado de ser menos que un amor y más que un amigo…

—Eso es de una canción, ¿no?

Entras. Sonríes, sonríes al ver todo preparado. El té, el tablero, mis zapatillas rojas y rotas por las que asoma un dedo. Son mis preferidas, las de estar por casa, cómodas, imprescindibles en cualquier tarde de domingo. Hablas: —¿De verdad que quieres jugar?

—Con la que está cayendo, no querrás que paseemos por la playa.

—Vaya domingo.

—¿Estás bien?

Te pregunto porque sé la respuesta. Sé que algo no funciona, sé que fuera llueve y tú me asustas más que las nubes grises que se deshacen como de harina.

Mientes: —Claro que sí. ¿Qué me va a pasar? Quiero blancas.

—Sales.

Siempre me ganas, Ángela. Ángela Ángela. Ángela tendida en el suelo con un rayo de sol que se escapa entres dos nubes y se clava en tu espalda. Piensas qué mover, mientras mueves los pies, los dedos, unos contra otros, acariciando tu empeine. Tus pies y tus dedos, los rizos sobre la cara. Peón o caballo, piensas, y tus ojos negros tintineando de blancas a negras como si nada más tuviese importancia. Miento: —Deberíamos haber ido.

—¿Para qué? Siempre te aburres.

¿Cómo decirte? No lo necesito. Ahora mismo (y mañana) solo quiero que me beses, quiero estar así y que digas aquello de que nada importa. Aquello que decías cuando no era verdad igual que ahora. Levantas la mirada, tus dedos mantienen el peón suspendido a (millones de) centímetros del tablero. Qué difícil es decir lo que se piensa, por eso solo digo tonterías: —Luego me lo echarás en cara.

—Nunca salimos, eso es verdad.

Todo detenido: las gaviotas y las nubes, media señora tras el visillo, el gato que nos mira displicente. Digo: —Pero está lloviendo.

—¿Y cuándo no?

—Entonces, ¿por qué has dicho que no te importaba que nos quedáramos en casa? Podíamos haber ido. Además, no voy a tener yo la culpa de que no deje de llover —muevo, muevo una pieza sin mucho sentido.

—Porque somos dos. Somos una pareja. Y sé que a ti no te apetecía estar con estos.

Avanzas un alfil y de nuevo mi turno. No pienso, saco uno de mis caballos. Me cuesta la palabra en la boca. Te recoges el pelo y apartas mi caballo. Una menos. Las venas de tus manos. El anillo que te regalé. Escrito: loco por ti. Sigo: —No sería la primera vez.

Me gusta pasar los días enteros sin salir, sin hablar con nadie. Solo contigo. Encerrados. Me gusta ver cómo pasa el tiempo y la nevera se queda vacía y mirar

el sol esconderse detrás de ese edificio y tú que te enroscas en mi cuerpo y saborear el humo.

—Sí, desde que están casados.

—No sé qué tiene que ver —digo mientras todas mis piezas, las pocas que quedan, se baten en retirada.

—Tú sabrás.

—Pero si nunca has querido que nos casáramos.

—Las cosas cambian.

—Ya lo hemos hablado. ¿Qué diferencia habría?

—Es una cuestión de compromiso.

Ángela por encima de todas. Me gustaría detener el tiempo en el desorden del domingo, tarde de cojines y manta arrugada, tus pies fríos, mirar el techo o la televisión, una partida de ajedrez. Deseo que nunca sea lunes. ¿Para qué cumplir con el lunes, el martes, el miércoles, el jueves y el viernes? Cumplir con el viernes, también. Domingo. Cada vez más cerca de la derrota. Solo mi rey resiste. Se tambalea, huye, busca las cuerdas. Se levanta. Es una lucha desigual, de gigantes contra molinos. Murmuro: —Pero yo no puedo estar más comprometido. En los cinco años que llevamos juntos te he respetado más que mi padre a mi madre.

—No es un gran ejemplo.

—Anda que los tuyos.

—Pero no se han separado.

—No; vivir, viven bajo el mismo techo.

—Bueno, ¿y qué tienen que ver mis padres en esto?

—Pues no sé. Has sacado tú el tema.

—¿Yo? Has sido tú el que ha dicho…

—Vale, vale, qué más da.

—No da igual, ¿ves? Ese es tu problema: piensas que todo da igual.

—Estás un poquito pesada hoy. Anda, mueve.

—No quiero.

—Venga.

—Que no. Déjame en paz.

—Mari Puri…

—¡No me llames Mari Puri!

—Perdona. A ver, ¿qué pasa?

—Tú sabrás.

—¿Terminamos la partida?

—No quiero.

—Dime qué he hecho.

—Así que no lo sabes.

—Pues no.

—Da igual.

—¿Me lo vas a decir?

—Esto es muy fuerte. Que tenga yo que decirte lo que haces mal. Ni que fuera tu madre.

El sol se ha ido y tenemos que encender la luz. Una luz pequeña, amarilla y escondida detrás del sillón que nos permite seguir jugando. Ángela, tantas veces perdida, caramelo en los labios, flor. Ángela, Ángela moviendo un peón y acorralando a mi rey. Tus manos, dedos, uñas tamborileando sobre el tablero y mi turno: —¿Te apetece una película?

—Quiero acabar la partida.

Yo no. Y me miras, y me miras desde detrás del pelo, pero desde muy lejos. Mantienes la mirada y vuelves a dejar que mi rey se escape, disfrutas arrinconándolo, lo conduces a donde no tiene salida, quieres ahogarlo, que me quede sin movimientos, porque no importa la derrota sino su ejecución.

—Por lo menos alegra esa cara.

—Mueve.

—No quiero —repito.

—¿Te rindes?

—Hoy te has levantado cruzada, ¿eh?

—Eres tan listo.

—Estábamos desayunando y he pensado: domingo, resaca, no habla. Esta tarde toca.

—Hay que ver lo bien que me conoces.

—Por eso te casaste conmigo.

El verbo me traiciona. Agazapado, espera su oportunidad y me pone la zancadilla. Me precipito desde mi garganta y caigo sobre el tablero para hacerme pedazos desde mis propias palabras, en mis propios pensamientos, sin llegar a decir lo que digo, sin decir lo que pienso, sin que tú, Ángela, escuches mis latidos. Corrijo: —Es una forma de hablar. En realidad, ya es como si estuviésemos casados, ¿no?

Quiero dejarlo todo tal como está, pero cómo decirlo. Metáforas. Y tú, tumbándote, ganadora: —Es otra de tus virtudes: las metáforas.

—Oye, ¿has movido esa pieza?

—Hace rato.

—¿Y por qué no dices nada?

—Ha dejado de llover.

Miro la ventana y es verdad. En el edificio de enfrente, un gato negro, redondo como una cucaracha, se estira, arquea el lomo. Sus ojos brillantes y verdes nos miran, nos han estado mirando. Cesó la lluvia, tienes razón.

—¿Quieres que bajemos a dar un paseo?

Acepto las tablas. La bandera blanca significa que has quedado satisfecha, pero ignoro tu próximo movimiento. Imposible predecirte, por eso siempre me ganas y te vuelves a reír mientras preguntas: —¿Contigo?

—No, si quieres aviso al vecino.

Me interrumpes con un beso y luego tus labios. Tienes la nariz húmeda, los ojos cerrados. Nuestras manos se encadenan. Demasiada ropa, muchas palabras que desnudar en poco tiempo, casi se nos acaba el domingo.

—Corre a llamarle. Ya sabes que me ponen los viejos, calvos, con coleta. Y que no se lavan los dientes.

Ríes, ríes con una risa hueca, desde lo más hondo. Y yo entre tus piernas: —Eres una lagartija. Siempre le vas a dar la vuelta a todo lo que diga. Siempre lo has hecho.

Palabras. Multitud de ellas salen de mi boca.

—Y te gusta —susurras.

—Mucho —digo.

—¿Entonces? —preguntas.

—Pero no es eso, no es así —resisto.

—¿Hacemos el amor? —aseguras.

—Solo un poco —firmo.

Y uno sobre el otro rodamos sobre el tablero (como la vida), mezclando las piezas negras con las blancas. Buscamos y encontramos. Conocemos el cuerpo

ajeno como si fuera nuestro, una especie de prolongación que no hace del todo caso. Diálogos llenos de ideas, ideas de diálogos, donde lo más difícil (siempre) es decir te quiero.

Skripchenko — Lautier
Aix les Bains, 2003



l ajedrez profesional, como cualquier otra actividad donde se deba dar lo mejor de uno mismo, a veces hasta alcanzar el propio límite, y demostrar que se está más capacitado que los demás, competir, en definitiva, ha suscitado célebres rivalidades que han ido más allá del tablero, algunas de ellas legendarias. Un caso por todos conocido es la descarnada lucha entre Karpov y Kasparov, que tanto engrandeció y popularizó el juego. Sin embargo, estos casos son excepcionales y la competición acostumbra a ser sana y, en lugar de originar inquinas y odios, genera amistades y deportiva camaradería. O, incluso, puede ir más allá… cuando surge el amor. De esta manera, son numerosos los ejemplos de parejas integradas por jugadores de élite. En su día, anunciaron su compromiso ajedrecistas de primerísima fila como Joel Lautier y Almira Skripchenko, Vassily Ivanchuk y Alisa Galliamova, Alexei Shirov y Viktorija Cmilyte… También decidieron compartir sus vidas (y torneos). Mohamad Al-Modiahki y Zhu Chen, Juan Manuel Bellón y Pia Cramling (protagonista de la partida que acompaña al cuento El campéon del mundo de ajedrez)… Posiblemente todos ellos también hayan discutido alguna que otra vez frente al tablero, como la pareja protagonista de Tablas…

Ilustramos este relato con una partida disputada en 2003 en Aix les Bains, en la cual Lautier, con negras, vencedor de las dos últimas ediciones de la competición nacional francesa, derrota a quien fue su esposa, la también vigente campeona de Francia, Skripchenko.

Joel Lautier (1973) ocupa el lugar vigésimo quinto en la lista de la Federación Internacional y, en la actualidad, es el segundo jugador de Francia, por detrás de Bacrot. En 1988, con quince años, conquistó el campeonato mundial juvenil en

Adelaida por delante de estrellas de la talla de Ivanchuk y Gelfand y se convirtió, de este modo, en el ajedrecista más joven en conseguir ese galardón. En 1994 debutó en el torneo magistral de Linares, uno de los más prestigiosos del mundo, con una victoria con negras frente a Kasparov. Ese mismo año disputó los encuentros de candidatos al título mundial, donde cayó eliminado ante el holandés Timman. Actualmente ocupa la presidencia de la ACP, asociación que defiende los intereses de los jugadores profesionales, y la vicepresidencia de la federación nacional francesa.

La ajedrecista francesa de origen moldavo Almira Skripchenko (1976) es una fuerte jugadora que está situada en el puesto número veintidós en la lista mundial femenina. Entre sus éxitos cabe destacar el campeonato de Europa que conquistó en 2001.

1.e4 c5

La defensa siciliana es el esquema más utilizado en la actualidad ante el movimiento inicial de las blancas e4. Su éxito se debe a la gran variedad de líneas de juego y a las posibilidades de victoria que ofrece a las negras. Este planteamiento defensivo fue bautizado así por el jugador italiano Giaochino Greco (1600 - 1634), uno de los primeros profesionales del ajedrez que recorrió toda Europa disputando encuentros en el siglo XVII.

2.Cf3 e6 3.d3

Skripchenko propone un sistema cerrado contra la defensa siciliana. Se caracteriza por la renuncia del blanco a ocupar el centro rápidamente con d4 y el desarrollo del alfil por g2.

3…Cc6 4.g3 g6 5.Ag2 Ag7 6.0-0 Cge7 7.c3

En las líneas cerradas de la siciliana es mucho más frecuente incorporar en el juego el caballo por c3.

7…e5

No es recomendable mover dos veces la misma pieza durante la apertura y, menos, un peón como este, que para llegar a su casilla de destino e5 hizo escala en e6 en la jugada 2. Sin embargo, en este caso es necesario si se quiere reforzar el control de la importante casilla d4 y fijar la debilidad del peón blanco en d3 impidiendo por el momento su avance.

8.a3 0-0 9.b4 d6 10.Ae3 b6 11.b5 Ca5 12.c4

Una vez ganado el espacio en el flanco de dama, las blancas dificultan la reacción central de las negras d5 con este movimiento. En efecto, en la partida Karakehajov-Ermenkov, jugada en 2002, el blanco prefirió continuar con 12.Ta2 y tras 12…d5 13.exd5 Cxd5 14.Ag5 f6 15.Ac1 Ab7 16.Da4 Dd7 17.c4 Cc7 18.Dc2 Tad8, el negro tuvo un juego bastante cómodo centrado en la debilidad de d3, que le condujo a la victoria.

12…f5 13.Ag5 f4

Toda vez que la actividad en el flanco de dama se ha paralizado después del movimiento 12 de las blancas, las operaciones tienen que trasladarse al de rey. Lautier debe reaccionar y, como no es posible la ruptura del centro blanco con d5, prueba reservándose la oportunidad de abrir la columna f cuando le interese.

14.Cc3 h6 15.Axe7 Dxe7 16.Ch4 Rh7 17.Cd5

Lógico: en una posición cerrada, donde los peones bloquean la acción de los alfiles, los caballos cobran vital importancia.

17…Dd8 18.Af3 Ah3 19.Te1 Dd7

Ambos ajedrecistas están disputando el control del escaque g4.

20.Rh1 Af6 21.Tg1 Ag5

Skripchenko podía activar su juego cambiando el caballo por el alfil y jugando gxf4 acto seguido, de manera que el peón de g6 quedaría atacado por la torre y el caballo. El negro ata en corto a su rival y va restringiendo su juego cada vez más.

22.a4 Tab8 23.Tb1

Las blancas no pueden permitir que el caballo negro llegue a d4 vía b3. Para ello, sitúan su torre en b1 y liberan de esa obligación a la dama. Mientras tanto, las negras inician un lento plan para llevar sus dos torres a la columna f. Más rápido era 22…Tf7 para 23…Taf8, pero prefieren evitar la contestación 23.Cxg6 (si 23…Rxg6 24.Ah5+).

23…Tb7 24.Cg2 fxg3 25.fxg3 De6

Ha llegado el momento de abrir el flanco de rey y, con 25…De6, Lautier aparta su dama para que la segunda torre se sume a su compañera en la columna f.

26.Tf1 Tbf7 27.De2 h5 28.Rg1 Rh6 29.Tf2 Dd7 30.Ce1 Rg7 31.Dd1 Cb7 32.Tbb2 h4 33.Ag2

(diagrama). Al fin las blancas pueden realizar este movimiento, aparentemente liberador, para cambiar material y disputar la columna.



33…Ag4 34.Af3 Ah3 35.Ag2 Ag4 36.Af3

Skripchenko se conforma con las tablas y Lautier repite la secuencia de jugadas para superar el control de tiempo. La triple repetición supondría el empate, por lo que parece que ha llegado el momento de cambiar…

36…hxg3 37.hxg3 Axf3 38.Txf3

Si sucede 38.Cxf3? se produce una variante similar a la de la partida.

38…Txf3 39.Cxf3 Dg4 40.Rg2??

El error definitivo que arruina todo el trabajo hecho hasta este momento por Skripchenko. La respuesta correcta es 40.Rf2, aunque la posición de las negras sigue siendo preferible después de 40…Cd8 41.Tb1.

40…Ah4! 0-1

Las blancas abandonan ante la inminente pérdida del caballo. No hay manera de defender 41…Dxg3+ y el posterior 42…Dxf3, ya que 41.De1 pierde directamente el caballo y este no puede capturar el alfil ahora o retirarse por 41…Dxd1.

Fuentes

Apasionados, obsesivos, delirantes

«La cuestión de la dama en el Max Lange», Abelardo Castillo, de Las máquinas de la noche, Emecé, Buenos Aires, 1992.

«Relatos apoyados en una esquina», Hipólito G. Navarro, de Los últimos percances, Seix Barral, Barcelona, 2005. «La botella», David Vivancos Allepuz, de Mate en 30, Ajuntament de Barcelona, Barcelona, 2004.

«La locura juega al ajedrez», Enrique Anderson Imbert, de El leve Pedro. (Antología de cuentos), Alianza, Madrid, 1976. «El tablero de nácar», Carmen Resino, inédito. «Zugzwang», Rodolfo Walsh, de Texto de y sobre Rodolfo Walsh, Alianza, Buenos Aires-Madrid, 2000.

Estrategia, razón y una tela de araña «Ajedrez», Nana Rodríguez Romero, de Dos veces bueno 3 (cuentos breves de América y España), VV. AA, antología de Raúl Brasca, Ediciones Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, Buenos Aires, 2002.

«El rey negro», Juan José Arreola, de Confabulario personal, Bruguera, Barcelona, 1980.

«La celada (india de rey)», Hiber Conteris, de Información de la Ruta 1, Salvat, Barcelona, 1987.

«Partida», originalmente «36», Cristina Peri Rossi, de Indicios Pánicos, Bruguera, Barcelona, 1981.

«El campeón del mundo de ajedrez», Juan Pedro Aparicio, inédito.

«Una partida de bijedrez», Miguel Ángel Mendo, inédito. «La partida definitiva», Fernanda Cano, de Cuentos argentinos (una antología), VV. AA., selección y prólogo de Eduardo Hojman (con la colaboración de Daniel Gigena), Siruela, Madrid, 2004.

«Tablas», Pedro Ramos, inédito.



Esta exquisita selección, preparada por Viviana Paletta y Javier Sáez de Ibarra y prologada por Juan Pedro Aparicio, y con partidas comentadas por David Vivancos Allepuz, reúne cuentos de E. Anderson Imbert, J. P. Aparicio, J. J. Arreola, Mª E Cano, A. Castillo, H. Conteris, M. A. Mendo, H. G. Navarro, C. Peri Rossi, P. Ramos, C. Resino, N. Rodríguez Romero, D. Vivancos Allepuz y R. Walsh.

Notas

[1] Muy sintéticamente, podríamos decir que en la notación algebraica cada jugada se transcribe con la inicial de la pieza movida más la casilla a la que se ha desplazado (el rey se representa con la letra R; la dama con la D; la torre con la T; el caballo con la C; el alfil con la A; en tanto que el peón no se indica con ninguna letra). Así, Dg4 quiere decir que la dama ha sido movida a la casilla g4 y h5 significa que el peón de la columna h ha avanzado hasta h5. Algunos símbolos útiles para comprender las partidas que adjuntamos son: 0-0 (enroque corto, en el flanco de rey); 0-0-0 (enroque largo, en el flanco de dama); x (captura: Cxf5, el caballo se ha comido la pieza que ocupaba la casilla f5);+ (jaque: Th2+, la torre mueve a h2 y da jaque);++ (jaque mate: Dg3++, la dama ha dado jaque mate en la casilla g3);! (buena jugada: Axf6!);!! (jugada muy buena: Cc3!);? (mala jugada: Rg1?);?? (jugada muy mala: Te5??);!? (movimiento interesante: Ac7!?);?! (movimiento dudoso: Dd2?!). <<

[2] Efectivamente, en la mayoría de los casos el blanco goza de una nada desdeñable ventaja. Sin embargo, no podemos dejar de reproducir aquí las partidas jugadas en el Café de la Régence por el Barón de Münchhausen contra un aficionado que le derrota en dos ocasiones… ¡imitando sus movimientos con negras! E. Iavitch atribuye los juegos al noble de infatigable lengua en un divertido artículo publicado en la revista soviética 64 en 1937. Solo alguien como el Barón de Rudolf Erich Raspe y Gottfried August Bürger podría rebatir el principio básico de las posiciones simétricas…

Partida 1. **1.e4 d5 2.e5 d4 3.c3 f6 4.exf6 dxc3 5.fxe7 cxd2+ 6.Axd2 Axe7 7.Cf3 Cc6 8.Cc3 Cf6 9.Ce2 Cd7 10.Cfd4 Cce5 11.Ce6 Cd3++**

Partida 2. **1.e4 d5 2.d3 e6 3.Cf3 Cc6 4.Ag5 Ab4+ 5.Re2 Dd7 6.Cc3 Cf6 7.a3 h6 8.Ah4 Aa5 9.e5 d4 10.Ca4 Ch5 11.Cc5 Cf4++**

En la tercera partida, el protagonista también mueve las piezas blancas y comprende al final del juego el gran secreto de su imbatible rival…

Partida 3. **1.e4 d5 2.d4 e5 3.c4 f5 4.f4 c5 5.exf5 dxc4 6.dxc5 exf4 7.Axf4 Axc5 8.Axc4 Axf5 9.Axb8 Axg1 10.Axg8 Axb1 11.Txb1 Txg8 12.Txg1 Txb8 13.Dxd8+** y el

jugador de negras, que confiesa finalmente que no conoce «muy bien» el juego y es incapaz de distinguir el rey de la dama, ¡responde a la última jugada del Barón con 13…Rxe1!<<